

BIBLIOTECA POETICA

JUAN DE DIOS PEZA

HOGAR Y PATRIA

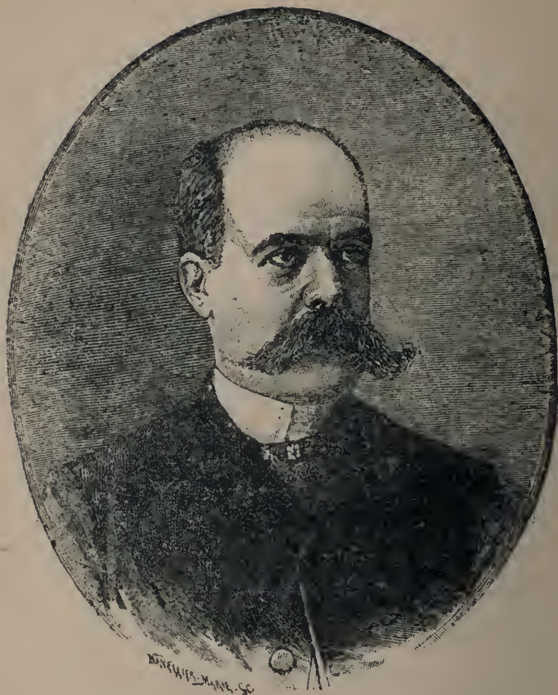
GARNIER HERMANOS

PARIS





HOGAR Y PATRIA



JUAN DE DIOS PEZA

Juan de Dios Peza

POESIAS COMPLETAS

DE

JUAN DE DIOS PEZA

Única colección autorizada por el Autor

HOGAR Y PATRIA



PARÍS

CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, Rue des Saints-Pères, 6

Méxic 28 de Enero de 1890.



Sres

Garnier hermanos

París

Muy Señores mios

Autorizo á ustedes para hacer una edicion completa de mis poesias bajo el órden que verbalmente indiqué á su Comisionado

La obra que ustedes publiquen será la única dirijida y arreglada por mí, pues todas las ediciones que hasta la fecha se

han hecho de mis versos en
otros países y en el mío, ni
me fueron consultadas á
su debido tiempo, ni han sido
autorizadas previamente ni
obedecen á un plan que sea
de mi agrado

Soy de ustedes
afmo y seguro servidor

Juan de Dios Peza

CANTOS

DEL HOGAR



Á MIS HIJOS

MARÍA DE LA CONCEPCIÓN, MARGARITA Y JUAN

Hijos míos:

No estáis todavía capaces de encontrar en estos versos lo dulce, lo amargo, lo sentimental y lo filosófico que en ellos pueda encerrarse. Os escucho leerlos, pero sé que no los descifráis, porque aun no es tiempo, con la fría serenidad de la razón madura.

Guardadlos para más tarde; dejad que corra el tiempo, y ya vendrá un día en que á la sombra de mis canas ó en frente de mi tumba, entendáis y estiméis todo lo que esta inmensa pasión por vosotros me arrancó del alma, lo puso en mi pluma y lo dejó para siempre grabado en estas pobres hojas que pongo en vuestras manos.

¿Cómo habréis de leer estos versos cuando seáis jóvenes y cuando lleguéis á viejos? ¡Ay de mí que lo sé demasiado!

Siempre con las lágrimas en los ojos, porque estos versos son amor, y el amor se nutre con llanto.

¡Ojalá que sean estas hojas el lazo que una intimamente vuestras almas, que os estreche en ternura y en respeto mutuo, y que os haga amaros en mi memoria mientras viváis sobre la tierra!

No sé si he sufrido ni si he llorado; pero os juro por la santa memoria de vuestro noble abuelo, que sé que os amo con todas las fuerzas de mi alma, y que con ellas pido al cielo vuestro bienestar en el mundo.

¡Creed, amad, esperad!

¡Ojalá que pudiera yo estar á vuestro lado todo el tiempo que vais á retener en la memoria los versos de este pobre libro!

Queden con sus páginas entre vosotros, el amor y las bendiciones que en cada instante os consagra vuestro padre.

Juan de Dios Peza.

Á JUAN DE DIOS PEZA

DESPUÉS DE HABER LEÍDO ALGUNAS COMPOSICIONES SUYAS, PUBLICADAS CON EL MODESTO TÍTULO DE « ALGUNOS VERSOS. »

En un libro sin pompa ni jactancia,
Joya de la más tierna poesía,
De los Dioses regalas la ambrosía
Y el suave néctar que tu genio escancia.

Impregnado de bíblica fragancia
Llena el hogar de encanto y alegría:
Es todo un corazón cada armonía,
Un pedazo de cielo cada estancia.

Al acercarse mi postrer momento
De abandonar la vida transitoria,
Lenitivo será de mi tormento.

Y á mis hijas, mostrándoles la gloria,
Les diré al exhalar mi último aliento:
Aprended este libro de memoria.

J. BLENGIO.

Campeche, 1885.

Á JUAN DE DIOS PEZA

Entre tanta belleza y galanura
De tus cantos, riquísimo elemento,
Brilla como una joya el pensamiento,
Iluminado por la fe más pura.

Derraman á torrentes la dulzura,
Rebosan la bondad y el sentimiento;
Y si expresan amargo sufrimiento,
Embarga al corazón tanta ternura.

Y á través de la forma y del aliño,
En tu libro se mira á cada instante,
Entre los rasgos de filial cariño

Y en el sublime amor de padre amante,
Que tienes para amar, alma de niño;
Para sufrir, aliento de gigante.

J. Rafael Franco.

CANTOS DEL HOGAR

MI PADRE

Yo tengo en el hogar un soberano,
Único á quien venera el alma mía
Es su corona de cabello cano,
La honra su ley y la virtud su guía.

En lentas horas de miseria y duelo,
Lleno de firme y varonil constancia,
Guarda la fe con que me habló del cielo
En las horas primeras de mi infancia.

La amarga proscripción y la tristeza
En su alma abrieron incurable herida;
Es un anciano, y lleva en su cabeza
El polvo del camino de la vida.

Ve del mundo las fieras tempestades
De la suerte las horas desgraciadas,
Y pasa, como Cristo el Tiberiades,
De pie sobre las ondas encrespadas.

Seca su llanto, calla sus dolores,
Y sólo en el deber sus ojos fijos,
Recoge espinas y derrama flores
Sobre la senda que trazó á sus hijos.

Me ha dicho: « A quien es bueno, la amargura
Jamás en llanto sus mejillas moja;
En el mundo la flor de la ventura
Al más ligero soplo se deshoja.

» Haz el bien sin temer el sacrificio,
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,
Y halla quien odia la maldad y el vicio
Un tálamo de rosas en la muerte.

» Si eres pobre, confórmate y sé bueno;
Si eres rico, protege al desgraciado,
Y lo mismo en tu hogar que en el ajeno
Guarda tu honor para vivir honrado.

» Ama la libertad, libre es el hombre
Y su juez más severo es la conciencia;
Tanto como tu honor guarda tu nombre,
Pues mi nombre y mi honor forman tu herencia. »

Este código augusto, en mi alma pudo
Desde que lo escuché, quedar grabado;
En todas las tormentas fué mi escudo,
De todas las borrascas me ha salvado.

Mi padre tiene en su mirar sereno
Reflejo fiel de su conciencia honrada;
¡Cuánto consejo cariñoso y bueno
Sorprendo en el fulgor de su mirada!

La nobleza del alma es su nobleza;
La gloria del deber forma su gloria;
Es pobre, pero encierra su pobreza
La página más grande de su historia.

Siendo el culto de mi alma su cariño,
La suerte quiso que al honrar su nombre,
Fuera el amor que me inspiró de niño
La más sagrada inspiración del hombre.

Quiera el cielo que el canto que me inspira
Siempre sus ojos con amor lo vean,
Y de todos los versos de mi lira
Éstos los dignos de su nombre sean.

A MIS HIJAS

Mi tristeza es un mar; tiene su bruma
Que envuelve densa mis amargos días;
Sus olas son de lágrimas; mi pluma
Está empapada en ellas, hijas mías.

Vosotras sois las inocentes flores
Nacidas de ese mar en la ribera;
La sorda tempestad de mis dolores
Sirve de arrullo á vuestra edad primera.

Nací para luchar; sereno y fuerte
Cobro vigor en el combate rudo;
Cuando pague mi audacia con la muerte,
Caeré cual gladiador sobre mi escudo

Llévenme así á vosotras; de los hombres
Ni desdeño el poder ni el odio temo;
Pongo todo mi honor en vuestros nombres
Y toda el alma en vuestro amor supremo.

Para salir al mundo vais de prisa
¡Ojalá que esa vez nunca llegara!
¡Pues hay que ahogar el llanto con la risa;
Para mirar al mundo cara à cara!

No me imitéis à mí: yo me consuelo
Con abrir más los bordes de mi herida;
Imitad en lo noble á vuestro abuelo:
¡Sol de virtud que iluminó mi vida!

Orad y perdonad; siempre es inmensa
Después de la oración la interna calma
Y el ser que sabe perdonar la ofensa
Sabe llevar à Dios dentro del alma.

Sea vuestro pecho de bondades nido,
No ambicionéis lo que ninguno alcanza,
Coronad el perdón con el olvido
Y la austera virtud con la esperanza.

Sin dar culto á los frívolos placeres
Que la pureza vuestra frente ciña,
Buscad alma de niña en las mujeres
Y buscad alma de ángel en la niña.

Nadie nace à la infamia condenado,
Nadie hereda la culpa de un delito,
Nunca para ser siervas del pecado
Os disculpéis clamando: estaba escrito.

¡Existir es luchar! No es infelice
Quien luchando, de espinas se corona;
Abajo, todo esfuerzo se maldice,
Arriba, toda culpa se perdona.

Se apaga la ilusión cual lumbre fatua
Y la hermosura es flor que se marchita;
La mujer sin piedad es una estatua
Dañosa al mundo y del hogar proscrita.

No fijéis en el mal vuestras pupilas
Que víbora es el mal que todo enferma,
Y haced el bien para dormir tranquilas
Cuando yo triste en el sepulcro duerma.

Nunca me han importado en este suelo
Renombre, aplausos, oropeles, gloria:
Procurar vuestro bien, tal es mi anhelo;
Amaros y sufrir tal es mi historia.

Cuando el sol de mi vida tenga ocaso
Recordad mis consejos con ternura,
Y en cada pensamiento, en cada paso,
Buscad á Dios tras de la inmensa altura.

Yo anhelo que, al morir, por premio santo,
Tengan de vuestro amor en los excesos;
Las flores de mi tumba vuestro llanto,
Las piedras de mi tumba vuestros besos.

A MI HIJA CONCHA

Hija ven á besar la augusta mano
Que en el desierto mundanal me guia :
Sé amante y tierna con el noble anciano
Culto y sostén de la existencia mía.

Le debo cuanto soy, él ha sentido
Más que yo mis venturas, mis dolores;
Por él, sólo por él, siempre han tenido
Luz mi cerebro y mi camino flores.

Á su frente de canas coronada
Da tus ósculos llenos de inocencia,
Nunca su frente encontrarás manchada,
Limpia como el cristal es su conciencia

Él, en el fondo del hogar callado,
Con dulce paz, con celestial cariño,
Me enseño á ser prudente, á ser honrado
Desde mis horas cándidas de niño.

Cuando en las luchas torpes y mundanas
Me mira desmayar sin fe y sin brío,
Me escuda con la sombra de sus canas
Y me dice; *levántate, hijo mío.*

Ámalo; forma el sin igual tesoro
De mi existencia dolorosa y triste,
Es mi humana deidad á quien adoro
Con más amor desde que tú naciste.

Los afanes constantes y prolijos
Que un padre tierno con su amor encierra,
No los podemos comprender los hijos
Hasta que somos padres en la tierra.

Yo que siempre le amé, siento que ahora
Le adoro más y para ti reclamo
Saberte adorar yo como me adora,
Que me sepas amar como le amo.

Alguna vez sabrás sin que te asombre,
Cuántos dolores calla, cuántas penas;
Ámalo más que á mí... suyo es tu nombre,
Coma es suya la sangre de mis venas.

Cuando á Dios reces con amor profund
¡Áy! por él y por mí pídele al cielo;
¡Qué fueras tú sin padre en este mundo,
Ni qué fuera tu padre sin tu abuelo!

¡Si eres tú mi esperanza más hermosa,
Si él es mi religión, mi fe, mi abrigo,
Que siempre amparen tu niñez dichosa
Sus canas que con lágrimas bendigo!

FUSILES Y MUÑECAS

CUADRO REALISTA

Juan y Margot, dos ángeles hermanos
Que embellecen mi hogar con sus cariños.
Se entretienen con juegos tan humanos
Que parecen personas desde niños.

Mientras Juan, de tres años, es soldado
Y monta en una caña endeble y hueca,
Besa Margot con labios de granado
Los labios de cartón de su muñeca :

Lucen los dos sus inocentes galas,
Y alegres sueñan en tan dulces lazos :
Él, que cruza sereno entre las balas;
Ella, que arrulla un niño entre sus brazos.

Puesto al hombro el fusil de hoja de lata,
El kepis de papel sobre la frente,
Alienta al niño en su inocencia grata
El orgullo viril de ser valiente.

Quizá piensa, en sus juegos infantiles,
Que en este mundo que su afán recrea.
Son como el suyo todos los fusiles
Con que la torpe humanidad pelea.

Que pesan poco, que sin odios lucen,
Que es igual el más debil al más fuerte,
Y que, si se disparan, no producen
Humo, fragor, consternación y muerte.

¡Oh misteriosa condición humana!
Siempre lo opuesto buscas en la fierra:
Ya delira Margot por ser anciana,
Y Juan que vive en paz, ama la guerra.

Mirándoles jugar me aflijo y callo:
¿Cuál será sobre el mundo su fortuna?
Sueña el niño con armas y caballo,
La niña con velar junto á la cuna.

El uno corre de entusiasmo ciego,
La niña arrulla á su muñeca inerme,
Y mientras grita el uno: FUEGO, FUEGO,
La otra murmura triste: DUERME, DUERME.

A mi lado ante juegos tan extraños
Concha, la primogénita, me mira:
¡Es toda una personna de seis años
Que charla, que comenta y que suspira!

¿Por qué inclina su lánguida cabeza
Mientras deshoja inquieta algunas flores?
¿Será la que ha heredado mi tristeza?
¿Será la que comprende mis dolores?

Cuando me rindo del dolor al peso,
Cuando la negra duda me avasalla,
Se me cuelga del cuello, me da un beso,
Se le saltan las lágrimas, y calla.

Sueltas sus trenzas claras y sedosas,
Y oprimiendo mi mano entre sus manos,
Parece que medita en muchas cosas
Al mirar como juegan sus hermanos.

Margot que canta en madre transformada,
Y arrulla á un hijo que jamás se queja,
Ni tiene que llorar desengañada,
Ni el hijo crece, ni se vuelve vieja

Y este guerrero audaz de tres abriles
Que ya se finge apuesto caballero,
No logra en sus campañas infantiles
Manchar con sangre y lágrimas su acero.

¡Inocencia! ¡Niñez! ¡Dichosos nombres!
Amo tus goces, busco tus cariños;
¡Cómo han de ser los sueños de los hombres,
Más dulces que los sueños de los niños!

¡Oh mis hijos! No quiera la fortuna
Turbar jamás vuestra inocente calma,
No dejéis esa espada ni esa cuna:
¡Cuando son de verdad matan el alma!

MI MEJOR LAURO

Con sus seis primaveras muy ufana,
Quebrando con sus pies las hojas secas,
Me recitó en el campo una mañana
Mi hija mayor : FUSILES Y MUÑECAS.

Repitiendo mis versos no sabía
Que colmaba el mayor de mis antojos;
No me culpéis si oyéndola sentía
Lágrimas en el alma y en los ojos.

¡Bien! exclamé, mi niña me interpreta
Mejor que todos aunque á nadie cuadre :
Yo juzgarla creí como poeta,
Y la estaba juzgando como padre.

Llegó á la estrofa aquella en que la nombro
Y bajando hacia el suelo la mirada,
Vi de pronto ponerse, con asombro,
Su faz, más que una fresa, colorada.

? Qué tienes¿ pregunté, ¿por qué haces eso?
¿ Por qué ya nada de tu labio escucho?
Y ella me respondió, dándome un beso :
— Me callo aquí, porque te quiero mucho.

Nada valdrá tan cándida respuesta
Para el que en altas concepciones fijo,
Medir no pueda, en ocasión cual ésta,
Abonde alcanza el corazón de un hijo.

Puedo deciros la verdad desnuda :
Como en mis versos comprendió mi duelo,
Por no hacerme sufrir quedóse muda,
Por no verme llorar miraba al suelo.

Yo, alabando el poder de su memoria
Comprendí, perdonadme lo indiscreto,
Que los mejores lauros de la gloria
Son los que se cosechan en secreto.

Vale más á mis ojos, siémpre fijos
En la eterna verdad no en falsos nombres,
La lágrima arrancada por mis hijos
Que todos los aplausos de los hombres,

Negó á mi numen su fulgor el genic,
En el drama veraz de mis dolores
El fondo de mi hogar es el proscenio
Y mi padre y mis hijos los actores.

No busco un lauro que mi frente ciña
Ni pide aplausos mi laúd ingrato;
Pero... ¿por qué me olvido de la niña
Que suspendió turbada su relato?

Pronto volvió su faz á estar serena
Y á brillar en sus labios la sonrisa,
Porque el placer lo mismo que la pena
Pasan sobre los niños muy de prisa.

— Tus versos voy á continuar diciendo —
Y con más firme voz, soltóse hablando;
¡Inocente! los dijo sonriendo
Y entonces yo los escuché llorando.

Al terminar, sintiendo hecho pedazos
Por el dolor mi corazón ardiente,
Me interrogó cruzándose de brazos
Y mirándome el rostro frente á frente.

— ¡Ay! dime padre, cuando tu escribiste
Los mismos versos que de oirme acabas
¿Por qué estabas mirándonos tan triste?
Al mirarnos jugar ¿en qué pensabas?

— Y ¿por qué? — respondí — tan preguntona
Indagas los misterios de mi lira?
— Porque soy, tú lo has dicho, una persona
Que charla, que comenta y que suspira.

— ¡Brava razón! ¡Confórmame con eso!
¿No eres la que, si el duelo me avasalla,
SE ME CUELGA DEL CUELLO, ME DA UN BESO,
SE LE SALTAN LAS LÁGRIMAS Y CALLA?

— ¡Yo soy! ¡yo soy! me contestó orgullosa,
Y haciéndome olvidar penas y agravios,
Se me colgó del cuello cariñosa,
Cerró sus ojos y besó mis labios.

Corrió alegre después tras otros niños,
Quebrando con sus pies las hojas secas
Y dejándome besos y cariños
En premio de FUSILES Y MUÑECAS

CÉSAR EN CASA

Juan, aquel militar de tres abriles,
Que con gorra y fusil sueña en ser hombre,
Y que ha sido en sus guerras infantiles
Un glorioso heredero de mi nombre;

Ayer, por tregua al belicoso juego,
Dejando en un rincón la espada quieta,
Tomó por voluntad, no á sangre y fuego,
Mi mesa de escribir y mi gabeta.

Allí guardo un laurel, y viene al caso
Repetir lo que saben mil testigos :
Esa corona de oropel y raso
La debo, no á la gloria, á mis amigos,

Con sus manos pequeñas y traviesas,
Desató el niño, de la verde guía,
El lazo tricolor en que hay impresas
Frases que él no descifra todavía.

Con la atención de un ser que se emociona
Miró las hojas con extraño gesto,
Y poniendo en mis manos la corona,
Me preguntó con intención: — « ¿Qué es esto? »

— « Esto es — repuse — el lauro que promete
La gloria al genio que en su luz inunda...
— « ¿Y tú por que lo tienes? »
— Por juguete
Le respondió mi convicción profunda.

Viendo la forma oval, pronto el objeto
Descubre el niño, de la noble gala;
Se la ciñe, faltándome al respeto,
Y hecho un héroe se aleja por la sala.

¡Qué hermosa dualidad! Gloria y cariño
Con su inocente acción enlazó ufano,
Pues con el lauro semejaba el niño
Un diminuto emperador romano.

Hasta creí que de su faz severa
Irradiaban celestes resplandores,
Y que anhelaba en su imperial litera
Ir al Circo á buscar los gladiadores.

Con su nuevo disfraz quedé asombrado
(No extrañéis en un padre estos asombros),
Y corrí por un trapo colorado
Que puse y extendí sobre sus hombros.

Mirélo así con cándido embeleso,
Me transformé en su esclavo humilde y rudo,
Y — « ¡ Ave, César ! » — le dije, dame un beso,
¡ Yo, que muero de penas, te saludo ! »

— « ¿ César ? » — me preguntó lleno de susto,
Y yo sintiendo que su amor me abrasa,
— « ¡ César ! » — le respondí — « ¡ César augusto
De mi honor, de mi nombre y de mi casa ! »

Quitéle el manto, le volví la espada,
Recogí mi corona de poeta,
Y la guardé, deshecha y empolvada,
En el fondo sin luz de mi gabeta.

MI HIJA MARGOT

Tiene Margot un niño á quien adora,
Que no nació entre lágrimas y males,
Pues se lo dió de cuelga una señora
Que lo compró de lance en veinte reales

No hay un cariño igual á ese cariño
Reflejo fiel de abnegación sincera,
Pues ni lo entiende ni lo paga el niño
Que le dice *mamá* y es de madera.

Sin temor de que enferme ó que se pierda,
La madre sabe, de contento loca,
Que el niño si le tiran de una cuerda,
Llora, abriendo los ojos y la boca.

¡Si la vierais en horas sosegadas
Con qué ternura maternal lo viste,
Y con qué melancólicas miradas
Se fija en él cuando lo juzga triste!

« ¿Qué tienes — le pregunta — niño mío? »
« ¡Más bonito que tú no habrá ninguno! »
« No llores... ¿tienes hambre? ¿tienes frío?
« Duerme mientras te traigo el desayuno. »

Y lo acuesta en su lecho, allí lo abriga,
Bajo sus mismas sábanas lo arropa,
Y corre por la leche y por la miga
Para darle en los labios sopa á sopa.

Que no las toma el niño es cosa clara,
Pero aquí la intención salva un abismo;
Margot en tal desaire no repara,
Pues ella se las come y es lo mismo.

Margot junto á mi padre dulce y quieta,
Era siempre su encanto y su consuelo,
Y yo vi alguna vez, frente á la nieta,
Lágrimas en los ojos del abuelo.

« Estos juegos — me dijo — causan frío,
» No sé ni que revelan ni que indican,
» ¡Hacen cosas los niños, hijo mío.
» Que ni los grandes sabios las explican!

» ¡Cuánto Margot á la virtud promete!
» Mira... en su niño están sus ojos fijos...
» ¡Avergüenza esta madre de juguete
» Á los monstruos que olvidan á sus hijos.

Mientras yo silencioso meditaba,
Margot, que cuenta cuatro primaveras,
Para dormir al niño lo arrullaba
Como arrullan las madres verdaderas

BEBE

Cuenta Bebé dos meses no cumplidos,
Pero burlando al tiempo y sus reveses,
Como todos los niños bien nacidos
Parece un señoron de veinte meses.

Rubio, y con ojos como dos luceros,
Lo vi con traje de color de grana
En un escaparate de *Plateros*
Un domingo de Pascua en la mañana.

Iban conmigo Concha y Margarita,
Y al mirarlo las dos, ambas gritaron:
« ¡Mira, padre, qué cara tan bonita! »
Y trémulas de gozo me miraron.

¿Quién al ver que en sus hijas se subleva
La ambición de adueñarse de un muñeco,
No se siente vencido, cuando lleva
Dos duros en la bolsa del chaleco?

Ha vencido pensé: si está comprado,
Y como es natural tiene otros dueños,
Mis hijas perderán el encantado
Palacio de sus mágicos ensueños.

Pero movido el paternal cariño,
Entré á la tienda á realizar su antojo,
Y dije al vendedor: « Quiero ese niño
De crenchas blondas y vestido rojo ».

Abrió entonces la alcoba de cristales,
Temó á Bebé, lo puso entre mis manos,
Y convirtió á mis hijas en rivales
Porque el amor divide a los hermanos.

« Para mí » — Concha me gritó importuna,
« Para mí » — me gritaba Margarita,
Y yo les grité al fin: « para ninguna »
Con la seca aridez de un cenobita.

Reinó un silencio entre las dos profundo,
Y yo recordé entonces conturbado
Este axioma tristísimo del mundo:
« Ser rival es odiar y ser odiado. »

Y así pensé: no debo en corazones
Que de la vida llaman á la puerta,
Encender con el celo esas pasiones.
Que el odio atiza y el rencor despierta.

La historia del amor con dos premisas
Iguala á la mujer y no os asombre;
¡Un muñeco en la edad de las sonrisas.
Y en la edad de las lágrimas un hombre!

REYERTA INFANTIL

¿Quieres averiguar, lector paciente,
Si tiene la niñez principios fijos?
Ven á escuchar el diálogo siguiente
Que aquí sostienen con calor mis hijos

Concha tiene seis años; Margarita
Los cinco va á cumplir; Juan tres apenas;
Pero ninguno de ellos necesita
Fuego en el pensamiento ni en las venas.

Lo tienen y de sobra : su lenguaje
Lo hallarás infantil, mas nunca hueco;
Hoy discuten los tres, porque les traje
Un fusil, un canario y un muñeco.

Á Juan, que quiere ser soldado grave,
Armé al fin con un rifle en miniatura;
Á mi ambiciosa Concha le dí el ave,
Y el muñeco á Margot toda ternura.

Que Juan dispare en su ilusión más grata,
Margot arrulle mientras Concha cuida,
Ni el canario es verdad, ni el rifle mata,
¡La ilusión en el alma de la vida!

Como florece el campo en primavera
Desborda la niñez en ambiciones;
Rifles de cinc y pájaros de cera,
Muñecos de cartón: todo ilusiones.

Un niño con una arma entre las manos
Y risas de bondad en el semblante,
Me recuerda á esos ángeles enanos
Que dibujó Doré leyendo el Dante.

Si vierais á mi Juan con su penacho
Con barboquejo de velludo cuero,
Semejante en lo erizo á su mostacho
De infatigable y tosco granadero;

Creyerais que labrada por el arte
Era una estatua de arrogancia llena·
Un soldado que ha visto á Bonaparte
Cruzar los Alpes ó triunfar en Jena.

Yo, mirándolo así, lo aplaudo y callo
En sus hermanas ve gente guerrera;
Convierte cada caña en un caballo;
Cada silla le sirve de trinchera.

Entra por las alcobas victorioso,
¿Quién lo va á detener? Marte lo inflama;
Es la estera su puente, salva el foso
Y rinde una ciudad sobre una cama.

Hoy se llena de arrojo y valentía;
Margot de compasión, Concha de celo;
¡Qué venturosa edad! Despunta el día;
Verde es el campo y transparente el cielo.

— Mira, le dice Concha á Margarita
Con la expresión de un celo extraordinario,
Esa muñeca tuya tan bonita
No vale lo que vale mi canario.

— Mi muñeca es mejor, cierra los ojos,
Se duerme entre mis brazos, va á la escuela,
Tiene cabellos rubios, labios rojos...
— Sí, todo lo tendrá, pero no vuela

— Cambiaremos juguetes...
— No, yo juego
Nada más con mi niña todo el día.
— Me la das, ó te pego...
— ¿Qué? ¿Te pego?
— No es tuya nada más. — Sí, sólo es mía.

— La quiero. — No me importa. — Te la quito.
— Yo la defenderé. — Voy á tomarla.

— Ven. — Allá voy. — ¿Me pegas? doy un grito.
— Déjamela Margot... — No he de dejarla.

Ya tiene Concha el rostro colorado,
Ahoga Margot su llanto en un suspiro,
Y entonces Juan, el rifle preparado,
Sale y grita á las dos : — Cállense ó tiro.

Callan ambas á un tiempo, como puede
Callar cualquiera ante su faz bravía,
Y él agrega muy serio, — ¿Qué sucede?
¡Yo soy un coronel de artillería!

Con esta frase que su audacia encierra
Vuelve á las niñas bienestar profundo,
Que aunque inicuo el derecho de la guerra
Aplaca muchas riñas en el mundo.

LA VELADA

Á MI HERMANO ERNESTO

En el paterno hogar, pegado al muro
Que cierra el fondo del salón oscuro,
Pende un cuadro que fuera en otra parte
Orgullo del pincel, gala del arte,
Si allí no fuera siempre orgullo y gala
De nuestro amor filial, no de la sala.

Es un retrato por Clavé pintado,
En que aparece al natural sentado
En antiguo sillón de terciopelo,
Tronco del árbol de mi hogar, mi abuelo.

Cuantos lo ven, peritos ó profanos,
Asómbranse del rostro y de las manos,
Pues de tal suerte la verdad provocan,
Que son ojos que ven, manos que tocan,

Frente en que funde el rayo de la ciencia
Las nieves del dolor y la experiencia;
Boca en que está sin que los labios abra,
Contenida en su vuelo la palabra;
Y el experto pincel llegó á tal punto,
Tal tono de verdad prestó al conjunto,
Que hasta se ve que con impulso leve
El cuerpo todo al respirar se mueve.

Una noche de abril limpia y serena,
Entraba el rayo de la luna llena
Hasta envolver en su reflejo grato
El expresivo rostro del retrato,
Y era esa luz de ráfagas tranquilas,
Grana en los labios, fuego en las pupilas.
Y sobre aquella venerable frente
Coronada de canas noblemente,
En tan calladas y apacibles horas
Plata deshecha en hebras voladoras.

Debajo de aquel lienzo venerado
El humilde salón tiene el estrado,
Que si ha sido lujoso en otras eras,
Hoy no tiene tapices ni maderas,
Ni bronces, ni cristal, ni porcelanas;
Al contrario, los muros, las ventanas,
Todo diciendo está con gran tristeza
Que la honradez se premia con pobreza
Y que más vale al ánimo sereno

Desmantelado hogar de virtud lleno,
Que entre oro y sedas esconder sin calma
En hogar sin amor, cuerpo sin alma.

Un mundo es el hogar do nada es vano,
Y un padre es en tal mundo el soberano
Que, sin sorda ambición, sin bajo encono,
Asienta en la virtud su excelso trono;
Un abnegado amor sus actos mide;
Para sí nada busca y nada pide,
Pues cuanto logra en bienestar y fama
Es de los hijos que bendice y ama,
Siendo, en Dios y el deber los ojos fijos,
Viva imagen de Dios para sus hijos.

¿Quién como un padre nos dará su abrigo?
¿Dónde poder hallar mejor amigo
Ni más útil y amante compañero
Ni más noble y prudente consejero?
Su voz es la más dulce que responde
Al amargo dolor que el alma esconde,
Y su palabra la mejor egida
Para arrostrar las luchas de la vida.
Hábil, constante y práctico piloto
En negro mar de porvenir ignoto,
Él, la nave filial empuja y guía,
Y luchando con ella noche y día,
Salva abismos, aclara oscuridades,
Burla vientos, humilla tempestades,

Y con brújula y luz al puerto avanza...
¡La brújula es la fe; luz la esperanza!

La noche á que en mis versos me refiero,
Mi padre, con sorpresa vió el primero
(Pues estaba conmigo en el estrado)
Que aquel rostro en el lienzo retratado
De la luna al reflejo macilento,
Iba cobrando vida y movimiento.
¡Ah! yo le vi después, y estremecido
De respeto y pavor, casi al oído
Díjele: «Padre, ¿sueño es lo que veo,
Ó es una realidad? ¿Miente el deseo?»
Volvió otra vez sus ojos al retrato,
Y allí los tuvo fijos largo rato...
Si algo me respondió no lo recuerdo,
De aquel minuto la memoria pierdo;
Sólo sé que el salón estaba oscuro,
Que la luna, filtrándose hasta el muro,
Iluminaba el cuadro en ese instante,
Y que en él vi lo que diré adelante.

Vi la apacible faz, la frente cana,
Vueltas cual otro tiempo carne humana;
Vi aquellos ojos húmedos moverse,
Vi las hebras de plata estremecerse;
Y en medio de un silencio pavoroso
Reflejo de otro mundo misterioso,
Mi padre y yo, ya trémulos, oímos,

Y en el alma los dos las recogimos,
Estas palabras, fuentes de consuelo
Que desde el muro pronunció mi abuelo:

«Hijos, yo vivo aún; no soy extraño
En vuestro hogar y siempre os acompaño;
El alma por la carne revestida
Teme dejar los goces de la vida,
Pero al romper su tosca vestidura,
Ya libre y ya feliz, desde la altura
Vela por los que quedan en la tierra
Con la miseria y el dolor en guerra.
Hoy os habla el espíritu, no el hombre;
Guardáis con honra limpio vuestro nombre,
Y si hay mil que se llaman de igual modo
Y alguien arrastra el nombre por el lodo,
Ved que siempre es así la historia humana;
Lucrecias son la Borgia y la Romana,
Y ambas con patria igual, con nombre mismo,
Separadas están por un abismo.
Os amo como sois, os quiero humanos;
Limpias de sangre y cieno vuestras manos;
Si sufrís, esperad; á todo duelo
Dios y el tiempo dan término y consuelo;
Con fe y resignación todo se alcanza;
Nunca alentéis rencores ni venganza
Y cuando halléis un pérfido enemigo,
Recordad, para darle su castigo,
Que no hay ningún castigo en la existencia

Más duro que la fría indiferencia.
Yo ya no moriré; tengo esa vida,
Sin miserias, sin llanto, sin medida
Que Dios reserva al justo; en ella quiero
Veros alguna vez... allí os espero.»

Calló el solemne y desusado acento;
La luna se apagó, quejóse el viento.
Y nosotros, nosotros aterrados,
Juzgando como sueños disipados
Tan extraños sucesos, ¡ay! nos vimos,
Y mudos de dolor nos despedimos.

¡Oh mi supremo amor! ¡Oh padre mío!
Pende aún sobre el muro tan sombrío
El cuadro que los ojos embelesa;
La luna á veces con amor lo besa
En la callada noche, yo lo miro
Y llorando sin lágrimas suspiro;
La fiebre del pesar quema mis sienes,
¡Oh! ¡mi padre! ¡mi amor! ¿por qué no vienes?
¿No me ves triste y solo y abatido?
¿En dónde, en dónde estás? ¿dónde te has ido?

VENID LOS TRES

Venid... venid á mí; triste y ca[illegible]
La frente inclino mustia y abatida,
Venid que por vosotros no he apagado
La estéril llama que me da la vida.

Yo por vosotros todo lo desdeño,
Aprendo á sonreír para miraros
Y mi dolor más grande es muy pequeño
Junto á la dicha inmensa de besaros.

Ven mi tierna Margot, tú eres la rosa
Que refresca mi espíritu doliente;
Estrella de la paz, vierte amorosa
Tus ósculos de luz sobre mi frente.

Ven mi Juan, mi esperanza y mi consuelo,
En cuyo nombre mi blasón se encierra,
Veme con esos ojos de tu abuelo
Que tanto me miraron en la tierra,

Y tú, mi triste y pálida María
Que has traducido mi aflicción secreta,
Ven á mi corazón, ven hija mía,
Y llora sobre mi arpa de poeta.

Ahora que castos sois, porque sois niños,
Dadme pureza, ensueños, ilusiones,
Quiero hartarme de besos y cariños
Y en pago os llenaré de bendiciones.

¡Amadme como os amo! Me habéis dado
La paz con vuestros besos de ternura.
¡Si yo viviera siempre á vuestro lado!
¡Si siempre fuerais niños! ¡qué ventura!

CAMBIO DE NOMBRE

Á MI PRIMOGÉNITA

Si amas tanto á la Virgen, hija mía,
En tu edad sin doblez y sin engaños,
Toma su nombre y llámate « María »
Lo cual aplaudirán propios y extraños.

Cuando te llamo « Concha », tus sonrojos
Hacen que me confunda y que me asombre,
Pues muy claro me dices con los ojos :
« Yo no vivo contenta con mi nombre. »

Tus razones tendrás y las respeto,
Porque yo de tu vida en el camino
No indago lo que piensas, lo interpreto;
No pregunto que quieres, lo adivino.

Estudio en tu inquietud cada deseo,
Conozco tus tristezas ignoradas,
Y cuanto guardas en el alma leo
Lo mismo que en un libro en tus miradas.

No existe para mí dicha ninguna
Mayor que aquella que alumbró mi vida
En la primera vez que de tu cuna
Te alcé en mis brazos, te besé dormida.

Y de mi santo amor en los excesos
Viendo en ti de mis dichas el tesoro,
Te desperté al rumor de tantos besos
Y con el alma te grité: ¡te adoro!

¡Cuántas hermosas noches á tu lado
Mirándote dormir pasé las horas,
Y cuántas veces ¡ay! me han encontrado
De pie junto á tu lecho las auroras!

Los premios á este amor no son escasos;
Dos ha tenido mi pasión suprema:
Una epopeya en tus primeros pasos,
Y en tus primeras frases un poema,

¿Cuál es tu porvenir? Si Dios me diera
Poder para mirar futuro día
Y tenebroso tu horizonte viera,
Llorando, á Dios tu muerte pediría.

Tan prematuramente raciocinas
Que en todo buscas manantial de bienes,
Y hoy quieres, para el mundo en que caminas
Otro nombre distinto del que tienes.

¡Oh pura y tierna flor de mis pensiles
Que yo temblando de pasión cultivo;
Has inundado con tus seis abriles
De aroma el mundo en que luchando vivo!

¿Por qué no has de llamarte como quieres?
¡Cesen ya tu ansiedad y tus desvelos;
No hay nombre más hermoso en las mujeres
Que el nombre de la Reina de los Cielos!

MI OASIS

Á MI HIJA MARÍA

Mirto del deshojado huerto mio
Que con ámbar de amor me regeneras
Y que en tus nueve tristes primaveras
Lágrimas sólo tienes por rocío.

En el sagrario del altar vacío
Como vívida luz constante imperas
Que fueron tus caricias las primeras,
Que ahogar pudieron mi dolor impío.

Primera flor de las amadas flores
Que en otro hogar donde el sufrir se olvida
Su aroma dan y ostentan sus colores;

En tu corola virginal se anida
El más intenso amor de mis amores,
La fe que alienta mi angustiada vida.

MI TALISMÁN

Con los primeros dientes de María
Finos, menudos, blancos y brillantes,
Me han hecho un prendedor que no daría
Por otro igual de perlas y diamantes.

Á joya tan humilde como grata
Emblema de mis íntimas ternuras,
La juzgo si la llevo en la corbata
El talismán de todas mis venturas.

Nada me importa que á ninguno cuadre
Ver cuanto estimo deleznables huesos:
Son de una boca que al decirme: ¡padre!
Cura mis penas con sus castos besos.

Son de una boca diminuta y bella
Más que las rosas fresca y encendida,
Basta la miel que se desborda en ella
Para endulzar las horas de mi vida.

Otros busquen tesoros como Creso;
Yo que no espero ni ambiciono tanto,
Perlas busco en la boca cuyo beso
Es para mí el más puro y el más santo.

Hay quien de cada piedra forme un mito,
Quien dé culto de Febo á la luz pura,
Y quien fabrique un templo de granito
Para dar á un monarca sepultura.

Y yo incrusto del oro en la dureza
Estos carbunclos de materia humana,
Que envueltos en aliento de pureza
Dios engarzó sobre caliente grana.

Cuando llame á las puertas del olvido,
Llevarme quiero á la mansión sombría
Este alfiler humilde, revestido
Con los primeros dientes de María.

« ESTE ERA UN REY... »

Ven mi Juan, y toma asiento
En la mejor de tus sillas;
Siéntate aquí, en mis rodillas,
Y presta atención á un cuento.

Así estás bien, eso es,
Muy cómodo, muy ufano,
Pero ten quieta esa mano·
Vamos, sosiega esos pies.

Éste era un rey... me maltrata
El bigote ese cariño.
Éste era un rey... vamos niño,
Que me rompes la corbata.

Si vieras con qué placer
Ese rey... ¡Jesús! ¡qué has hecho!
¿Lo ves? en medio del pecho
¡Me has clavado un alfiler!

¿Y mi dolor te da risa?
Escucha y tenme respeto:
Éste era un rey... deja quieto
El cuello de mi camisa.

Oír atento es la ley
Que á cumplir aquí te obligo.
Deja mi reloj... prosigo.
Atención : Éste era un rey...

Me da tormentos crueles
Tu movilidad chicuelo,
¿Ves? has regado en el suelo
Mi dinero y mis papeles.

Responde: ¿me has de escuchar?
Éste era un rey... ¡qué locura!
Me tiene en grande tortura
Que te muevas sin parar.

Mas ¿ya estás quieto? Sí, sí,
Al fin cesa mi tormento...
Éste era un rey, oye el cuento
Inventado para ti...

Y agrega el niño, que es ducho
En tramar cuentos á fe:
« Éste era un rey... ya lo sé
» Porque lo repites mucho.

» Y me gusta el cuentecito
» Y mira, ya lo aprendí:
» Éste era un rey, » ¿no es así?
» ¡Qué bonito! ¡Qué bonito! »

Y de besos me da un ciento,
Y pienso al ver sus cariños:
Los cuentos para los niños
No requieren argumento.

Basta con entretener
Su espíritu de tal modo
Que nos puedan hacer todo
Lo que nos quieran hacer.

Con lenguaje grato ó rudo
Un niño, sin hacer caso,
Va dejando paso á paso
Á su narrador desnudo.

Infeliz del que se escama
Con esas dulces locuras;
¡Si estriba en sus travesuras
El argumento del drama!

¡Oh Juan! me alegra y me agrada
Tu movilidad tan terca;
Te cuento por verte cerca
Y no por contarte nada.

Y bendigo mi fortuna,
Y oye el cuento y lo sabrás:
« Era un rey á quien jamás
« Le sucedió cosa alguna. »

EL CULTO DEL ABUELO

Á MI QUERIDO Y RESPETADO AMIGO
IGNACIO M. ALTAMIRANO

Señorona pequeñita,
Mi hechicera Margarita,
Ven aquí;
Mírame, ¿no estás oyendo
Que en la sala están diciendo
Que te pareces á mí?

Y ¿en qué será? Son tus ojos
Dos luceros, y tus rojos
Labios son
Frescos, lucientes y puros
Como los guindos maduros
Del otoño en la estación.

¿Será en la color? Tú tienes
De armiño y seda las sienes;
Rubia es

Tu abundosa cabellera,
Tus manos como de cera
Y diminutos tus pies.

¿Será en el carácter? Serio
Triste y lleno de misterio
Siempre estoy,
Y tú amable y halagüeña
Y cariñosa y risueña
En tu inocencia eres hoy.

¿En qué, pues, nos parecemos?
En los rostros no tenemos
Nada igual;
Y en las almas, ¡qué ironía!
Junto á la tuya es la mía
El carbón junto al cristal.

Pero hay algo que guardamos
Los dos y que alimentamos
Al vivir;
Es un amor, es un culto,
En nuestras almas oculto,
Que no puedo describir.

Mi padre, digo, tu abuelo
Á quien Dios tenga en el cielo,
En ti vió

Un reflejo de aquel niño,
Que al ser padre, con cariño
Á su lado te llevó.

Se gozaba en contemplarte
Y recordaba al mirarte
Cada vez,
Las dichas encantadoras
Que tuvo en todas las horas
Fugaces de mi niñez.

Y exclamaba : « ¡Pobrecita!
Tan buena mi Margarita,
¡Qué placer! »
Y mirándote perplejo,
Murmuraba : « ¡estoy tan viejo
Que no la veré crecer! »

Y se murió. Si te viera
Tan crecida ¿qué dijera?
De ti en pos
Andar ágil le vería;
¿No recuerdas hija mía,
Cuando ibais juntos los dos?

¡Juntos Oriente y Ocaso!
Él marchaba paso á paso
Tras de ti...

Y tú lanzabas un grito:
-« ¡Corre, alcánzame, abuelito,
¡Más aprisa... más... así! »

Me parece que le escucho;
¿Te acuerdas? ¿Le quieres mucho?
¿Es fiel
Tu memoria y no le olvida?
¿Cada noche, hija querida,
Le pides á Dios por él?

Mucho los dos le queremos
Y en esto nos parecemos,
¿No es verdad?
Iguales somos en eso,
Muy iguales... dame un beso
Que suene en la eternidad.

Santo beso que no acaba,
Como aquellos que te daba;
Llegue á Dios
Nuestro llanto y nuestro duelo:
Para llorar por tu abuelo
Somos iguales los dos.

Repítele á tus hermanos
Los nobles consejos sanos
Que le oí

Y llóralo en todas veces.
Que al llorarlo te pareces,
Te pareces mucho á mí.

PATRIA

Á MI QUERIDO AMIGO FRANCISCO SOSA

I

Ayer, mi primogénita Conchita,
Alma en flor de mis dulces ilusiones,
Me dirigió una carta que está escrita
Con letras que parecen moscardones.
No falta por supuesto el sobrescrito
Que dice — « Á mi papá, » — yo soy, lo veo;
¡Buen chasco se pegaba el angelito
Si ha mandado su epístola al correo!
Con mucha gravedad he roto el nema
Que, sin seguir la práctica aceptada,
No es monograma, ni blasón, ni lema,
Sino un poco de goma mal untada.
El papel de la carta, maravilla
Por su extraño doblez y su figura,

En sus mejores tiempos fué planilla
De un cuaderno segundo de escritura.
Doy principio á leer, y no comento:
« Mi querido papá, mucho te extraño;
Margot está muy gorda y Juan contento
Porque ha estrenado al comenzar el año.
Te vas á sorprender con su vestido,
No te quiero contar, son calzoneras;
Su sombrero jarano y le han traído
Una de esas pistolas de deveras.
No digas que te dije si pregunta
Porque si no dirá que soy muy mala,
Ven á ver su pistola, si te apunta
No te asustes, papá, no tiene bala.
Ya no te escribo más; en otro día
Seré tan larga como tú lo pides;
Adiós papá; bendice á tu María...
Post-data: — Mi muñeca; no te olvides. »

II

Al domingo siguiente muy temprano,
Tomé asiento en un coche de primera
De aquel tren más inglés que mejicano
Que lleva á Veracruz, no á la frontera.
Dos horas de camino, con el alma
Henchida por las gratas impresiones

De una mañana alegre, y á « La Paima »
Llego como quien dice en tres tirones,
Abandono el wagón y lo primero
Que á mi vista en el campo se presenta,
Es Juanito vestido de ranchero
Tal y como la carta me lo cuenta :
Un sombrero jarano con toquilla,
Un freno á cada lado por chapeta,
Un ancho barboquejo con hebilla,
De cuero de venado la chaqueta.
Amplia la calzonera y con galana
Botonadura; la corbata suelta;
Al cinto la pistola en la canana,
La mano airosa entre la crin revuelta.
Espuelas de Amozoc cuyos pavones
Ni el tiempo borra ni el andar maltrata,
Ostentando en sus mil incrustaciones
Gallardas cifras en bruñida plata.
En el sencillo fuste por adorno,
Redondos chapetones cincelados,
Y de la teja y la cabeza en torno
Anchos cercos de plata repujados.
Cubierto el hombro por la manga oscura
De paño azul y de olvidada usanza,
Con fleco y con galón la embocadura :
Fleco que al sol sus esplendores lanza.
Y tal me pareció que revivía
Con su traje y airoso continente,
El tipo que mi ardiente fantasía

Formara en mi niñez de un insurgente.
Adelantó el caballo; mezcló un grito
De júbilo con una carcajada,
Y me puse á mirarle de hito en hito,
Fingiendo una sorpresa inesperada.

III

Después, cuando ya juntos caminamos
Hablábamos los dos de esta manera :
(Antes debo advertir que á lo que hablamos
Puede ó no darle crédito cualquiera.)
— ¿Por qué dices, papá, que te parece
Que soy un insurgente? di : ¿qué es eso?
— Te lo voy á explicar, pero merece
Un prólogo de amor, ¿me das un beso?
Hace ya muchos años... todavía
El abuelito de que fuiste encanto...
— ¡Ah! sí; mi papá grande... — No nacía.
— ¿Hará como cien años?
—No, no tanto.
Era el año de diez; han trascurrido
Desde entonces acá más de setenta...
— ¿Serán doscientos años?
— ¡Aturdido!
En nombre de tu edad, no hagas la cuenta.
Hubo por aquel tiempo una gran guerra :

Luchaban los de aquí con los extraños
Por quitarles el mando en esta tierra,
Y fué tan larga que duró diez años.
—¿Y quién ganó por fin?
— Poco me extraña
Esa pregunta de la cual me río;
¡Luchábamos nosotros con España
Y ganamos nosotros, hijo mío!
Pero voy á decirte en breve historia
Cómo tan noble triunfo conseguimos,
Rogándote la guarde tu memoria
Por sèr del suelo en que los dos nacimos.
Muy cerca de la hacienda, en aquel llano
La iglesia desde aquí bien se divisa,
Vive un amable cura muy anciano,
Que los domingos viene á decir misa,
¿Ya lo conoces?
—Sí.
— Mucho cariño
Te profesa por cierto, el buen abate...
—Sí, ¿no sabes? me llama su buen niño
Y me convida pan y chocolate.
—Pues bien, de igual edad, con los honores
Mismos que él tiene; amado por las gentes,
Hubo un cura en el pueblo de Dolores
Al cual debemos ser independientes.
Era de noble corazón y dijo:
« Cuanto tengo en la tierra y cuanto valgo
Por mi patria lo doy como buen hijo. »

Era aquel cura: ¡Don Miguel Hidalgo!
Y sin más que su esfuerzo y su conciencia
Que la alta voz del patriotismo escucha,
Proclamó sin temor la Independencia,
Y antes que nadie se lanzó á la lucha.
Muchos le acompañaron, mas la suerte
Corresponder no supo á sus desvelos;
Por darnos libertad halló la muerte
Dejando en su lugar al gran Morelos.
Era cura también de pobre aldea,
Pero dotóle Dios de tal bravura
Que era un rayo de Dios en la pelea
El que manso pastor era de cura.
Ejércitos formó, rompió murallas,
Hizo temblar al enemigo osado,
Y en tres años ganó tantas batallas
Que el mundo todo lo miró asombrado.
—¿Ese llegó á ganar?
— Dios no lo quiso.
Murió sin desmayar altivo y fiero;
Pero seguir luchando era preciso
Y así para luchar surgió Guerrero.
Hijo del pueblo, ardiendo en sus entrañas
El fuego celestial del patriotismo,
Era un león nacido en las montañas
Que arrulló el huracán sobre el abismo.
Modelo de valor sin arrogancia,
Con un corto puñado de valientes
Ejemplo fué de indómita constancia

Y faro de las tropas insurgentes.
¿Entiendes lo que digo? aquellos bravos
Que sin medir peligros, duelos, penas,
Le dieron libertad á los esclavos,
Rompiendo al oprimido sus cadenas.
Aquellos hombres cuyo arrojo fiero
Todo lo grande y lo sublime entraña;
Sin títulos, ni honores, ni dinero;
Sin más cuartel que el llano y la montaña,
Que siempre estaban en constante guerra
Sufriendo los rigores de la suerte,
Sin esperar más premios en la tierra
Que eterna cárcel ó afrentosa muerte.
Con una manga tosca por abrigo,
Con un nombre sin mancha por herencia,
Con un caballo por mejor amigo
Y por única fe la independencia.
Esos que tantos hechos ignorados
Nos dejan para asombro de las gentes,
Fueron del pueblo libre los soldados
Y son los que se llaman insurgentes.
Esta tierra que ves y en que tenemos
Aire, luz, casa, pan, amor, ventura,
Á su valor heroico la debemos,
Nos la dieron su arrojo y su bravura.
Este sol, estos campos, este cielo,
Es todo nuestro con su honor ungido;
Aquí naciste tú, nació tu abuelo
Y nací yo también, es nuestro nido.

Es la gran Madre y Patria se le llama;
Nada en su bien te asuste ni te asombre,
Su amor enciende la divina llama
Que alienta y mueve el corazón del hombre.
Más que en mí, más que en ti, todo el cariño
De que fueres capaz, cífralo en ella,
Y en tu inocente corazón de niño
Brille ese amor como fulgente estrella.

IV

Después al terminar nuestra jornada,
Quedéme largo rato pensativo,
Y dije á Juan fijando una mirada
En su semblante alegre y expresivo:
—¿Ya ves por qué me gustas de ranchero?
Grita cual si te oyeran muchas gentes.
Viva Hidalgo, Morelos y Guerrero!
Y ¡vivan los soldados insurgentes!
¡Vivan! repitió el niño entusiasmado;
Yo su grito escuché con embeleso,
Y le dije: pues hemos acabado,
Te daré como epílogo otro beso!

EL GRAN GALEOTO

Margot está en el balcón
Con medio cuerpo hacia fuera;
Yo de pie sobre la acera,
Dándole conversación.
— Di: ¿Qué quieres, hija mía?
— Irme contigo.
— No puedes;
Te mando que en casa quedes
Las niñas salen de día.
— ¿De noche no?
— No.
— ¿Por qué?
— Porque no... ya lo sabrás;
— ¿Pero tú adónde te vas?
— Al teatro y al café.
— ¡Al teatro! ¿Y es bonita
La comedia?
— Mucho, sí...
— Entonces llévame allí,

Voy á bajar...
— ¡Margarita!
— ¿Y al café cuándo te vas?
— Muy tarde, á la media noche.
— Bien, pues iremos en coche,
Así sí me llevarás.
— De noche no puedes ir
Ni al teatro ni al café...
— ¿Espantan?
— No.
— Pues ¿por qué?
— Porque no puedes salir.
— Pero di: ¿por qué no puedo?
— Está oscura la ciudad.
— Dices que á la oscuridad
Nunca se le tiene miedo.
— Traeré dulces al volver.
— ¿Todos serán para mí?
— Todos.
— ¿Pero todos?
— ¡Sí!
— ¿De veras?
— Todos, mujer.
— Así me quedo contenta.
— Bien, pues entra que hace frío...
— ¿Te vas?
— Me voy, ángel mío,
— Mis dulces...
— Calla, avarienta.

— ¿Qué dices?
— Nada, tesoro,
Que ya me voy, nada escucho.
— ¿Me quieres?
— ¡Te quiero mucho!
¿Y tú me quieres?
— ¡Te adoro!
— Soy obediente.
— Por eso
Vives ya tan consentida.
— Un beso...
— Toda mi vida
Te mando con este beso.

—

Pasaban á la sazón
Varias gentes por la acera,
Y al oír de tal manera
Cortar la conversación,
Nos juzgan pechos de lava
Que laten de amor en pos,
Y dicen: ¡vaya! ¡son dos
Que están pelando la pava!

A MI PROMOGÉNITA

Anoche te vi en sueños hija mía,
No ya cual eres hoy, niña inocente,
Sino joven, gallarda, inteligente,
En tu mayor fragancia y lozanía.

Encontré en tus miradas alegría,
En tu risa bondad, paz en tu frente;
Eras un sol brillante en el Oriente
Y yo la noche oscura, triste y fría.

¡Oh ley inexorable del destino,
Cuando más reclamabas mi presencia
La eterna sombra á sorprenderme vino!

Te vi en sueños llorar mi amarga ausencia
Salvándote del mundo en el camino
Mi memoria, mi amor y tu conciencia.

LAS BODAS

Dos sillones sirviéndoles de altares,
Los dos niños cogidos de la mano,
De blanco y coronada de azahares
Se va á casar Margot con Juan su hermano.

Por infantil y extraña anomalía
Que no sé si á los teólogos asombre,
En cura de almas se cambió María
Y oficia el acto convertida en hombre.

Es graciosa la novia; su vestido,
Entiéndase mejor, el nupcial traje,
Es un chal de burato desteñido
Cuyos rasgones suplen al encaje.

Las flores que le adornan en la frente,
Más que corona semejando venda,
Han crecido en los bordes de la fuente
Que tiene el jardincillo de la hacienda.

El traje del galán no tiene pero,
Es un frac de papel, por mí cortado;
Usa en la ceremonia mi sombrero,
Bastón de borla y pañolón bordado.

Ni curiosos ni amigos imprudentes
Asisten á la boda de que os hablo,
No hay suegros, ni padrinos, ni parientes,
Ni la epístola citan de san Pablo.

Con suma sencillez el cura dice :
« Tú serás el marido y tú la esposa. »
Los junta, los contempla, los bendice,
Y concluye la fiesta religiosa.

Después, cediendo al poderoso lazo,
Con el grave ademán de los señores,
La dama y el galán que le da el brazo
Se alejan por los anchos corredores.

— Oigan, les grita el cura femenino,
Que no vuelva á mirarlos enfadados
Y ellos dicen siguiendo su camino,
¿Enfadarnos? jamás; ¡somos casados!

Espectador que al verlos se enajena
Era yo aquella vez, y me entrometo
Y pregunto á los héroes de esta escena
Sin miedo á que me falten al respeto.

— Ya vi lo que habéis hecho, y necesito
Que aquí sin engañarme ni engañarse,
Me digan, tú, Margot, ó tú, Juanito,
Lo que habéis entendido por casarse.

Y en seguida el varón contesta ufano
Sin temor á un regaño ni una riña :
— Casarse, ¿no lo ves? es dar la mano
Cada vez que se quiere á alguna niña.

Nunca enfadarse ni reñir por nada,
Sentarse juntos y jugar contentos,
Ir á correr los dos por la calzada
Y contarse en la noche muchos cuentos.

— ¿Y es la primera vez que te has casado?
Y me responde Juan con ironía :
— No, papá; van tres veces, y he pensado
En casarme esta tarde con María!

Al oir esta frase sentenciosa
De la boca infantil de aquel marido,
Quedéme enfrente de la humana prosa
En hondas reflexiones sumergido.

El pecado, pensé, vive en lo impuro
De una alma enferma, desgarrada ó seca.
¿Por qué peca el polígamo maduro?
¿Por qué el niño polígamo no peca?

JUEGOS DEL ALMA

Mientras yo á carcajadas me reía,
En otra habitación Margot lloraba;
¡Qué contraste formó con mi alegría
La pena que su llanto revelaba!

Corro al instante á verla y la pregunto:
¿Por qué con tal dolor estás llorando?
Di... ¿por qué gritas? y responde al punto:
Es porque estoy á lágrimas jugando.

¿Cómo? ¡Jugar á lágrimas! ¡Ignoras
Lo que dices Margot! ¡Vives de prisa!
Mientras tú alegre juegas á que lloras
Yo estoy con mi dolor jugando á risa.

EN EL CIELO Y EN LA CALLE

(FRAGMENTO DE UN POEMA INÉDITO)

Á los que buscan dramas algo extraños
Doy éste, que por breve no desvela:
Personajes: un niño de seis años
Y Juana de sesenta que es su abuela.
Hablan y nada la atención les roba;
Ella desde un sillón; él en su cama;
La escena es en el fondo de una alcoba
Que brilla á media luz.
Comienza el drama.

. . . .
. . . .
. . . .

Dos labradores francos y sencillos,
Encontraron dos aves cierto día.
— Abuela: ¿qué son aves?
— Pajarillos.
— ¡Ah! sí, tienes razón, ya lo sabía.

— Prosigo, y no interrumpas esta historia.
— No vuelvo hablar, te lo prometo, abuela;
— Oye y fija mi cuento en tu memoria.
— Y lo diré á los niños de mi escuela.
— Una vez dos sencillos labradores
Hallaron en un árbol suspendido
El nido de dos pájaros cantores;
— Dime antes de seguir, ¿cómo es un nido?
— Tus preguntas avivan mis congojas,
Un nido es un palacio...
— ¿Qué me dices?
— Es un palacio alzado entre las hojas
Para vivir dos pájaros felices.
Allí se abrigan del invierno insano,
Allí van á arrullarse hora tras hora,
Y así como tú rezas muy temprano,
Allí cantan á Dios en cada aurora.
— ¿Y serán muy bonitos?
— Maravilla
En tanta pequeñez, arte tan rico.
— Abuela, ¿son de piedra?
— Son de arcilla
Con hebras mil tejidas con el pico.
Mas no pierdas la historia peregrina
Y volvamos al par de labradores
Que, al fulgor de la estrella matutina
Hallaron aquel nido entre las flores.
Se acercaron al árbol corpulento
Donde estaba el palacio suspendido...

— ¡El palacio!
— ¿Lo ves? No sigo el cuento:
Un palacio en un árbol es un nido.
En él estaba un pájaro, y cubría
Para darles calor, dicha y consuelos
Á tiernos pajaritos...
— ¡Qué alegría!
Sus hermanos tal vez..
— No, sus hijuelos.
Temeroso al mirar á dos extraños
Escondió á sus polluelos inocentes.
— ¡Ay! dime, abuela, ¿les hicieron daños?
Si los han de matar no me lo cuentes.
— No comprendes aún en tu inocencia
Los nobles cultos en las almas fijos,
Un padre siempre inspira reverencia
Á quien lo ve cercado de sus hijos,
Y lo mismo en las aves que en los hombres,
En el espacio azul ó en el abismo,
Grutas, nidos, hogar,—cuestión de nombres —
¡El amor paternal siempre es el mismo!
El pájaro del cuento receloso
De la intención de aquellos campesinos,
Les habló...
— ¿Cómo hablaba?
— ¡Qué curioso!
— ¿Hablaba como yo?
— No, no; con trinos.
— ¿Con trinos!

— No interrumpas.
— ¿Cómo es eso?
— Basta de preguntar; escucha
— Escucho.
— ¿No sientes tú, cuando me das un beso,
Que, sin hablarte yo, te digo mucho?
Pues... no lo sé explicar, un dulce acento
Inimitable, arrullador, divino,
Con que una ave saluda al firmamento
Al ver el nuevo sol, eso es un trino.
— ¿Eso es un trino?
— Sí: con él expresan
Las aves de sus dichas el tesoro...
— Abuela, y qué, ¿las aves no se besan?
— Tal vez, tal vez, pero en verdad... lo ignoro.
No hagas á cada paso esas preguntas
Que resolver no puedo ni me toca;
Tal vez se besen las que viven juntas,
— ¿Y se pueden besar sin tener boca?
— Me tiene siempre en infernal batalla
La gran precocidad de tus antojos:
Sábelo chiquitín, sábelo y calla:
¡Los pájaros se besan con los ojos!
— No, no es verdad abuela.
— ¡Qué osadía!
¿Es decir que yo miento? ¡Vaya un chico.
— Yo he visto á tus canarios cierto día,
Dándose de comer de pico á pico.
— Pero ¿dar de comer es dar un beso?

¡Vaya con el chicuelo veterano!
— Pues ¿por qué los canarios hacen eso?
Tú me das la comida con la mano.
— ¿Por qué lo hacen? No sé. Ya me provoca
Esa curiosidad tan obstinada;
No se besa tan sólo con la boca...
— Abuela, ¿pues con qué?...
— ¡Con la mirada!
Y á un niño como tú, débil é inerme,
Que no conoce el mal ni le acobarda,
Viene á besar sus ojos cuando duerme,
Lleno de amor el ángel de la guarda.
Ese ángel está aquí...
— ¿Dónde?
— Á tu lado.
— Abuela, ¿entre tú y yo?
— Sí,
— ¡No lo veo!
— Ningún mortal á un ángel ha mirado
Sino con la esperanza y el deseo.
Quien tal ventura á conseguir alcanza
Es porque tiene el alma limpia y pura.
— Dime abuela, ¿qué cosa es la esperanza?
— Una cosa muy clara y muy oscura.
Lo que quieres hallar más adelante,
Lo que estando muy lejos ves enfrente,
Lo que al ser más oscuro es más brillante,
¿Me entiendes?
— No.

— Pues calla impertinente,
Me llevas por tan ásperos caminos,
Que junto á ti desfallecer me siento;
Me haces hablar de besos y de trinos
Y no me dejas proseguir el cuento.
— ¿El cuento?
— Picaruelo, ¿has olvidado
El encuentro de aquellos labradores
Con el nido de un pájaro encantado
Oculto entre las ramas y las flores?
Sí, lo olvidaste ya; cesa mi empeño
De contar esa historia... no prosigo;
Cierra los ojos, velaré tu sueño
¡Soy tan dichosa cuando estoy contigo!
— ¿Me quieres mucho?...
— Sí, te quiero tanto
Que por eso me ves tan afligida;
Á mi avanzada edad me causa espanto
Saber que pronto perderé la vida.
— ¿Te da miedo morir?
— Por ti me aflijo,
No por un mundo donde impera el dolo...
— ¡Ay! si murieras...
— ¡Calla! Entonces hijo
¿Qué podrá ser de ti?... ¡te quedas solo!
— ¿No dices que está un ángel á mi lado
Que vela mis acciones noche y día?
Él me acompañará.
— Muy bien pensado.

— No llores... dame un beso madre mía.
  Fija el niño en la anciana sus miradas
En las que amor inmenso se revela,
La besa y sus mejillas sonrosadas
Se empapan con el llanto de la abuela.
  Reina un silencio santo, nada roba
La pompa augusta que la escena tiene;
¡Cómo que están besándose en la alcoba
Una alma que se va y otra que viene!

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

EL PRIMER PASO

Ya libre por los anchos corredores
Das tus primeros pasos, hija mía,
Y al verte abandonar los andadores
Quedo absorto y temblando de alegría.

Sin que tu planta al caminar vacile
Al levantar audaz el primer vuelo,
No quieres que amoroso te vigile
Y sola vas acariciando el suelo.

Muy pronto olvidarás que con mi mano
Te daba apoyo con amor profundo
Antes que á tu mandato soberano
Pudieras andar sola por el mundo.

Fe de mi hogar y flor de mis amores,
Anhelo en el amor que el alma encierra
Llenar de luz, de aromas y de flores
Las sendas qué atravieses en la tierra.

Ya diste con valor el primer paso
Y con gozo y tristeza quedo al verte;
Tú vas hacia el cenit y yo al ocaso,
¡Tal es la ley terrible de la suerte!

Se humedecen mis ojos cuando miro
Que puedes sola caminar ufana,
Y exhala el corazón triste suspiro
Meditando en tus pasos de mañana.

Mas Dios te velará... luce tus galas,
Avanza un paso más: ¡qué hermoso día!
¡Hoy abre el ángel de mi hogar las alas!
¡Hoy dió u primer paso mi María!

Madrid 1879.

CON MIS HIJOS

Así, todos conmigo, no hay delicias
Que igualen á éstas, si á mi lado os veo;
Coronadme de besos y caricias;
Vuestro amor es el único en que creo.

Yo siento entre vosotros la ventura
Mayor del mundo; la celeste calma;
Irradian vuestros ojos la luz pura
Que anuncia el claro amanecer del alma.

Ven tú, mi primogénita Conchita,
Tú que al verme sufrir callas y lloras;
Ven, mi rubia y amable Margarita,
Ven á endulzar mis fatigadas horas.

Y tú, mi Juan, que tienes con ser hombre
Abierto el porvenir sobre este suelo,
Ven á mi oído á repetir tu nombre:
¡Legado augusto de tu noble abuelo!

Venid los tres; no quiero que ninguno
Deje de estar aquí; venid contentos
Y acercadme las frentes uno á uno
Para en ellas besar sus pensamientos.

Enlazad como lirios vuestras manos
Y combatid á la voluble suerte:
Yo quiero bendecir á tres hermanos
Que se juran amarse hasta la muerte.

¡Ah! si supierais el amor profundo
Que cada nuevo sol al pecho trae,
Y que la dicha es flor que en este mundo
Nace á la aurora y en la tarde cae;

Si vierais que la mano que prefiere
La nuestra, en los placeres de la vida,
Es después la primera que nos hiere
Y al vernos en desgracia nos olvida,

Creciera en vuestras almas la ternura
Con que debéis de amaros en la tierra,
Mientras rugen el odio y la amargura
Con la virtud y la bondad en guerra.

¡El hogar es un templo! los pesares
Que da en su derredor la turba impía
Se convierten llegando á sus altares
En gérmenes de paz y de alegría.

Amarse en el hogar, lejos del rudo
Embate de la envidia y los rencores,
Es tener siempre invulnerable escudo
Y un bálsamo en los íntimos dolores.

Si queréis ser felices al abrigo
Del manto de la fe, lejos del caos
Decidme todo, caminad conmigo
Y en todo tiempo en mi memoria amaos.

EL CUENTO DE MARGOT

Vamos Margot, repíteme esa historia
Que estabas refiriéndole á María,
Ya vi que te la sabes de memoria
Y debes de enseñármela, hija mía.

— La sé porque yo misma la compuse.
— ¿Y así no me la dices? Anda, ingrata.
— ¡Tengo compuestas diez! — ¡Cómo! repuse,
Te has vuelto á los seis años literata?

— ¡No, literata no! pero hago cuentos...
— No temas que tal gusto te reproche.
— Al ver á mis hermanos tan contentos
Yo les compongo un cuento en cada noche.

—

— ¿Y cómo dice el que contando estabas?
— Es muy triste, papá, ¿que no lo oiste?
— Sólo oí que lloraban y llorabas.
— ¡Ah! si, todos lloramos; ¡es muy triste!

—

Imagínate un niño abandonado
De grandes ojos de viveza llenos,
Rubio, risueño, gordo y colorado:
Como mi hermano Juan, ni más ni menos

—

Figúrate una noche larga y fría,
De muda soledad, sin luz alguna,
Y ese niño muriendo, en agonía,
Encima de la acera, no en la cuna.

—

— ¿En las heladas losas?
— Sí, en la acera,
Es decir, en la calle...
— ¡Qué amargura!
— Hubo alguien que pasando lo creyera
Un olvidado cesto de basura.

—

Yo pasaba, lo vi, bajé mis brazos
Queriendo darle maternal abrigo
Y envuelto en un pañal hecho pedazos
Lo alcé á mi pecho y lo llevé conmigo.

Lloraba tanto y tanto el angelito
Que ya estaban sus párpados muy rojos..
Y á cada nueva queja, á cada grito
El alma me sacaba por los ojos.

—

Me lo llevé á mi cama : entre plumones
Lo hice dormir caliente y sosegado...
¡Cómo hubo en este mundo corazones
Capaces de dejarlo abandonado!

—

¡Ay! yo sé por mi libro de lectura
Que estudio en mis mayores regocijos,
Que ni los tigres en la selva oscura
Dejan abandonados á sus hijos.

—

¡Pobrecito! yo sé su mal profundo,
Le curo como madre toda pena:
Parece que este niño en este mundo
No es hijo de mujer sino de hiena.

—

De mi colchón en el caliente hueco
Duerme para que en lágrimas no estalle;
Y llorando Margot, mostró el muñeco
Que en cierta noche se encontró en la calle.

MI COLEGIALA

Negro el vestido,
El velo negro,
Una medalla
Colgada al cuello;
Entre las manos
Un libro abierto;
Los ojos siempre
Buscando el cielo
Y en el retiro
Ganando el tiempo,
Mi colegiala
Vive en silencio.
¡Pobre hija mía!
¡Mi amor primero!
¡Mi soberana
Del pensamiento!

Cuando yo sufro,
Cuando yo peno,
Cuando me hieren
Rencores negros,
Para mis dichas
Voy al Colegio,
Y allí la miro
Y allí la beso
Y de allí traigo
Paz y consuelo.
¡Pobre hija mía!
¡Mi amor primero!
¡Mi soberana
Del pensamiento!

—

Cuando entre mudo
Recogimiento
Pensando á veces,
Otras leyendo,
Á Dios le pidas
Dicha y contento
Para el que sufre
Terribles duelos,
Piensa en tu padre
Que te ama ciego,
Recuerda todos
Mis sufrimientos,
Y alza tus ojos

Al Ser Eterno
Que habrá de oírte
Clemente y bueno;
Reza, hija mía,
Reza con celo,
Que la inocencia
Tiene derecho
Á que la escuchen
Allá en el cielo.
¡ Para tu padre
Que te ama ciego
Pide venturas,
Paz y silencio !
¡Mi colegiala!
¡Mi amor primero!
¡Mi soberana
Del pensamiento!

NOCHE BUENA

Trae la lama, trae el heno,
El portal déjalo aquí...
La mula, el buey, así, así,
Ya está bueno, ya está bueno.

—

Acuesta al niño, ¡Dios mío!
Tan desnudo me enternece;
Ponle plumón, que parece
Que se nos muere de frío.

—

Pon en lo alto la estrellita,
La escarcha aquí nos completa,
Trae sol y luna y cometa
Y el rebaño y la casita.

—

Aquí resalta mejor
Esta cascada... aquí un pino;
Has con piedras el camino;
Sienta aquí arriba un pastor.

—

Junto al monte que vacila.
Forme laguna este plato;
Aquí dejamos á Bato,
Aquí á su pastora Gila.

—

Junto á este árbol que se eleva
Con pompa porque es frutal,
Va el pecado original,
Quiero decir, Adán y Eva;

—

Tiñendo en rojo los prados
Colocar de frente puedo
Á Herodes ¡Jesús! ¡qué miedo!
Con cien niños degollados.

—

Aquí se quedó Moisés
Con sus tablas... ¡qué bonito!
Y en frente del portalito:
Los reyes magos, ¡los tres!

Y entre montes y cañadas
Y casitas y ahuehuetes
Irán todos los juguetes
De las noches de Posadas.

—

Ya está todo y está bueno,
Más zagales, más doncellas,
Aquí nos faltan estrellas
Y más escarcha en el heno.

—

Junto al niño están de pie
Con faz dulce y amorosa
El casto esposo y la esposa,
La Virgen y san José.

—

Ahora sí, ya se acabó,
Vengan y con gran cariño:
Canten: á la rorró niño,
Todos: á la rorrorró.

—

Y se agrupan los chicuelos,
Que cual ángeles se ven,
Y ante el portal de Belén
Cantan al Rey de los Cielos.

¡Qué entusiasmo! ¡qué alegría!
¡Qué fiesta santa y amena!
Falta lo mejor: la cena;
¡La gran cena de este día!

—

De la mesa en derredor
Donde todo se concilia,
Está toda la familia
Llena de dicha y amor.

—

El niño, el joven, el viejo,
Doncella, madre y abuela,
Tanto el que asiste á la escuela
Como el que asiste al consejo.

—

De nuevas dichas en pos
Con inefable contento
Celebran el nacimiento
De Jesús, del Niño Dios.

—

El anciano se embelesa
Viendo después que ha cenadc
Como el nieto se ha quedado
Dormido sobre la mesa.

Y al mirarle siente ya
En sus ojos llanto ardiente,
¡Piensa que al año siguiente
Acaso no lo verá!

—

Todos gozosos se ven
Unos á otros con cariño;
El viejo contempla al niño
Y éste al Niño de Belén.

—

¡Oh delicias de esta cena!
¡Oh familia venturosa!
¡Noche alegre! ¡Noche hermosa!
¡Noche santa! ¡Noche buena!

—

Eres venero sin par
De recuerdos de ventura,
Eres la noche más pura
De todas las del hogar.

—

El imán de los cariños,
La cuna de afectos sanos,
El llanto de los ancianos
Y la risa de los niños.

¿Por qué tan rauda te vas?
Con tus placeres extraños
Vendrás cual hoy otros años
Y no nos encontrarás.

—

El hogar estará frío
Como el fondo de la huesa,
Y hallarás en nuestra mesa
Más de un asiento vacío.

—

Cantando tus atractivos
Otros gozarán despiertos;
¿Quién se acuerda de los muertos
En el festín de los vivos?

—

Mas no hay que amargarse en pos
Del olvido y de la pena,
Que esta noche es Noche Buena
Y ha nacido el Niño Dios.

—

¡Nada, á gozar y á reír,
El que muera morirá,
Y el que viva ya verá
Lo que esconde el porvenir!

CÓMO ES MARGOT

Á MACARIO RIVERO

Una comedia del día
Sin llanto y con regocijos;
Personajes: yo y mis hijos;
Teatro: la Juguetería.

Tengo cual es de rigor
Una niña en cada lado
Y el varón está sentado
Encima del mostrador.

Hay enfrente dos hileras
De *bebés* con labios rojos,
Blancas frentes, negros ojos
Y doradas cabelleras.

Rifles, tambores, cornetas,
Vajillas de lujo y gala,
Muebles, espejos de sala,
Armarios á dos pesetas,

Locomotoras sin par,
Coches de cuerda, andadores,
Barcos, peces de colores,
Ballenas... en fin: ¡la mar!

Quiero — la mayor me grita —
Aquel niño en esa cuna
Y aquel armario de luna,
Esa alfombra y la casita.

Y yo — dice Juan — no quiero
Más que un fusil, un cañón,
Una pistola, un bastón,
Un sable, un cinto de cuero,

Una lanza, una bandera,
Una coraza, una gola,
Aquella caramañola,
Mi kepí y mi cartuchera.

Y prosigue la mayor:
— Pues yo quiero solamente
Esa lámpara, esa fuente,
Muebles para el comedor,

Dos cuadros, cuatro cortinas,
Tres sartenes, un brasero,
Dos candiles, un plumero,
Un gallo con sus gallinas;

Un ratón de cuerda, un gato,
Un... ¡basta! — ¿Y tú Margarita?
Callóse la pobrecita,
Miró todo largo rato

Y con palabras sinceras
Y natural regocijo,
Alzó su rostro y me dijo:
Yo, papá, lo que tú quieras.

—No. Di tu antojo alma mía,
Y agregó alzando las manos:
— ¡Ya pidieron mis hermanos
Toda la juguetería!

—¿Y no quieres nada?—¡No!
—Algo pide.
—¿Y si estás pobre?
Lo que dejen, lo que sobre,
Eso me lo llevo yo.

—¡Pobrecita! ¡Pobrecita!
La dije y besé su frente,
Y no exagero, realmente
Es así mi Margarita,

Bondadosa y resignada
Ninguna ambición concibe,
Si algo le doy lo recibe
Y si no, no pide nada.

¿MADRE Ó MAMÁ?

—¡Ay padre mío! ¡padre mío!
—¿Qué pasa Margot? ¿qué pasa?
—El niño-rey de mi casa
Está muriendo de frío.
—¿El niño-rey?
—De la mano
Te llevaré con cariño
Á ver morir á mi niño
—Pero ese niño ¿es tu hermano?
—¡Mi hermano! no, papacito,
El niño á que me refiero
Me lo dió don Luis Rivero
De regalo ¡es tan bonito!
Desde que lo trajo aquí
Dejé agujas y ruecas,
Y en mi casa de muñecas
Lo he tenido junto á mí.

Le dí la alcoba mejor,
Buena cama, dos colchones,
Macetas en los balcones
Que dan para el corredor.

Un gran armario de luna,
De encajes un traje entero,
Y en los bolsillos dinero
Para aumentar su fortuna.

¡Ay! si supieras papá,
Aunque vivimos en calma
Me duele, me duele el alma
Cuando me grita ¡mamá!
No quiero oír ese grito
Y que se calle le encargo,
¡Es un grito tan amargo!
¡Él, tan dulce y tan bonito!
— Di que grite ¡madre mía!
— Perdió su madre al nacer
Y no le ha de responder
Detrás de la tumba fría.
— Tú eres su madre.
— No tal,
Soy su mamá solamente,
— Es lo mismo.
— Es diferente.
— ¿Mamá y madre no es igual?
— No te lo podré decir;

Pero ven á ser testigo
De su muerte, ven conmigo,
¡Que pronto se va á morir!
  Dejando el problema ignoto
Fuí con Margot junto á un lecho
Donde con traje deshecho
Estaba un muñeco roto.

  Y dijo con ironía
Cuando en brazos lo sostuvo:
—¡Pobrecito! nunca tuvo
Á quien gritar ¡madre mía!
Pero nunca lo extrañó;
Diga el mundo lo que quiera,
Porque á una madre supera
Una mamá como yo.
Lo quise, lo consentí
Y alivié todos sus males:
¡Para todos sus iguales
Quisiera mamás así!

TEOLOGÍA INFANTIL

Lector, ¡hasta de teólogo haré alarde!
Con Juan, con Margarita y con María
Tuve ayer, á las cuatro de la tarde
Una gran discusión de teología.

Nunca estudié esa ciencia ni me viste
En tratos con los sabios tonsurados
Ni tuve como muchos « noche triste »
Ni conozco los cánones sagrados.

Pero tienen los niños unas cosas
Y hacen tales preguntas á su modo,
Que entre muchas misiones peligrosas
Tiene un *papá* la de explicarles todo.

Pregunta existe que en su fondo encierra
Un gran caudal de ciencia comprimida
¿Por qué nacen los hombres en la tierra?
¿Cómo vienen los hombres á la vida?

¿Quién ha clavado el Sol en el espacio?
¿Quién construyó tan alta una montaña?
¿Por qué enferma el que vive en un palacio
Y está sano el que habita la cabaña?

Y otras cuestiones con diversos temas
Sacados de dos mil filosofías
Que llaman en las cátedras problemas
Y en el hogar se llaman niñerías.

La primera razón en ciencias y artes
La inquiere el niño en la materna falda.
¿Dónde está Dios?—pregunta— En todas partes
(Tal dice el catecismo de Ripalda).

Pero esto que al principio satisface
Por ser la solución fácil y nueva,
Después no le conforma y no le place,
Busca el último análisis, la prueba.

Ayer, hablando en el idioma llano
Que en nada amengua el paternal respeto
Después de que Margot tocó en el piano
Un fácil pot-pourri de Rigoleto,

Se vino á mí con intención pensada
Y así como entre veras y entre chiste,
Me dijo, en mis rodillas apoyada:
Tú me vas á probar que Dios existe.

Ante cuestión tan ardua, lo confieso,
Me sentí confundido, anonadado
Y por ganar el tiempo, le dí un beso,
Saqué un cigarro y me quedé callado.

Margot me contemplaba con fijeza
Y sin chistar, pendiente de mis labios,
Creyendo al ver desnuda mi cabeza
Que cuantos calvos hay todos son sabios.

Oyeron sus hermanos la pregunta
Y dejando muñecas y tambores
Sentados gravemente, como en junta
Á discutir se sientan los doctores,

Me clavaron cual dardos sus miradas
Y con gran confusión, perdido el tino,
Diserté con razones no pensadas
Sobre la *Summa* de Tomás de Aquino.

¿La razón natural? no era argumento,
¿Intuición? ¡qué misterio tan profundo;
Era preciso hallar en el momento
Lo que entiende y acepta todo el mundo!

— Mira, dije á Margot, tienes delante
Los papeles que Juan llenó de trazos,
Con ellos voy á hacer en un instante
Más de dos centenares de pedazos.

Llévalos y con ellos en tu alcoba
Formas una montaña de manera
Que no pueda ni el viento ni la escoba
Cambiar su forma ni sacarlos fuera.

Con gran seguridad, el caso es grave,
Tapas puertas, rendijas y ventanas
Y sin prestar ni á tu papá la llave
Dejamos que transcurran dos semanas.

El término se vence, llega el día
En que abrimos la puerta con anhelo
Y encontramos tú y yo, Juan y María
Regados los papeles en el suelo.

¿Quién podrás figurarte que habrá sido?
Dije aquí terminando mis razones
Y los tres declarándome vencido
Exclamaron en coro: — ¡Los ratones

— Los ratones, muy bien, pero si hallamos
Que con esos pedazos que pusiste
Se ha formado en la alfombra que pisamos
Un letrero que dice : « Dios existe. »

¿Diréis que los ratones lo pusieron?
¿Diréis que el viento lo escribió á su paso?
¿Diréis que los papeles se movieron
Ó que el letrero *lo* formó el acaso?

Y me responde Juan, que es el más tuno,
Con infantil serenidad que arroba:
— « Ese letrero nos lo puso alguno
Que sabiendo escribir entró en la alcoba. »

— Ya, sólo alguno que escribir supiera
Y que pudiese entrar, muy bien lo has dicho;
Nada pudiera ser de otra manera
Ni las cosas se forman al capricho.

Pues todo en negra alcoba imaginaos
Que estuvo en el desorden más profundo,
Y en esa alcoba oscura que fué el caos
Pusieron un letrero que fué el mundo.

¿Quién entró allí dejándonos por huellas
Fértiles tierras, montes seculares,
Brillando en el espacio las estrellas,
Rugiendo siempre los profundos mares

¿Quién encendió allí el sol? ¿quién hizo al hombre?
¿Quién le dió voluntad y pensamiento?
¡Pues ése es Dios! Se encierra en este nombre
Cuanto ignoran la ciencia y el talento.

No sé cómo será, nadie lo sabe,
Está del hombre en la conciencia escrito,

Y no hay astro ni flor que no le alabe
Con su luz ó su aroma en lo infinito.

No hay obra sin autor y el que ha creado
Cuanto de forma y de color reviste,
Ése se llama Dios y está velado
Á los ojos del hombre, pero existe.

Méjico, diciembre 8 de 1889.

SUM UMBRA

Á IGNACIO QUEZADA

Dos almas que la duda no devora,
Dos seres buenos que el amor engríe,
Un hijo tierno que se alegra y llora,
Y un hogar que con él se apena ó ríe;

La pasión confundiendo entre sus lazos
Dos corazones en perpetuo arrullo,
Y un ángel que se duerme entre los brazos,
Como en las ramas el gentil capullo:

Tal es el cuadro que de envidia inflama
El pecho del que vive abandonado;
« Felicidad doméstica » se llama:
¿Qué humano corazón no la ha soñado?

¿Quién puede ambicionar mayor ventura,
Más alto bien, más plácido embeleso?
¿Qué iguala á una mujer honesta y pura?
¿Qué beso habrá más dulce que su beso?

¡Feliz aquel que tiene en sus dolores
Quien con santa pasión seque su llanto!
Hijos, esposa, libros, aves, flores,
Y pan en el hogar!... ¿Quién tiene tanto?

Muchos lo tienen, y con voz que aterra
Se llaman infelices; yo me río;
¡No hay desgracia mayor sobre la tierra,
Que ver el sol desde el hogar vacío!

Contar lentas las horas, sin ninguna
Mano que alivie el fatigado pecho,
Y no mover jamás la blanda cuna
Llena de polvo junto al triste lecho.

Rendirle torpe culto á falsos mitos
Que en la noche las sienes nos golpean,
Sin poder despertarnos á los gritos
De los hijos que alegres travesean.

Con un libro enfadoso por amigo,
Por compañera una arma destructora,
Nuestra sombra por único testigo,
Y tedio y soledad hora tras hora.

Nunca oír una voz dulce y sentida,
Dormirse sin orar, dudar despierto,
Y en reseco arenal pasar la vida,
Como el estéril cardo en el desierto.

¡Oh dicha del hogar! cuando se ofusca
De tu esplendente luz la viva llama,
Se muere el corazón... ¡quien no te busca,
Indigno es de vivir, porque no ama!

¡Triste de aquel, que padeciendo á solas,
Cuando el llanto á los párpados afluye,
Te ve como debajo de las olas
Se ve al dorado pez, que pasa y huye.

MEDITACIÓN

Labra en la torre parda golondrina
El nido que la hospeda en el verano;
Entre flores la abeja peregrina
Alza gótico alcázar soberano.

Son las rocas más tristes y más solas
De la gaviota audaz seguro abrigo
Y bajo el manto azul de inquietas olas
Vive el pez sin sombra y sin testigo.

Nace el insecto bajo tosca piedra
Y el cárabo infeliz muere olvidado
Donde, con flores fúnebres, la hiedra
Cubre el muro del templo abandonado.

Vive el cóndor que en atrevido vuelo
Salva abismos tan hondos como grandes,
Bajo la augusta bóveda del cielo
En la elevada cima de los Andes.

¿Mas dónde ¡oh Dios! tu poderosa mano
Que al orbe presta impulso y movimiento,
Ha colocado el nido soberano
Donde se forma y crece el pensamiento?

El mar es un abismo y lo sondea
El hombre en busca de grandeza y nombre,
Mas, ¿dónde está la cuna de la idea
Que aun no la puede descubrir el hombre?

¿Quién dió á Colón la inspiración secreta
Que realizó su esfuerzo temerario?
¿Qué libro consultó cada profeta
Al anunciar los hechos del Calvario?

¿Quién ha encendido ese astro fulgurante.
Que todo el cielo con su luz abarca?
¿Dónde encontró su inspiración el Dante,
Newton su genio y su pasión Petrarca?

¿Cómo ha podido, ¡obrero sin segundo!
Alzar el hombre templos y ciudades,
En alas del vapor cruzar el mundo
Y burlar las soberbias tempestades?

¿Quién le dió su poder á la conciencia,
Luz á los ojos, fuerza á la memoria?
¿Por qué amamos los triunfos de la ciencia
De la virtud, del genio y de la gloria?

¿Á dónde ¡oh Dios! tu poderosa mano
Que al orbe presta impulso y movimiento,
Ha colocado el nido soberano
Donde se forma y crece el pensamiento?

¡Por todo el cosmos tu poder se extiende!
¡Sólo tú sabes lo que el hombre ignora!
Nadie el misterio de tu ser comprende;
¡Oh eterno Dios! ¡mi corazón te adora!

Sólo en ti, en las borrascas de la suerte,
Mis ya cansados ojos están fijos;
Caiga tu bendición sobre mi muerte
Y sé después el padre de mis hijos.

Adoro tu poder y humilde creo
Que es tuyo el hondo porvenir del hombre,
Y prefiero ser ciego antes que ateo
Y antes que profanar tu excelso nombre.

MÉJICO Y ESPAÑA (1)

Á MI HIJA MARÍA NACIDA EN MADRID EL 9 DE AGOSTO DE 1878.

Allá, detrás del mar, la playa amena
De la tierra del Cid y los Guzmanes;
La cruz plantada en la morisca almena
Y rotos á sus pies los yataganes.

Allá, campos cruzados por gomeles;
Murallas que los godos defendian;
Palacios con ojivas y caireles
Donde las ninfas del harén dormían.

Allá las cinceladas armaduras;
Los cascos relucientes con cimeras;

(1) Esta poesía, aunque no esté considerada como perteneciente á los « Cantos del Hogar », se incluye aquí por encargo especial del autor, que como lo expresa en la dedicatoria, es un testimonio de lo que inspira la tierra en que vió la luz primera su primogénita María.

Los castillos poblados de aventuras;
Las torres coronadas de banderas.

Allá, los altos picos del Moncayo;
El Guadalete con la sangre tinto;
Los manes de Rodrigo y de Pelayo;
Las tumbas de Fernando y Carlos Quinto.

Allá, todo eso que esplendor se llama:
La tradición, la fábula, la historia,
Los hechos coronados por la fama
Y los héroes ungidos por la gloria.

Aquí, la noche llena de luceros,
El campo lleno de silvestres flores,
El volcán con sus hondos ventisqueros
Y el lago con sus juncos tembladores.

Aquí, la virgen tierra americana.
Bajo su azul y eterno cortinaje;
El rey desnudo, la vestal indiana,
El bosque inculto y el aduar salvaje.

Aquí errabundo el ignorado atleta
De audacia ejemplo y de valor tesoro;
En las entrañas del peñón la veta
Y el barro confundido con el oro.

Aquí el templo de tosca gradería,
El ídolo hecho un Dios armipotente,

Y del pueblo la sorda gritería
Al verlo bautizar con sangre hirviente.

Aquí, el carcax, el arco y la rodela
De tosca piel, con plumas adornada
La aguda flecha que en los aires vuela,
Y la macana en pedernal labrada.

Aquí sólo un baluarte, la montaña;
Allá, torres y naves y cañones;
Tal fué Tenoxtitlán; tal era España;
¿Cuál vencerá en la lid, de ambas naciones?

II

Admiro, Iberia altiva, tu nobleza,
Tu carácter indómito y bravío,
Pero á la par admiro la grandeza
Y el heroico valor del pueblo mío.

¿Qué hallaste en estos reinos ignorados?
Un pueblo que del oro no se engríe,
Una Otumba que asombra á tus soldados
Y un Guatimoc que en el tormento ríe.

Culparte en nuestro siglo fuera mengua;
Venciste y nadie intentará culparte;
Entre tus dones heredé tu lengua
Y nunca la usaré para insultarte.

Si á la justicia destronó el capricho,
Si está con sangre escrita cada hazaña,
¡Ah! yo diré lo que Quintana ha dicho:
« Crímenes son del tiempo y no de España ».

¡Nuestra sangre es igual! que nadie opong
Á nuestra unión calumnias y rencores:
¡La plegaria inmortal de Covadonga
Siglos más tarde resonó en Dolores!

La misma es nuestra raza altiva y fiera,
Igual nuestro carácter franco y rudo;
Aquí, el águila libre, por bandera;
Allá, el león, por símbolo y escudo.

No de venganza con mentido alarde
Nuestras glorias hundamos en la niebla;
¡Hijos de Zaragoza y de Velarde
Juntos cantemos á Bailén y á Puebla!

Juntos el mejicano y el ibero
Tener debieran, en mejores días,
¡Para cantar su patriotismo, á Homero!
¡Para llorar sus duelos, á Isaías!

Hoy la gloria con bellos arreboles
Ilumina enlazadas nuestras manos:
¡Honor eterno á Méjico, españoles!
¡Honor eterno á España, mejicanos!

Á LA VIRGEN MARÍA

(EN DÍAS DE TRIBULACIÓN)

El peregrino en el mundano suelo
Enfermo de pesar y de tristeza,
¿Por qué no ha de ampararse en tu grandeza
Rosa de Jericó, Puerta del cielo...?

¿Dónde encontrar el íntimo consuelo
Que le niega al mortal Naturaleza,
Sino sólo en tu gracia, en tu pureza,
Baio tu azul y misterioso velo?

Mis hijos que en tu fe se bautizaron
Siempre tendrán en ti los ojos fijos;
¡Sus ojos que al abrirse te buscaron!

Yo sé para mis dulces regocijos,
Que tú, desde que huérfanos quedaron
¡Eres la sola Madre de mis hijos!

A MI PRIMA

CONCEPCIÓN GUERRERO DE ADAME

Eres toda bondad, todo ternura,
Por eso hay en tu hogar dichas y calma,
Tu mejor y más sólida hermosura
No ha de morir jamás : está en el alma.

En Dios y en la virtud tus ojos fijos,
Gozas de paz y bienestar profundo;
¿Qué hubiera sido de mis tiernos hijos
Al no haberte encontrado en este mundo?

Ellos te deben todo; les has dado
Cuanto en la vida la fortuna labra,
Conciencia limpia y corazón honrado,
La fe y el sentimiento y la palabra.

Concha, Juan y Margot, con triple lazo
Unidos viven á tu amante pecho;
El niño aprendió á hablar en tu regazo,
Y las niñas á orar junto á tu lecho.

¿Cómo pagarte deuda tan querida?
¿Cómo premiar tu afán y tus cariños,
Si tú y el compañero de tu vida
Son los segundos padres de mis niños?

Sólo Dios premiará tu santo celo;
¡No puede tanto el corazón de un hombre!
¡Enaltezca á mis hijos en el suelo
Llamarte madre y bendecir tu nombre!

Yo, te consagro humilde y reverente
La historia de mis íntimas congojas;
Ansias del alma y sueños de la mente
Que poco han de vivir en estas hojas.

Son estos versos flores sin cultivo
Que ha matizado el sol de los dolores;
No extrañe á nadie, si entre penas vivo,
Hallar amargo el jugo de mis flores.

Tú, llena de piedad, de fe sagrada,
Da á mi libro tu nombre por escudo;
Es la historia del alma traspasada
Por el dardo más negro y más agudo.

No ambiciono los lauros de la gloria.
Ni el aplauso banal que á otros inflama,
Ni vivir en las hojas de la historia
Ni penetrar al templo de la Fama.

Dar á las almas tristes un consuelo,
Que los que sufran calmen sus pesares,
Que afirme la virtud, hija del cielo,
El amor y la paz en los hogares.

Eso busca mi libro... es el amigo
De todos los que sufren : ellos sean
Los que le den hospitalario abrigo...
Los que nunca han sufrido no lo lean.

Á CARLOS ADAME

De mi vida en el mísero oceano
Al zozobrar mi nave en hondo duelo,
En ti encontré la bendición del cielo
Mano de amigo y corazón de hermano.

En tu tranquilo hogar de ambiente sano
Hallé esperanzas, bienestar, consuelo;
¡La virtud sobre un trono en este suelo!
¡Humilde todo pero nada vano!

Fuiste un astro en la noche de mi suerte;
Con amor, á mis hijos día por día
Enseñaste á quererme y á quererte.

Y sus besos sellaron tu agonía...
No existes y te sigue tras la muerte
La eterna gratitud del alma mía.

ROMANCES

LEYENDAS Y TRADICIONES

EL TORNITO DE REGINA

(De las *Leyendas inéditas de las calles de Méjico*)

—

Á ISABEL RIVADENEYRA

—

PRIMERA PARTE

I

Cuentan crónicas añejas
Y por añejas extrañas
Que cuando ocupaba el trono
Felipe Quinto de España,
Desde muy remotas tierras
Vino un doncel al Anáhuac
Era gallardo y apuesto,
Negros ojos, negra barba,
Abundosa cabellera
Y frente espaciosa y blanca.
Sirviendo estuvo en las tropas
Del Rey y alcanzó la fama

De discreto en la victoria
Y de fiero en la batalla.
  Pero, por ser allegado
En limpia y directa rama
Al audaz y memorable
Conde de Villamediana,
Tomóle cierta ojeriza
El poderoso monarca
Y lo mandó con un cargo
Á vivir en Nueva España.
  Llegó á Méjico y obtuvo
Entre donceles y damas.
Entre nobles y pecheros
Y entre togas y sotanas,
Acatamiento á sus fueros,
Respetos á su prosapia
Y estimación distinguida
Á su cultura esmerada.

II

  Así vivió varios años
Con tranquilidad y calma
Don Gastón de Ballesteros
(Que así el doncel se llamaba).
  Tuvo varias comisiones,
Mandó la ronda de capa,

Fué auditor en los consejos
Militares de la plaza,
Y era de austeras costumbres
Y de muy pocas palabras.
  Vivió don Gastón en frente
De antigua, opulenta casa,
Con cadena en el portillo
Y de almenas coronada,
En calle que en aquel tiempo
Fué de las Atarazanas.
  De tal casa á los balcones
Salió una tarde una dama
Pura como una azucena,
Esbelta como una palma,
Con ojos negros y grandes
Que vivo fuego irradiaban.
  Vió á la dama el caballero,
Vió al caballero la dama
Y á los dos á un tiempo mismo
Se les encendió la cara
Y después de breve rato
Cambiáronse otra mirada
Penetradora, insistente
Y á la vez terrible y rápida,
Como el choque con que cruzan
En un duelo dos espadas
Que van á los corazones,
Y en un relámpago matan.
  Es hermosa — Gastón dijo —

Es guapo — dijo la dama,
¡La intereso! — ¡Le intereso!
¡Se turba! — ¡Se pone pálida! —
Y confusa y aturdida,
Al decir estas palabras,
Cerró sus balcones ella,
Dejó Gastón la ventana
Y ambos se fueron sintiendo
Un volcán dentro del alma.

III

Llegóse el trece de agosto
Y al despuntar la mañana
Despertaron los vecinos
Entre repiques y salvas.
Celebrábase la fiesta
Del Pendón denominada,
En que con lujosa pompa
Entre picas y oriflamas
Iban oidores y alcaldes
Con bastones y con mazas
Detrás de altivo ginete
Uniformado de gala,
Que vanidoso y contento
En la diestra tremolaba
El pendón que don Hernando

Cortés trajo á Nueva España.
Marchaban los de la audiencia
Y en su pos, la flor y nata
De jueces é inquisidores
De arcabuceros y guardias,
Y por detrás en vistosa
Procesión luenga y compacta,
Los humildes moradores
De más allá de la traza,
Indígenas y mestizos
Tenidos como canalla.
  Las calles en que seguía
Su curso la inmensa masa,
Mirábanse como nunca
Revestidas y adornadas:
Inmensos arcos de tule
Con amapolas de grana
Guardando en cintas de trébol
Grandes cifras del monarca,
Y en los abiertos balcones
Dando el sol vivos de llama
Las cortinas de damasco
Con las vajillas de plata;
Y sobre las toscas piedras
Con profusión derramadas
Las rosas que de Ixtacalco
Crecieron en las chinampas.
Era el *Pendón* conducido
Desde la siniestra casa

De cabildos, hasta el templo
Que á san Hipólito guarda.
Allí llegaban al atrio
Y luego le colocaban
En el balcón, al instante
Que las tronadoras salvas
Y los sonoros repiques
Y del pueblo la algazara
Se alzaban en solo un grito:
El grito de «¡Viva España!»
Quedaba el pendón expuesto
Hasta la nueva mañana
En que con la misma pompa
Al cabildo le tornaban.

IV

En la ceremonia augusta
Gastón estrenó una espada
Que enviáronle de Toledo
Con gavilanes de plata.
Terciòse con gran donaire
Sobre la gentil espalda
El honroso y noble manto
Del orden de Calatrava,
Que ostenta en fondo de nieve
La inmensa cruz encarnada.

Y cuéntese que el gallardo
Militar, también portaba
Queriendo, los de Manresa
De Santïago y de Malta,
Pues que tuvo cuatro abuelos
De nombre y nobleza tanta
Que ingresaron á las cuatro
Órdenes hospitalarias.
Por la calle de Tlacópam,
(Hoy de Tacuba llamada)
En un balcón hecha un astro
De juventud y de gracia,
Don Gastón de Ballesteros
Volvió á encontrar á su dama.
Demudóse su semblante,
Saludóle con la espada
Y ella inclinó la cabeza
Con la faz hecha una grana.
Pasó el galán y siguióle
Ella con vivaz mirada
Hasta atravesar el ancho
Puente de la Mariscala.
Una amiga preguntóle:
— ¿Á quién miras tanto, Blanca?
— Miro... respondió confusa...
Aquella cruz encarnada...
— ¿Pero miras sólo el manto
De la cruz de Calatrava
Ó al cruzado que la porta...?

— « ¡No lo sé! » dijo turbada.
¿Te interesa?
— ¿Te interesa?
— ¿Tú le quieres? — ¿Tú le amas? —
Y con rabioso despecho
Miráronse Inés y Blanca
Sin que á tan breves preguntas
Se dieran respuestas claras.
Pero desde aquel instante
Odiáronse sus dos almas
Sin que del odio pudiera
Sospechar la ignota causa
Don Gastón de Ballesteros,
El de la cruz encarnada.

V

Pasados algunos meses,
Una tarde fué á la casa
De Inés Martínez un hombre
De negra y flotante capa,
Blanco sombrero con plumas
Y ancho cinto con espada.
Dió su nombre y le llevaron
Á la lujosa antesala
Con ricas sedas de China

Revestida y decorada.
Salió á los pocos momentos
Á hablarle la hermosa dama
Obligándole á sentarse
Con delicadeza y gracia:
— Vengo, el caballero dijo,
Á entregaros esta carta
Y respuesta habréis de darme
Si os dignaseis aceptarla. —
Roto el encarnado nema
Desdobló el papel la dama
Y aquí descubrir podemos
Lo que allí leyó en voz baja:

. . . .

. . . .

« Señora, toda hermosura,
Toda virtud, toda gracia,
No fuera yo caballero
Y mis blasones manchara,
Si en el papel no pusiera
Al escribiros, el alma.
» Cegado por vuestros ojos
Que vivos destellos lanzan,
Cuando os conocí en la corte
Del virrey de Nueva España,
De amaros mientras viviera
Os empeñé mi palabra
Y hasta me atreví á jurarlo
Sobre la cruz de mi espada.

Desde entonces á la fecha
En que os escribo esta carta,
Han perecido seis lunas
Sin que otra vez os hablara.
¿No sospecháis cuál ha sido
De tal silencio la causa?
Sabed la verdad entera
Aunque se os desgarre el alma:
Pero jamás ha mentido
Un noble de Calatrava.
» Cegado por vuestros ojos
Y rendido á vuestras gracias
Os hice muchas promesas
Y os dije muchas palabras
Comprometiendo mi nombre
Que nunca ha tenido mancha.
» Perdonad que las retire
Si es que fueron aceptadas
Y si no las escuchasteis
Reputadlas como vanas.
» Nunca de mal caballero
Me deis, señora, la fama,
Y disculpad los arranques
Que vuestra hermosura causa
En corazones de cera
Que se funden con las llamas.
» Los delirios de una noche
Pronto vuelan, pronto pasan,
Y delirios fueron éstos

De mi mente deslumbrada.
» Perdonadme bien señora
Si acaso sabéis mañana
Que unido en eternos lazos
Le doy mi nombre á otra dama
Y sabed que en todo tiempo
Me tendréis á vuestras plantas. »

. . . .

. . . .

Sin mover los negros ojos
Ni decir una palabra
Y secando entre sonrisas
Con disimulo una lágrima,
Dobló aquel papel funesto
Y « está bien » dijo la dama.
Levantóse el caballero,
Salió de la rica sala
Y cuando Inés quedó sola
Dijo para sí, con rabia:
« ¿Le da su amor y su nombre?
¿Á quién...? ya lo entiendo... ¡á Blanca!
¡Pero no... no será suya,
Me sobran valor y audacia
Y tengo para impedirlo
Todo el infierno en el alma! »

VI

Al declinar una tarde
Tibia, azul, brillante y diáfana
En que el sol hundió su disco
Entres celajes de grana
Coronando los volcanes
Con un manto de escarlata,
Y haciendo brillar los lagos
Cual si fueran sangre humana,
Don Gastón de Ballesteros
Luciendo traje de gala
Tuvo el diálogo siguiente
Con su idolatrada Blanca :
— Jamás á mujer ninguna
Rendí enamorado el alma
Y á ti la rindo y la entrego
Lleno de amor y esperanza.
— Gastón, ¿no mientes?
— Lo juro
Por mi madre idolatrada
Que está llorando mi ausencia
Ha seis años en España.
Bastóme en un breve instante
Consagrarte una mirada,

¿Lo recuerdas...?
— Es la historia
De lo mismo que me pasa;
Te vi y te amé...
— No lo digas
Que muero de dicha, Blanca;
No es el amor pasajero
Que pronto brilla y se apaga
El que te consagro; toda
Mi vida arderá su llama.
— Nuestro amor es imposible
Ella respondió turbada.
— ¿Imposible?
— Así lo juzgo.
— ¿Y puedo saber la causa?
— Secretos son de familia
Que por decoro se guardan
En el pecho, sin que nunca
Al labio indiscreto salgan.
— Jamás inquirí misterios
Que forman íntimos dramas,
Pero lo que tú me dices
Mi corazón despedaza
Y amor no tiene secretos...
— Calla Gastón... calla... calla...
¡No hay mujer sobre la tierra
Más infeliz que tu Blanca!
No vuelvas á verme nunca
Porque al mirarme me matas

Y busco fuerza y no tengo
Pues me vencen tus miradas.
Aléjate de mi vista,
Abandona Nueva España,
Borra de tu pensamiento
Mi imagen, si allí la guardas;
Juzga palabras de loca
Mis amorosas palabras
Y perdóname y olvídame
Con el tiempo y la distancia,
Que yo entre tanto haré todo
Por arrancarme del alma
Un amor que no alimenta
El fuego de la esperanza! —
Gastón levantó los ojos
Más que con terror con ansia
Y vió los de la doncella
Mal conteniendo dos lágrimas
Que sin surcar las mejillas
Temblaban en sus pestañas.
— Tanto has dicho y tan extraño,
Que no entiendo tus palabras;
Sólo sé que me han caído
En el pecho como lava.
¿En dónde está el imposible
Que á nuestro afán pone vallas?
Dilo, dilo, que entre tanto
La incertidumbre me mata.
Eres rica, noble y sola,

Nadie en el mundo te manda
Y al darte mi limpio nombre
El tuyo no se rebaja;
Tienes blasones y tengo
Tantos ó más en mi raza;
El Virrey me favorece,
Mi madre tanto me ama
Que aprobará nuestro enlace
Al revelarle tus gracias;
¿En dónde está el imposible?
¿Á qué vienen esas lágrimas?
— Por Dios no me lo preguntes,
Aparta, Gastón... aparta;
Nada en el mundo ha podido
Vencerme cual tus miradas;
Á ningún hombre en la tierra
Le dí con la vida el alma
Y vida y alma no tengo
Desde que me viste...
— ¡Blanca!
¿Es verdad cuanto me dices?
— ¡Es verdad y muy amarga!
Nuestro amor es imposible,
Aparta... Gastón, aparta.
— Juro de aquí no moverme
Si no me explicas la causa.
— Es que si á saberla llegas
Me desprecias ó me matas
Y eres tú el solo culpable

De mi infinita desgracia.
— Habla todo.
— ¿Tú lo quieres?
— Yo te lo exijo.
— Bien.
— Habla.

VII

— Tengo en el mundo una amiga,
Más que una amiga, una hermana,
Que acaso tú la conoces
— ¿Quién?
— Inés Martínez.
— Calla.
— ¿Te turbas?
— Vamos, prosigue.
— Pues con ella una mañana
Mano à mano departiendo
En el balcón de su casa
Te vimos pasar, portando
El manto de Calatrava.
Yo que ya te conocía,
Que interesabas mi alma
Y que sentí como nunca
Invencible tu mirada,
Me demudé à tu presencia

Y en eso está mi desgracia,
Porque Inés ardiendo en ira
Celosa y desencajada,
Me dijo que era tu amante
Y que tú la idolatrabas.
No sé si tú la verias
Cuando volviste la cara,
Mas no te perdió la vista
Hasta que en larga distancia
Borró la nube de polvo
Tu inmensa cruz encarnada.
Quedéme yo tan celosa,
Tan triste, con tales ansias,
Que en la tarde, en el sarao
Que se celebró en la casa,
Fuí en el minué compañera
Del marqués de Santa Olalla
Que de casarse conmigo
Ofrecióme su palabra,
Tan pronto como tornase
De una comisión muy alta
Que el Virrey le confiriera
Para la Nueva Vizcaya.
Yo que estaba ardiendo en celos
Me finjí la enamorada
Y confirmé sus promesas
Con mi rectitud de dama.
Salió el Marqués, cual me dijo,
Á la siguiente mañana,

Y dejóme esta sortija
Como una prenda sagrada.
No ha vuelto nunca á escribirme
Ni nunca le pongo cartas,
Pero él es un caballero
Y yo una mujer honrada
Y la sociedad más culta
De la corte en Nueva España
Todo esto sabe y lo aprueba;
Ya ves si soy desgraciada;
Tu amor está por un punto
Y por otro mi palabra,
Entre tú y yo, no es posible
Ninguna dulce esperanza;
Perdóname y luego olvídame
Aparta, Gastón... aparta,
Que si me miras me vences;
¡No me fijes la mirada!

. . . .

De Gastón por el semblante
Cruzó una sangrienta ráfaga
Como el ángel de la muerte
Sobre un campo de batalla.
Quiso allí decirle tanto
Á la deidad de su alma
Que después de pensar mucho
No le dijo una palabra.
Levantóse ardiendo en celos
Y con la mano crispada

Oprimió el helado pomo
De su florentina daga
Y al salir del aposento
Quedóse llorando Blanca.

VIII

Poblando el aire, se agitan
En catedral las campanas,
Pues ya noticias se tienen
De que en el trono de España
Sucede al quinto Felipe
Un nuevo y grande monarca
Cuyo busto y cuyo nombre
Grabados en oro y plata
Los va á conocer el pueblo
En la jura de la plaza.
Hay junta de caballeros
Del gran Palacio en las salas,
Que conversan y departen
Con el conde de Fuenclara,
Caballero de Santiago
Y virrey de Nueva España.
Allí están todos los grandes
En abolengo y prosapia,
Así los que visten toga

Como los que espuela calzan,
Prebendados, auditores,
Alabarderos y guardias.
De pronto gran movimiento
Notóse en aquella sala
Y vióse entrar á un gallardo
Militar de rubia barba
Por la edad entretejida
Con leves hilos de plata.
Ved — murmuraron algunos —
Al marqués de Santa Olalla.
¿Ése es el marqués? inquieto
Y con la faz demudada
Preguntó á un oidor, un joven
De apostura muy bizarra.
— Él mismo —
— ¿De dónde viene?
— Viene de Nueva Vizcaya.
Á poco el Marqués, delante
Del conde de Fuente Clara
Presentóle sus respetos
Con estas breves palabras:
— Cumplido mi honroso encargo,
Tan sólo señor me falta
Felicitar á estos reinos
Y á Vuesencia que los manda,
Por la elevación al trono
De nuestro nuevo monarca.
Está próspera, pacífica,

Y dichosa Nueva España,
Sin traidores ni ambiciosos...
— ¡Lo sabe bien quien los trata! —
Dijo una voz en el grupo
De los que al Virrey cercaban.
El Virrey fijó los ojos
En todos con faz airada;
El Marqués quedó suspenso
Y reinó en toda la sala
Un silencio pavoroso
Ante semejante audacia.
— ¿Quién profirió tal ofensa?
Dijo el conde de Fuenclara;
Y adelantando dos pasos
Con la frente levantada
Don Gastón de Ballesteros
Así agregó con voz franca:
— Quién conoce á los marqueses
Que van á Nueva Vizcaya. —
Intentó el Virrey al punto
Reprender al que así hablaba;
Pero le vió cuatro mantos
Prendidos sobre la espalda,
Los más limpios, los más nobles,
Los más preciados de España,
Los de Malta y Santïago,
De Manresa y Calatrava,
Y sólo decirle pudo:
— Tened vuesa lengua y basta;

Detenido en mi palacio
Quedaréis hasta mañana. —
Salieron todos confusos
La ceremonia acabada
Y á Ballesteros llegóse
El marqués de Santa Olalla
Y algo rápido y siniestro
Se dijeron en voz baja.

IX

Llorosa está en su aposento
Y llena de angustia, Blanca,
Y llorosa Inés Martínez
Viste de negro en su casa.
Méjico está conmovido
Por una noticia infausta:
Que se han batido dos nobles
De la más alta prosapia
En un solar muy cercano
Al pueblo de Ixtapalápam.
Dicen que como dos fieras
Que se hieren insensatas
Los nobles se acometieron
Ardiendo en furor y en rabia.
Uno fué el afortunado

En medio de la desgracia,
Pues que al pasar parte á parte
Al contrario con la espada
Le dejó muerto en el sitio
Al despuntar la mañana.
Nadie sabe con certeza
De tal suceso la causa,
Pero lo que nadie ignora
Es que mató en lid honrada
Don Gastón de Ballesteros
Al marqués de Santa Olalla
Por el que de luto lloran
Inés Martínez y Blanca.

SEGUNDA PARTE

En las rudas tempestades
Que ofuscan el pensamiento,
Cuando todo se nos cierra
Y todo miramos negro,
El hombre busca el suicidio
Y la mujer el convento:
La mujer castiga el alma
Y el hombre castiga el cuerpo.
Blanca, después de que supo
El resultado del duelo
Por más que no hubiera amado
Al Marqués, rindió respeto
Á su memoria y le tuvo
Al qué dirán mucho miedo.
« ¡ Yo soy culpable, decía,
Insomne y triste en su lecho,
Gastón ignoraba todo
Y yo le dije el secreto.
Gastón me adora y cegado

Por el odio, por los celos,
Alzó entre los dos un muro
Imponente, airado, eterno!
Yo ya no puedo ser suya
Ni él volverá á pretenderlo;
Debo morir para el mundo
Y sólo entregarme al cielo.
Á tan serias reflexiones
Dado su espíritu entero
Llorando como una loca
Encerrada en su aposento,
Las rosas de sus mejillas
Bien pronto palidecieron
Y en menos de tres semanas
Emblanqueció su cabello.
Una tarde, ya resuelta
Á salir del mundo necio,
Envuelta en oscuro manto
Y velando el rostro bello
Con denso crespón flotante
Y más que sus ojos negro,
Fuese á ver al Arzobispo,
Que la recibió al momento,
Y á solas con él abrióle
Sin reticencias su pecho.
Era anciano el Arzobispo,
Sabio, prudente y discreto
Y aconsejóle pensara
Con mayor detenimiento

Lo que, de llevarse á cabo,
Después no tiene remedio.
— Resuelta estoy, dijo Blanca.
No quiero sufrir más tiempo;
Quiero en el mundo una celda
Y tras de la celda el cielo.
— El camino tiene espinas.
— No más de las que yo tengo.
— En él sobran privaciones.
— Pero no remordimientos.
— Llevaréis la cruz cargando.
— ¿Qué importa si cargo un muerto?
— Dejaréis vuestra fortuna.
— ¿De qué me sirve el dinero?
— Seréis un sepulcro andando.
— Muerta está el alma en mi pecho.
— ¿Y si entre cenizas queda
De alguna ilusión el fuego?
— Lo mataré con la nieve
De la oración y el silencio.
— ¿Y si él volviera á buscaros
— No volveré nunca á verlo.
— ¿Lo juráis por Dios?
— Lo juro —
— Id en paz, vuestros deseos
Cumplidos serán señora;
Pronto estará satisfecho
El ángel de vuestra guarda
Que os marca el rumbo del cielo.

Salióse Blanca llorando
Con inefable contento
Y á solas dijo : adiós mundo
Pronto para ti habré muerto.

II

Después de lo acontecido
El Virrey estando inquieto,
Con un edecán sensato
Venir hizo á Ballesteros
Á su presencia y hablóle
En estos concisos términos:
— De imprudente y desalmado
Pruebas disteis caballero
Y daros muerte en castigo
Bien lo pudiera queriendo;
Matasteis un hombre honrado...
— En buena lid, dijo fiero
Don Gastón sin inmutarse
— ¿Buena lid sin causa? ¡Cielos!
Derecho de castigaros
Á todas luces lo tengo
Pero desde que os conozco
Os distingo con mi afecto
Y os señalo como á un hijo.
— Con el alma os lo agradezco.

— Es mi deber alejaros
De la sociedad de Méjico
Y motivo de esta ausencia
Hallaréis en estos pliegos.
  Don Gastón que estaba solo
Con el Virrey departiendo
Besóle la diestra mano
Con noble y filial respeto
Y salióse del Palacio
Muy cabizbajo y muy serio.
Cuando pudo libre á solas
Enterarse en su aposento
De los pliegos que le diera
El Virrey, quedó suspenso.
— ¡Marchar hasta Guatemala!
Bien está, pues marcharemos.
Mandó arreglar sus caballos
Y sus armas, al momento,
Y al rayar la media noche
Con veinte hombres más ó menos
Sin ser visto por ninguno
Dejó el populoso centro
De Anáhuac, donde quedaba
La luz de sus pensamientos.

III

Tocan en Regina-Cœli
Grandes repiques á vuelo,
Está la mañana tibia
Y el horizonte sereno.
Están regados los anchos
Corredores del convento
Con amapolas y rosas,
Con azucenas y trébol.
Pueblan el coro, rezando
Las monjas con dulce acento
En torno de un crucifijo
Que con los brazos abiertos
El perdón de los humanos
Implora del Padre Eterno.
Á sus pies, atril dorado
Sostiene un gran libro negro
Y alzanse las densas nubes
Azuladas del incienso.
El Arzobispo reviste
Capa pluvial, y en su pecho
Brilla la cruz de amatistas
Que lanza tibios reflejos;
Con el báculo en la diestra

Murmura en voz baja rezos
Que repercuten sonoras
Las bóvedas del convento.
  Y entre el grupo, como estatua,
Con las manos sobre el pecho,
Y dejando sobre el manto
Flotar los largos cabellos,
Una mujer de rodillas,
Con el semblante cubierto
Por un leve, vaporoso
Diáfano y colgante velo
Á las heladas baldosas
Inclina sus ojos negros.
¡Es un aromado lirio
Trasplantado en el desierto!
¡Es una blanca azucena
Expuesta al rigor del cierzo!
¡Tiñe el rubor su semblante;
De sus labios entreabiertos
El mundo por vez postrera
Arranca el último beso!
Ayer vió luces y pompas
Hoy mira sombra y misterios.
  Oyó ayer frases de amores
Y hoy escucha tristes rezos;
Ayer al mirar su rostro
En el cristal de un espejo
Se enamoró de sí misma
Al encontrarlo tan bello;

Hoy lo esconde en negras tocas
Que la abruman con su peso;
Ayer adornó con flores
Su terso y mórbido pecho
Hoy sirve de altar oscuro
Á una cruz de palo negro;
Ayer una ardiente mano
Acarició sus cabellos
Y entre sus hebras jugaba
Cual barco en el mar sereno;
Hoy siente que los profana
Tosca tijera de hierro
Y por ella mutilados
Descienden tristes al suelo
Sin que nadie los levante
Coronándolos de besos.
¡Ayer trajes, joyas, flores,
Hoy hábito, cruces, rezos;
Ayer un rico palacio,
Hoy triste recinto estrecho
Y tras la sala y el mundo
La celda por universo!
El órgano ha dado al aire,
Sus más fúnebres acentos
Y una mano helada, impía
Ya cortó las hebras de ébano
Que inertes como de piedra
Y rodando por el cuello
Á las heladas baldosas

Dando compasión cayeron.
Ya renunció la novicia
Pompas y vanos empeños
Y en tosco sayal envuelta
Sin esperanza ni afectos,
Camina entre austeras monjas
Por los claustros del convento.
¡Ya celebró un matrimonio
Que tiene votos eternos
Y esposa de Jesucristo
Su imagen lleva en el pecho!
Ayer le llamaron Blanca
Pues lo fué de alma y de cuerpo,
Hoy le llaman sor Angélica
Con devoción y respeto.
¡Pobre paloma escondida
De la oración en el huerto!
Sobre su conciencia pasa
La ilusión como ángel negro;
Es la celda su palacio,
Su solo jardín el templo,
La oración su sola queja
Y el altar su solo puerto.
¿Y don Gastón...? está ausente;
¿Y el Marqués? murió en un duelo;
¿Y su corazón?... ¡aun late
Con vida dentro del pecho!
¡Negras tormentas humanas!
¡Anchos horizontes negros!

¡El hombre busca el suicidio
Y la mujer el convento!

IV

¡Oh interminables y oscuras
Noches del remordimiento!
Siglos parecen sus horas
Que están pobladas de espectros
Y de endriagos y gnomos
Que burlando nuestro duelo
Bailan la danza macabra
En torno de nuestro lecho!
¡Oh interminables y oscuras
Batallas del pensamiento!
¿Quién enciende las pasiones?
¿Quién aviva los deseos?
¿Quién de la hoguera del alma
Atiza constante el fuego
Que ni lo apaga la ausencia
Ni logra extinguirlo el tiempo?
¡Amor, tirano del mundo,
No en vano te pintan ciego,
Que si disparas del arco
Tus dardos, pasas con ellos
La muralla en el castillo
Y el cancel en el convento!

V

Sor Angélica está triste
Y llora siempre en silencio,
Mojando en llanto las hojas
Del tosco libro de rezos.
Una sombra la persigue
De su celda en el misterio
Y cuando á orar se arrodilla
Con humildad y respeto
Delante del crucifijo,
No ve los brazos abiertos
Ni la cabeza inclinada
Sobre el desgarrado pecho,
Sino que surje á sus ojos
Un gallardo caballero
Con negra, abundosa barba,
Blanca frente y ojos negros.
« Aparta, le dice, aparta,
No turbes mi pensamiento »;
Y la imagen se aproxima,
Y ella llora y siente miedo,
Y pasa todas las noches
En este combate fiero
Pues por donde á Cristo busca

Gastón le sale al encuentro.
Más que nunca enamorada,
El aguijón de los celos
Lleva clavado en el alma
Y la consume en silencio.
Recuerda las objeciones
Y las sentencias, que experto
El Arzobispo le hiciera
Antes de entrar al convento,
Y se rinde á su desgracia
Y dice con desconsuelo:
« Me afano por olvidarle
Y en todas partes le veo.
Si es un ángel Dios lo manda
De lo más alto del cielo,
Si es Satanás me persigue
Desde el fondo del Averno ».
Y no bastan penitencias
Ni propósitos, ni rezos
Y á su pesar le idolatra
Y da culto á sus recuerdos.

VI

Tres años han transcurrido.
De Nueva España en el reino

El conde de Fuente Clara
Á otro Virrey cedió el puesto
Y éste convocó á los jefes
De más cerca y de más lejos
Para arreglar á su antojo
El servicio del Ejército.
Volvió Gastón á la corte
Y encantado el Virrey nuevo
De su presencia y su trato,
Dióle el mando de los tercios
Que en Palacio daban guardia
Gozando especiales fueros.
No volvió á sonar en labios
Del aguerrido mancebo
El nombre de su adorada,
Ni aclarar quiso el misterio
De su suerte, que ninguno
Le aventajó en lo discreto.
Llegó en siete de septiembre
Y á la reina de los cielos
Celebraron con gran pompa
Las monjas de su convento.
El Virrey, como invitado
Por su rango en primer término,
Entró á la iglesia, seguido
De guardias y alabarderos
Colocándose los guardias
Junto al coro con respeto.
Gastón estaba apostado

Junto al altar de san Telmo;
Las manos sobre su espada
Y los ojos en el suelo,
Y después de largo rato
Oyó prolongado y tierno
Un suspiro que cual dardo
Fué á clavársele en el pecho.
Vuelve el rostro y con sorpresa
Que heló su sangre en el cuerpo,
Velado por largas tocas
Mira el semblante hechicero
De su Blanca que lloraba,
Deslizando entre sus dedos
Un rosario, cuyas cuentas
Talladas, de color negro,
Temblaban como las hojas
De un árbol que agita el viento.
Vió el caballero á la monja
Vió la monja al caballero
Y sin desplegar los labios
Mucho sus ojos dijeron.
   Cuando concluyó la misa
Internáronse al convento
Las monjas, al tiempo mismo
Que Gastón salió del templo
Y en esa noche no pudo
Sentir la paz del sueño
Y ella no pudo en su celda
Ver á Dios ni alzar sus rezos,

Que al mirar el Crucifijo
Vió en la cruz al caballero
Mirándola de tal suerte
Y con amor tan inmenso,
Que horrorizada dió un grito
Y se desplomó en el suelo
Oyendo sobre sus labios
Como el chasquido de un beso.

VII

Está la noche lluviosa,
El relámpago violento
Ilumina el horizonte
Con anchas orlas de fuego;
¡Cuán imponente resuena
La tempestad á lo lejos!
Parecen las calles tumbas,
Los edificios espectros,
Los transeúntes fantasmas
Y grito de muerte el viento.
Nada turba en tales horas
De la ciudad el silencio,
Sólo las rondas de capa
Que cruzan de tiempo en tiempo,
El grito descompasado

Y triste de los serenos
Y la aguda campanilla
Con cuyos fúnebres ecos
La inquisición dice á todos
Cómo vigila á sus reos.
Por la plaza de Regina
De pobre y mísero aspecto,
Anegada por la lluvia
Y sin un solo reflejo
De un farol que á los vecinos
Pueda alumbrar el sendero,
Bien embozado en su capa,
Vestido todo de negro,
Sin compañero ninguno,
Junto á los muros del templo
Cruza, recatando el paso,
Don Gastón de Ballesteros.
   Mira que nadie le observa
Y tuerce, no sin recelo
Á la calle en que está el torno
De que se sirve el convento.
   Da con sigilo tres golpes
Y otros tres, escucha luego :
— Aquí estoy, dice en voz baja —
Y dícenle : — Aquí te espero.
— ¿ Podrás salir ? — Imposible
Que puerta libre no tengo.
— Subiré escalando el muro
— Sube como quieras, dueño ;

Soy más que nunca tu esclava;
Manda que yo te obedezco. —
Don Gastón tiró la escala
Con un tino tan certero
Que se quedó en una almena
Prendido el gancho de hierro
Con destreza de marino
Por ella trepó sin miedo
Y pisó á pocos instantes
Las bóvedas del convento.
Inclinóse para el patio
Y del jardín en el centro
De pie y con las claras tocas
El gallardo talle envuelto,
Miró á Blanca en cuyo rostro
Brillaban cual dos luceros
Atrayéndolo al abismo
Los ojos grandes y negros.
Alzó con mano robusta
La escala el audaz mancebo
Y hacia el patio descolgóla
Á cualquier azar resuelto.
Bajó de la enorme altura
La mitad ni más ni menos,
Cuando de pronto escuchóse
Un largo crujido intenso
Y saltó roto en pedazos
El borde musgoso y negro
Arrancado por el gancho

De la escala, en un momento.
Se oyó un grito pavoroso,
Un rumor sordo y siniestro,
Que las sombras de la noche
En su manto recogieron
Y que pronto dispersaron
Las negras alas del viento.

VIII

Asombrando á los vecinos
Y margen dando á misterios
Que se tornaron consejas
Al referirlas el pueblo,
Al despuntar la mañana
Que siguió al triste suceso,
Viéronse muchos carruajes
Á la puerta del convento
Llegando el del Arzobispo
Entre todos el primero;
Después los inquisidores
Y letrados del consejo
Del santo oficio, cargando
Con pergaminos y pliegos.
Pasaron más de seis horas

En pláticas y argumentos
Y por no asustar al barrio,
Uno tras otro salieron.
  En la noche cuando todo
Era en la calle silencio
Y nada en el barrio daba
Señales de movimiento,
Llegaron los alguaciles
Con recato conduciendo
La litera que las rondas
Usaban en caso extremo.
  Sacaron después, del torno
Por el espacioso hueco,
Un bulto que en negros paños
Estaba oculto y envuelto;
Echáronlo en la litera
Y cargándolo emprendieron
Su marcha por las oscuras
Calles de la triste Méjico.

. . . .

  En las crónicas añejas
De donde brota este cuento,
Dicen que ya sepultado
Don Gastón de Ballesteros,
Á la infortunada Blanca,
Culpable de sacrilegio,
Y de violación de votos
Y otros crímenes inmensos,
Sentencióla el Santo Oficio

Á ser arrojada al fuego;
Y cuentan los que lo saben
Que al morir no tuvo miedo,
Asustando á los verdugos
Y dando pavor al pueblo,
Pues ni en medio de las llamas
Dejó escapar un lamento.

Jalapa, febrero 12 de 1889.

EL PRISIONERO DE PAPAZINDÁN

(Del Romancero de la guerra contra la intervención francesa)

Á IGNACIO PÉREZ SALAZAR

I

Treinta y tres años cumplidos,
Ancha la espalda, alto el pecho,
Estatura que disfraza
El tosco vigor del cuerpo.
Ojo vivo y penetrante,
Corto el poblado cabello,
Sin un asomo de barba,
El bigote escaso y recio;
Hundido sobre las cejas
Ancho y oscuro sombrero;
Ninguna insignia en el traje,
Ningún militar arreo;

Siempre prudente y callado,
Siempre vestido de negro,
Con una calma y un modo
Tan natural, tan modesto,
Que más al verle semeja
Humilde y franco labriego
Que luchador indomable
Y temido guerrillero
Á quien los franceses nombran
Por su arrojo y su denuedo
El león de las montañas,
Y que en reñidos encuentros,
Lo mismo en Venta del Aire,
Zitácuaro y Angangueo,
Probó bien cuánto á su patria
Ama y defiende su pecho.

Jamás el rudo combate,
Llegó á contemplar de lejos,
Pues acompañado ó solo
Entraba siempre el primero.
Nunca contó al enemigo,
Que donde estaba sabiendo,
Se apresuraba á encontrarle
Valiente pero sereno.
Como todos, reposado
Y más que todos, resuelto,
Al comenzar el combate
Al enemigo embistiendo,

Ni la cabeza inclinaba
Para acometerle ciego,
Ni con destemplados gritos
Daba á sus huestes aliento;
El valor en sus soldados
Brotaba con sólo verlo,
Que una enseña es su figura,
Su calma estoica, un ejemplo.
Nada resiste á su empuje
Y abre un camino su acero,
Por el que va la victoria
Siempre sus huellas siguiendo.
Los enemigos le temen;
De la noche en el silencio
Por todas partes esperan
Como á un tigre sorprenderlo.
Mas no valen emboscadas
Y es vano cualquier intento,
Que siempre burla sus planes,
Desbarata sus proyectos
Y los humilla y los vence,
Y á tanto llega su esfuerzo
Que como un ser protegido
Por insondable misterio,
Le miran propios y extraños:
Tal es Nicolás Romero.

II

No tuvo Riva Palacio
En aquel glorioso tiempo,
Un soldado más adicto,
Ni un amigo más sincero.
Y cuéntese con que andaban
Á su lado : Luis Robredo
Que en Tacámbaro sucumbe
Á los belgas combatiendo;
El coronel Luis Carrillo
Que en los muros de Querétaro,
Al frente de sus soldados
Exhaló el postrer aliento,
Y Bernal, que en Urüapam
Asaltando un parapeto
Dejó escaparse la vida
Por ancha herida en el pecho,
Y otros héroes cuyos nombres
En el polvo se escondieron,
Y quedan allí esperando
Que la Historia, Juez Supremo,
Á la vida de la Gloria
Los llame por justo premio.
Por eso, como entre todos

Descuella el bravo Romero,
Y como todos le juzgan
En campaña el más experto,
Dispone Riva Palacio
Dejarle al mando el cuerpo
Que ha combatido sin tregua
En el Estado de Méjico,
Mientras él marcha á encargarse
En Michoacán del Gobierno
Y á reunir las divisiones
Del Ejército del Centro.
Transcurren algunos días,
Y órdenes tiene Romero
De ir en Tacámbaro á unirse
Con el resto del ejército.
Obedece, como siempre,
Precipita los aprestos,
Y ya lista su brigada
En marcha se pone luego.

III

Es azarosa y terrible
La vida del guerrillero,
Pero lo fué más que nunca
Sostenida en aquel tiempo,
Cuando flotaba triunfante

La bandera del Imperio
Y árbitro de nuestra suerte
Era Napoleón tercero.
El porvenir asomaba
Mostrando en el turbio cielo
Anchas nubes tormentosas,
Tristes horizontes negros,
Y al pendón republicano
Miraba con torvo ceño
La victoria, sin dejarle
Sus glorias y sus trofeos.
¡Soldados de las montañas!
Unos vivos y otros muertos;
Vuestra abnegación asombra
En esa lucha, teniendo
La muerte siempre á la vista,
Y sin esperar el éxito
El mundo os miró luchando,
Que no soñabais más premio
Que combatir por la patria
Y morir por sus derechos.
Hasta ignorabais humildes,
Que de noche, en el silencio,
Cuando las rojas hogueras
Alumbran los campamentos,
Pasaban entre las sombras,
Vuestra causa bendiciendo
Tres espíritus sublimes
Que os dieran heroico ejemplo.

¡Hidalgo! de nuestras glorias
Impulso, móvil y centro;
Con él, un héroe que fuera
De la Independencia el genio:
¡El invencible de Cuautla!
¡El intachable Morelos!
Y con ambos la más viva
Encarnación de este pueblo:
El águila de su escudo
¡El indomable Guerrero!
¡Soldados de las montañas!
¡Nobles soldados del pueblo!
¡Los que tuvisteis por tienda
Praderas, montes y yermos,
Harapos por uniforme
Y abrupto peñón por lecho!
Sonará siempre mi lira
Con algún acorde tierno,
Al repetir vuestros nombres
Y al relatar vuestros hechos.
¡Cuántos dormís en el polvo!
¡Cuántos, ya tristes y viejos,
Entre olvido y amargura
Vivís de vuestros recuerdos!
Perdidas las ilusiones,
Y la fe, muerta en el pecho,
Contáis vuestras breves horas
Envidiando á los que han muerto.
Mi voz pretende sacaros

De tan hondo abatimiento,
Que si en alas polvorosas,
Lleva esas glorias el tiempo,
Yo, que nací mejicano
Arrebatárselas quiero
Y como un grupo de soles
Mostrarlas al Universo :
¡Soldados de las montañas!
¡Nobles soldados del pueblo!

IV

Como verjel escondido
Entre montes gigantescos,
En donde limpios arroyos
Fertilizando aquel suelo,
Cruzan entre las parotas,
Retozan entre los ceibos,
Y se ocultan en la grama
Y después brotan ligeros,
Brindando con sus cristales
Á los ganados sedientos,
Mientras se posan las garzas
En los hojosos granjenos,
Y las guacamayas cruzan
Con tardo y pausado vuelo;

Hay un grupo que semeja
Un palomar pintoresco,
Formado de blancas chozas,
En donde habitan contentos
Con sus familias humildes,
Francos y altivos rancheros.
Cerca de cuarenta leguas
Distará el naciente pueblo,
De Zitácuaro, medidas
Sobre escabrosos senderos;
Papazindán se le llama
Y de la guerra el aliento
No ha nublado todavía
El limpio azul de su cielo.
Una mañana, se miran
Á los ardientes reflejos
Del sol que nace, esos campos
Poblados de guerrilleros.
Allí pasaron la noche,
Allí se ve el campamento
Que formó la infantería
De la Cañada en el centro.
Y son aquellos soldados
Que inspiran amor al pueblo
Los que en constante campaña
Manda Nicolás Romero.
No esperan al enemigo
Y como libres de riesgo,
Olvidando las fatigas

Descansan todos contentos.
De súbito, se oyen tiros
Y blasfemias y denuestos,
Y como huracán terrible
Que no espera el mar sereno,
Destrozando la maleza
Y la tierra estremeciendo
Furiosos se precipitan
Enemigos regimientos,
Acuchillando á su paso
Y el espanto difundiendo,
Sin dar á los más osados
Para defenderse, tiempo.
Tras ese alud de jinetes
Los infantes vienen luego,
Y lo que aquellos comienzan
Á consumar llegan éstos.
Nada resiste á su empuje
Y muertos ó prisioneros
Quedan los que no han podido
Ir por el bosque dispersos.
Nada se sabe del jefe;
Los franceses con empeño
Por todas partes preguntan
Si ha quedado vivo ó muerto,
Mas como nada descubren
Y al combate han dado término
Para descansar escogen
El lugar de aquel siniestro.

Dos horas después se mira
Tan tranquilo todo aquello,
Que un grupo de zuavos ríe
Contemplando á un compañero
Que en pos de arrogante gallo
Corre afanoso y violento.
El animal, ya rendido,
Por salvarse emprende el vuelo
Y entre las ramas de un árbol
Esconde el pintado cuerpo.
El zuavo llega en su busca,
Alza los ojos atento
Y descubre, entre el ramaje,
Recatado un bulto negro;
Lanza un grito de sorpresa,
Requiere el arma violento,
Y con grandes voces llama
Á todos sus compañeros.
Acuden, miran, discuten,
Gritan y le intiman presto
Que descienda, si no quiere
Que sobre él rompan el fuego.
Muévense entonces las ramas,
Y lentamente, sin miedo,
Baja por el tronco un hombre
Que está vestido de negro.
Á tal novedad acuden
Más jefes y subalternos,
Que á la par que lo contemplan

Le forman círculo estrecho.
No le conoce ninguno,
Más él, á todo resuelto,
Les dice con voz tranquila:
« Yo soy Nicolás Romero »
Al escuchar ese nombre
Temido por todos ellos,
Y al contemplar desarmado
Á quien vencido no vieron,
Asoma en todos los rostros
Con el asombro el contento.
El león de las montañas
Presa del destino ciego,
Mas debe al propio infortunio
Que del contrario al esfuerzo
Hallarse entre los franceses
Desarmado y prisionero.

V

Aunque el sol naciente brilla
Con deslumbrantes reflejos,
De la ciudad opulenta
Sobre el transparente cielo;
Hay algo que no se explica,
Que pesando sobre Méjico
Hace que la luz se mire

Con un color ceniciento,
Y alumbre calles y plazas
Como la antorcha de un féretro.
Los ánimos conturbados,
Los corazones opresos,
Tristeza por todas partes,
Por todas partes silencio.
El menos sagaz comprende
Que se prepara un suceso
Tan triste, tan pavoroso,
Tan terrible, tan funesto,
Que al presentirlo semeja
La ciudad un cementerio.
Desde que rayó la aurora,
En la penumbra se vieron
Marchar silenciosamente
Del enemigo extranjero,
Los pesados escuadrones,
Los compactos regimientos.
No distante de la plaza
En el oriental extremo
De la ciudad, se descubre
Vecina de los potreros
De Aragón, desierta plaza
De triste y mísero aspecto.
Cierran su humilde recinto
Albergues de carboneros,
Y pobres chozas que alfombran
Guijarros y polvo seco.

Es la plaza de Mixcalco
Que á todos infunde miedo
Por ser sitio en que la pena
Capital sufren los reos;
La ha regado mucha sangre;
Muchos el postrer aliento
Lanzaron allí, mirando
Aquel contorno siniestro.
Por eso los grises muros
Del ángulo norte izquierdo
Son conocidos por todos
Como el rincón de los muertos.
Va lentamente á esa plaza,
En gruesas ondas el pueblo,
En pos de los batallones
Que van llegando en silencio
Fórmase el cuadro, se alinean
Los zuavos en primer término,
Y entre sus filas asoman
Las anchas bocas de fuego.
Detrás cazadores de África,
Que con su marcial aspecto
Á la inquieta muchedumbre
Imponen mudo respeto.
Álzase un rumor de pronto
Como el mar que ruje fiero.
Abren paso los soldados,
Entra todo en movimiento,
Y en el cuadro se presenta

El funerario cortejo
Con el que van al cadalso
Cuatro mártires del pueblo.
Era el uno Roque Flores,
Un valeroso sargento;
El otro Encarnación Rojas,
Alférez del mismo cuerpo;
Higinio Álvarez, altivo
Comandante muy apuesto
En un tricolor zarape
Con suma elegancia envuelto,
Y con ellos muy tranquilo
Como quien marcha á paseo,
El valor en la mirada
Y fumando y sonriendo,
Al patíbulo, glorioso
Llega Nicolás Romero.
Fórmase á los cuatro en fila,
Reina fúnebre silencio,
Los tiradores preparan,
Se da la señal de fuego,
Y al tronar de los fusiles,
El grito de *¡ Viva Méjico !*
Brotando de aquellas bocas,
Va con su postrer aliento
Por el cielo de la patria
En nubes de gloria envuelto.

VI

¡Soldados de las montañas!
¡Nobles soldados del pueblo!
Sobre vuestras tumbas crecen
Inmarcesibles y eternos,
Los laureres con que adornan
Los inmortales sus templos.
Humildes desde la cuna
Nacisteis en el silencio
Y á la luz del patriotismo
Que se encendió en vuestros pechos
La historia imparcial, severa,
Grabó con buril de fuego
Vuestros nombres en sus altos
Perdurables monumentos!

PRIMERO ES LA PATRIA

A MI FRATERNAL AMIGO RAFAEL DE ZAYAS ENRÍQUEZ

Apenas por el oriente
Entre celajes de plata,
Y disipando las sombras
Aparece la mañana;
Cuando el eco despertando
De la desierta montaña,
El estampido sonoro
Del cañón difunde alarma.
Precipitados los belgas
Que á Tacámbaro resguardan,
En las trincheras se agolpan
Y al combate se preparan.
Ya de una altura descienden
Las fuerzas republicanas
Y vibran de las cornetas
Las notas limpias y claras.

Se miran los batallones
Que denso polvo levantan,
Marchando pausadamente
De las lomas por la falda.
La división es aquella
Que en la constante campaña,
Del Ejército del Centro
Nicolás Régules manda.
En ella cuéntanse muchos
Jóvenes en cuyas almas,
El patriotismo ha encendido
Su pura y ardiente llama,
Que al llevarlos al combate
Vencer ó morir les manda,
Los estimula y anima
Luis Robredo y le acompaña
De valor y de fe lleno
José Vicente Villada.
Va á comenzar el combate,
De prisa el sol se levanta
Y los ayudantes cruzan
Entre columnas cerradas;
Se apresta la artillería
Y ocupan la retaguardia
Los escuadrones formados
Y listos para la carga.
Ya los jefes impacientes
Sólo la señal aguardan
Para emprender atrevidos

El asalto de la plaza.
Ya Régules se dispone
Á dar la voz esperada,
Cuando llega un hombre á escape
Corriendo desde la plaza.
El General al mirarle
Le tiende la mano franca
Y con gran fatiga el otro
Le dirije la palabra.
— Que no hagan fuego, le dice,
Que en la trinchera cercana,
En esa que se divisa
De la ciudad á la entrada,
Han colocado los belgas
Al rayar de la mañana,
Á los que usted en el mundo
Más considera y más ama :
¡ Están su esposa y sus hijos !
Pues quieren si usted ataca
Que reciban los primeros
La mortífera descarga. —
Régules queda en silencio
Y luego con mucha calma,
Á los artilleros grita :
— ¡ Fuego ! ¡ Primero es la Patria ! —
Al sonar su voz retumba
El cañón y se levanta
La espantosa gritería
De las columnas en marcha.

Pero un eco más terrible
Régules siente en el alma,
Pensando donde la muerte
Llevado habrá la metralla.
Sus ojos no se humedecen,
Ni su faz se torna pálida
Y sólo en el entrecejo
Sus pensamientos se marcan.
— Avancen, les grita, avancen,
Y haciendo brillar su espada
Entre densas nubes de humo
Impasible se adelanta.
¡Con cuánto valor defienden
Los imperiales la plaza!
¡Con cuánto arrojo combaten
Las huestes republicanas!...
Suyas las primeras líneas
Después de tenaz batalla,
Los asaltantes ocupan
Trincheras, calles y casas.
Reconcéntranse los belgas
En la iglesia y se preparan
Á hacer una resistencia
Terrible y desesperada.
La gente va resbalando
De fresca sangre en las charcas,
Y hay tantos muertos que oponen
Dificultad á la marcha.
Los soldados tropezando

Y cayendo se adelantan
Hasta cercar la parroquia
Entre una lluvia de balas.
Allí cubierto de gloria
Y de la patria en las aras,
El coronel Luis Robredo
El último aliento exhala.
Tras dos horas de combate
La tropa mira asombrada
Que la iglesia se corona
Con un penacho de llamas.
Cunde el fuego, el humo denso
En anchas nubes se escapa,
Y en remolinos de chispas
Por las abiertas montañas;
Y se estremecen los muros,
Y las puertas se desgajan
Y crujiendo se desploman
Los techos sobre las masas.
Los imperiales se rinden
Y de la heroica batalla,
El éxito y el arrojo
Lleva en sus ecos la fama;
Y cuando ya la victoria
Anuncian alegres dianas,
Régules vuelve á sus hijos,
Vuelve á su esposa y se pasma
De ver como respetaron
Sus corazones las balas;

Y al estrechar en sus brazos
Aquellas prendas del alma,
Escucha como repite
En torno suyo la Fama,
Grabándolas en la Historia
Aquellas nobles palabras,
Que más que Guzmán el Bueno
Y más que un hijo de Esparta,
Lanzó diciendo á sus tropas :
« ¡ Fuego ! » « ¡ Primero es la Patria ! »

LOS FUEROS DEL VALOR

Á LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DUQUESA DE PRIM

Bajo los candentes rayos
Del rojo sol de la costa,
Sobre secos arenales
Cuyos vapores sofocan,
En donde el viento no cruza
Ni la nube bienhechora
Sobre el agotado suelo
Arrastra indecisa sombra;
Huyendo de la epidemia
Que en Veracruz diezma y corta
De franceses y españoles
Á las aguerridas tropas,
Vienen ambas caminando
Hacia la falda escabrosa
De Acultzingo, por convenio
De los jefes de unas y otras
A quienes da su permiso

El Gobierno, de que pongan
Sus cuarteles en las plazas
Que clima benigno gozan.
  Mas tal convenio que hoy día
De la *Soledad* se nombra,
No le fué comunicado
Á un jefe que en tales horas
El camino custodiaba
Con una fuerza muy corta.
  No más de doscientos hombres
Aunque resueltos, la forman,
Y órdenes tiene severas
De impedir á toda costa
El paso, por aquel punto
De las fuerzas invasoras.
  Al ver venir á lo lejos
Con marcialidad y pompa,
Las legiones franco-íberas,
Y que sin recelo toman
Del camino de las cumbres
La carretera más próxima,
Dispone luego á su gente
Que las armas tiene prontas
Y se planta en son de guerra
Donde más el paso estorba.
  Al divisar los que llegan
Tan extraña maniobra
Á su general en jefe
Dan parte de que se notan

Preparativos de ataque
Lo cual á todos asombra
Era Prim el que mandaba
El ejército, y de boca
De sus soldados sabiendo
Novedad tan sospechosa,
Adelanta un emisario
Que blanca bandera porta
Para preguntar al jefe
La razón, pues que la ignora,
Que tiene para oponerse
Á la marcha de sus tropas.
Rápido va el emisario,
Los opuestos lindes toca,
Con el jefe mejicano
Muy en breve se apersona,
Y le refiere el convenio,
Le dice por qué la costa
Han dejado, por qué vienen
Á acampar sobre las lomas.
Atento le escucha el otro
Y dando respuesta pronta
Le dice que tal convenio
No conoce, y pues ignora
Y órdenes no ha recibido
Que á la consigna se opongan,
Habrá de luchar con ellos
Sin contar, pues no le importa
Ni los que á su lado tiene,

Ni los que vienen en contra.
— Somos muchos.
— No los cuento.
— Tenéis muy pocos.
— Me sobran;
Para morir por la patria
No he menester gran escolta.
— Pasaremos
— No lo dudo;
Sangrienta será la alfombra.
— ¿No cedéis?
— Aunque viniera
Contra mí toda la Europa.
— ¿Eso le digo á mi jefe?
— Y agregad por cuenta propia
Cuanto gustéis, yo sostengo
Un reto que me acomoda.
Vuelve el mensajero triste,
Habla con Prim y le abona
El valor del adversario,
Valor que á todos asombra.
Después de escuchar atento,
Dice Prim que reflxiona:
— De acometer á esos hombres
Es segura su derrota,
Mas el éxito sería
Vergüenza más que victoria.
Soldados que así obedecen,
Valientes que así se portan

En tan solemnes momentos,
Merecen respeto y honra,
Y honra y respeto ha de darles
Nuestra bandera española.
Y después de decir esto
Manda hacer alto á las tropas
Y al general mejicano
Pone al momento una nota
Refiriendo lo que pasa
Y pidiendo que disponga
Que el paso no les impida
Aquel jefe á quien pergona
Caballeroso y valiente,
Cuyo atrevimiento elogia.
En comunicar tal orden
Trascurren más de tres horas,
Y todo ese tiempo quedan
Sufriendo el sol de la costa
Tendidas á campo raso
Las legiones invasoras.
Suena al fin, de los clarines
La voz, indicando ronca,
Que vuelve á ponerse en marcha
La ya fatidaga tropa.
Ordónanse las columnas,
Y entre nubes polvorosas,
Se deslizan lentamente
Sobre las tendidas lomas.
Llegan al punto que guaraa

El jefe que pocas horas
Antes, les detuvo el paso,
El cual con su gente forma
Á la izquierda del camino
En actitud silenciosa.
  Al cruzar la descubierta
Por aquel punto, se asoma
Al rostro de los que vienen
La curiosidad más honda
Por conocer al osado
Que obtiene al fin la victoria,
Pues con su valor, tan sólo
Tanto tiempo el paso estorba.
  Y con respeto le miran,
Y con cariño le nombran,
Y ya van lejos, y el rostro
Á cada segundo tornan.
  Sobre un corcel arrogante
Que agita su crin sedosa,
Y con la espuma del freno
El nervudo pecho moja,
Llega Prim, y diligente
Con la corte numerosa
De ayudantes que le siguen
Y de amigos que le escoltan,
Al jefe busca y lo encuentra,
Y al mirar que cuando nota
Su presencia se adelanta,
Pica al caballo, y la pronta

Mano tendiendo le dice :
— « Caballero, á mucha honra
Tengo en conocer á un bravo
Que de su patria es la gloria;
Nación que tiene soldados
Como el que marcó á mis tropas
El alto, cuando tenía
Por segura la derrota,
Es nación á quien reserva
Grandes páginas la historia —.
Vuelve á oprimirle la mano,
Y antes que el otro responda,
Entre una nube de polvo
Gana camino en las lomas
Ensalzando á aquel valiente
Con los que á su lado trotan.
Han pasado muchos años;
La basílica de Atocha,
Guardando de Prim el sueño
Bajo sus macizas bóvedas
Conserva el recuerdo vivo
De su valor, y la gloria
Alcanzada en Castillejos
Por las armas españolas.
También en eterno sueño
En nuestro suelo reposa
El temerario soldado
Que á Prim el paso le corta
Sin medir número, fuerza,

Ni el gran peligro que afronta,
El coronel Félix Díaz
Á quien recuerda la historia
Como altivo y como osado,
Como valiente y patriota.

LA HEROÍNA DEL DOLOR

Á LA SEÑORA CARMEN ROMERO RUBIO DE DÍAZ

Por una angosta vereda
Que cruza entre las montañas
Que por el sur de Jalisco
Forman gigante muralla,
Caminando paso á paso,
Al despuntar la mañana,
Van en sus dóciles potros
Que de fuertes tienen traza,
Un oficial embozado
En vieja y oscura capa,
Una mujer bella y joven
Con un niño que amamanta

Y un asistente que sigue
De la pareja la marcha.
Risueña nace la aurora,
Alegres las aves cantan,
El viento cruza tan manso
Que no estremece las ramas;
Sonoro rumor se escucha
De las distintas cascadas,
Y la tierra humedecida
Con las lágrimas del alba
Entre el tupido follaje
Ligeras brumas levanta.
Por el azul de los cielos
Atraviesan las bandadas
De mirlos y colorines,
De tordos y guacamayas.
Van alegres los viajeros
Y al compás de las pisadas
De los caballos, sostienen
Festiva y sabrosa charla.
— Mira qué grandes, qué bellos
Tiene los ojos, — exclama
La mujer mirando al niño: —
Si ya con los ojos habla;
Mira qué oscuro es su pelo,
Sus manecitas qué blancas,
Y esa sonrisa tan dulce
Que llega al fondo del alma.
¿No confiesas que es hermoso?

Y el oficial que no aparta
Del bello grupo la vista,
Responde con risa franca
Que la ternura denuncia
Y el buen carácter delata :
— Por fuerza debe ser bello
Si tiene mi misma cara;
Es retrato de su padre
Y hasta los ciegos lo cantan. —
Alzó la joven el rostro,
Y lanzando una mirada
Más traviesa que burlona :
— Sí, tu retrato le llamas,
Contestó, porque no has visto
En un espejo tus gracias. —
Y como dando la prueba
De que mienten sus palabras,
Acaricia del marido
La luenga y sedosa barba.
El sol se va levantando;
De los montes en la falda
Las nieblas desaparecen
Y se agrupan en las palmas
Buscando la fresca sombra
Las aves en las cañadas.
Sigue el grupo su camino
Mas ya con penosa marcha,
Que baja lumbre del cielo
Y el suelo despide llamas.

La madre al niño procura
Defender del sol que abrasa,
Formándole frágil toldo
Con tela ligera y blanca.
El oficial va cual antes
Sin soltar ni la bufanda,
Pues toma por buena regla
« Para buen sol buena capa. »
El soldado indiferente
Silbando el toque de marcha
Sigue cual si no sintiera
Temperatura tan alta.
Él se apellida Lozano;
Ella, Matilde se llama,
Y el asistente responde
Al nombre de Juan Zapata.

II

De improvisto los caballos
Detiénense y con recelo
Alzan la cabeza y mueven
Ambas orejas á un tiempo.
El oficial y el soldado
Comprenden cercano riesgo,
Los dos empuñan las armas

Y con ademán resuelto
Saltan entre la maleza
Límite del bosque espeso.
No bien un palmo adelantan
Cuando salen á su encuentro,
Cual brotando de la selva,
Audaces, terribles, fieros,
Los cazadores franceses
Que allí estaban en acecho.
  Es la resistencia inútil,
Que en gran número son ellos.
Y tan de prisa se llegan
Que cercan en un momento
Al oficial y á Zapata
Intimándoles soberbios.
El uniforme denuncia
Á Lozano y sin remedio
Tiene que entregar sus armas
Y darse por prisionero.
  Muda de asombro, temblando,
Con el rostro descompuesto,
Las lágrimas en los ojos
Y apretando contra el seno
Al niño, cual si quisiera
En ella misma esconderlo,
Matilde mira á su esposo,
Á los soldados y al cielo
Y ni tiene una plegaria
Ni una queja, ni un lamento.

En tanto, de los caballos
Hacen bajar á los presos,
Y en medio de los franceses
Y sin ningún miramiento,
Se encamina la columna
Buscando el vecino pueblo
Y tras ella pensativa
Sigue Matilde en silencio,
Que nadie de ella se ocupa
En tan aciagos momentos.
Una madre abandonada
En un camino desierto,
Con un niño entre los brazos,
Llevando dentro del pecho
El corazón oprimido
Por el dolor más intenso,
Podrá conmover sin duda
El animo más sereno;
Pero en medio de las luchas
Y cuando sopla el aliento
De los combates, en vano
Fuera buscar un consuelo
En marciales corazones
Templados á sangre y fuego.

III

Prisionero está en Colima
El comandante Lozano
Y en la pobreza Matilde
Vive su prisión llorando.
Tiene en peligro la vida
El jefe republicano,
Pues de cuantos han caído
Á ninguno han perdonado,
que Berthelín que allí manda
Debe en justicia á sus actos
Los renombres que le siguen
De implacable y sanguinario.
Matilde ocupa una casa
En un apartado barrio,
Mas por desgracia esa calle
Es el camino marcado
Para llevar diariamente
Las víctimas al cadalso.
Y así, todas las mañanas
Luego que suenan las cuatro,
Oye Matilde que llevan
En las sombras los zuavos
Á una plazuela cercana
Los mártires sentenciados.

Escucha á pocos instantes
El sonar de los disparos
Y luego vuelve la escolta
Los cadáveres dejando
Que el cura siempre recoge
Cuando el sol está muy alto.
En horrible incertidumbre,
Con el pecho destrozado,
Cada mañana Matilde
Escucha llena de pasmo,
Cuando pasa la columna
Á los mártires llevando;
Cada mañana supone
Que va con ellos Lozano,
Y al escuchar las descargas
Nubla sus ojos el llanto
Y con voz entrecortada
Pone al niño en su regazo,
Y acercándolo á su rostro
Le dice, bajo, muy bajo :
— « ¡Hijo del alma, quién sabe
Si á tu padre habrán matado! »
Se pone luego en acecho
Y al regresar los zuavos,
Cuando siente que se alejan
Y queda en silencio el barrio :
Coge un farol y le oculta,
Toma al niño entre sus brazos,
Abre con temor la puerta,

Ve la calle con espanto,
Y trémula y conmovida
Dirige el incierto paso
Hasta el lugar en que yacen
Los muertos abandonados. .

. . . .

. . . .

Lanza su rojiza lumbre
Tras de los vidrios opacos,
El farolillo que tiembla
De la mujer en la mano.
Hirsuto el negro cabello,
De las órbitas saltando
Los ojos como dos ascuas
Ve Matilde, paso á paso,
Uno por uno, los rostros
Por el plomo destrozados.
Hunde las desnudas plantas
De tibia sangre en los charcos,
Y ni el terror la detiene
Ni la domina el espanto.
Inclinase y delirante
Va cada rostro mirando,
Y si en alguno las huellas
Del proyectil han borrado
Las facciones, si la sangre
Oculta todos los rasgos,
Valerosa se arrodilla
Y con atrevida mano

Lo enjuga, aparta el cabello,
Y su audacia llega á tanto
Que á muchos abre los ojos
Claras señales buscando.
Cuando queda satisfecha
De que no ha muerto Lozano,
Se arrodilla, eleva al cielo
Cortándola con su llanto,
La más ferviente plegaria
Que alzó pecho atribulado.
Vuelve en seguida á su casa,
Pasa en terribles trabajos
Las horas, llega la noche,
Escucha sonar las cuatro
Y otra vez la misma escena,
Y sin tregua ni descanso
Uno tras otros los días
Va en esta angustia pasando;
Así transcurren los meses,
Está su cabello blanco,
Está su faz demacrada
Donde abrió surcos el llanto,
Y ya una anciana parece
Y cuenta veintitrés años.

IV

Una noche tenebrosa,
En que ruda la tormenta
Sobre la ciudad bramando
Hace estremecer la tierra,
Y las ráfagas del viento
Hondos gemidos remedan,
Y el relámpago se enciende
Rasgando la sombra densa
Y se desata en raudales
De lluvia la nube negra;
Tan turbada está Matilde,
Tan turbada y tan inquieta
Que la tempestad de su alma
Á la del cielo semeja.
Quiere rezar y no puede,
Quiere llorar y están secas
De sus lágrimas las fuentes,
Que las agotó la pena.
Quiere quejarse y palabras
Por más que busca no encuentra
Al niño toma en sus brazos
Y cual si suyo no fuera,
Como perdido entre nubes
Con vaguedad lo contempla

Y siente que le abandonan
La voluntad y las fuerzas,
Y que su razón vacila
Y que su sangre se hiela.
  Así queda largo tiempo
Como estatua muda y quieta,
Mas de improviso se yergue,
Alza el rostro, escucha atenta
Y se convence temblando
De que ya las cuatro suenan.

. . . .

. . . .

  Reina en la calle el silencio,
Ha cesado la tormenta
Y se oye sobre las charcas
Las pisadas que se acercan
De las tropas que caminan
Á la ejecución sangrienta.
Matilde cobrando aliento
Va con sigilo á la puerta
Y quiere por las rendijas
De la gastada madera
Contemplar á los que pasan,
Pero la sombra es tan densa
Que en vano lanza cual dardos
Sus miradas hacia fuera,
Y sólo descubre bultos
Iguales, fantasmas negras,
Que saliendo de unas sombras

En otras sombras penetran.
  Ella detiene el aliento
Mientras pasan y se alejan,
Y ni á respirar se atreve,
Inmóvil, como de piedra,
Hasta que escucha á lo lejos
Como las descargas suenan.
  Entonces lanza un gemido;
Nunca tan honda su pena
Sintió como en esa noche
De agonía y de tormenta.
  Cuando de vuelta la tropa
Quedó la calle desierta,
Matilde, cargando al niño,
Corre á la plaza siniestra,
Y su agitación es tanta
Que á cada paso tropieza.
  Llega hasta el lugar terrible,
Y loca, convulsa, ciega,
Con avidez y con ansia,
Al fulgor de su linterna
Mira un cadaver tendido
Sobre la mojada hierba.
  Cuando la luz amarilla
Baña la faz descompuesta,
Matilde lanza un profundo
Grito y se desploma yerta.



Cuando el sol de la mañana
Bañó montes y collados,
Y fué á buscar á los muertos
El cura humilde del barrio,
Descubrió con gran asombro
Estrechamente abrazado
El cadáver de una dama
Al cadáver de Lozano,
Y junto al fúnebre grupo,
Llorando en el triste campo,
Un niño que apenas muestra
Tener de existencia un año.

EL CANJE DE PRISIONEROS

A la memoria del inmaculado Caudillo de la Independencia

GENERAL VICENTE GUERRERO

PRIMERA PARTE

LOS DOS PADRES

I

En la ciudad opulenta
Que fué en los tiempos de antaño,
Residencia de virreyes,
Orgullo de los vasallos
Y emporio de las riquezas
De este suelo mejicano,
Donde aztecas y españoles
Levantaron sus palacios;
Una mañana de invierno,

Al ir teneciendo el año,
Que contó sesenta y cinco
Del siglo que va expirando,
Conversaban tristemente
Haciendo corte á un anciano,
Un grupo de caballeros
Con semblantes consternados.
  Era el viejo de estatura
Elevada y rostro franco,
Con bien marcadas señales
De ser antiguo soldado;
Por sus rugosas mejillas,
Sobre sus marchitos labios,
Como dos sirtes de plata
Bajaba el bigote cano.
  De sus miradas el brillo
Eclipsaban á su paso,
Lágrimas mal recogidas
Con seca y trémula mano,
Que algunas veces mojaban
Un pecho condecorado
Con la cruz más envidiable
Que registran nuestros fastos;
La que tiene en el anverso
Con áureas letras grabado:
Treinta contra cuatrocientos,
En medio de un verde lauro.
Y al empaparla unos ojos
Que han visto el sol setenta años,

Prueban que dolor inmenso
Hace verter ese llanto.
  Por eso los que acompañan
En su plática al anciano,
Están ceñudos y tristes
Y mudos y consternados.
— Es una maldad sin nombre,
Les dice, ¡joven! ¡gallardo!
¡Hijo querido!... no puedo
Resignarme... ¡fusilarlo
Con tan bellas esperanzas!
¡Tan bueno! ¡me quiso tanto!
Cuántas veces pequeñito
Al tenerle entre mis brazos,
Pensé, temiendo estas cosas:
Antes muerto que soldado;
Y ya lo veis, el destino,
La mala suerte, el acaso,
Á tener un fin tan triste
Bien pronto le condenaron.
¿Por qué me sobra la vida?
¡Yo en su lugar! está claro. —
Y anudada su garganta
Sigue en silencio llorando,
Y están sin brillo sus ojos
Y están trémulas sus manos

. . . .

En aquella escena muda
Transcurre así largo rato

Hasta que haciendo un esfuerzo
Más que grande sobrehumano,
Levanta el rostro y procura
Manifestarse calmado,
Y como claras señales
De que se domina dando
Dice á los que le acompañan,
Viendo venir á caballo
Á un hombre que se aproxima
Hacia el grupo, paso á paso:
— Cuando perdemos un hijo
Ó algún otro ser amado,
Su figura nos recuerdan
Muchos de los que encontramos;
Por ejemplo, aquel que viene
Dijera que es el retrato,
El hombre más parecido
Al hijo que allá en Huetamo
En unión de tantos belgas
Fusiló Riva Palacio! —
  Y aquí, ya sin contenerse
Bajó su rostro el anciano,
Y sin poder reprimirlo
Volvió á sus ojos el llanto.
  Como al cruzar de los tiempos
Se abate el roble cansado,
El roble que enantes pudo
Burlar el golpe del rayo;
Ese hombre que triste llora,

Ese antiguo veterano,
Fué en otros tiempos temible,
Bullicioso, alegre, osado;
Don José Miñón que tiene
Un nombre en fama muy alto,
Y que de los generales
Es ya sin duda el decano.
Por eso los que le miran
En esa edad y llorando,
Están ceñudos y tristes
Y mudos y consternados.

II

De las toscas herraduras
Se escucha entonces cercano
El duro golpe que anuncia,
Que llega precipitado
El jinete que al mirarle
Ha conocido al anciano.
« ¡Padre! ¡Padre! » grita alegre,
Á tierra veloz saltando
Y con raudo movimiento
Alzándole entre los brazos.
Torna el viejo la cabeza,
Quiere hablar, queda callado,
Abre aturdido los ojos

Entre risa y entre pasmo;
La cabeza del mancebo,
Oprime con ambas manos,
Besa trémulo su frente
Y baña su rostro en llanto.
   Reina un silencio solemne,
Silencio sólo turbado
Por los sollozos convulsos
Que brota el pecho de entrambos.
Los del grupo enternecidos,
Absortos ante ese cuadro
Húmedos tienen los ojos
Y la sonrisa en los labios.
   Por fin el padre pregunta
Con acento entrecortado:
— ¿Cómo vives? ¿á quién debo
Tal prodigio, tal milagro?
¿Cómo si todos han muerto
Puedo mirarte á mi lado?
— ¿Quién ha muerto padre mío?
De todos los que en Huetamo
Estábamos prisioneros,
Á ninguno fusilaron...
— ¡Á ninguno! — Sí, á ninguno.
— Pues de Guerra el Secretario
Parte oficial ha tenido...
— El parte oficial es falso;
Para proponer un canje
Vengo yo comisionado...

—¿Un canje?—Sí; ya usted sabe,
Que reunidos en Zirándaro
Los prisioneros de guerra,
Bajo palabra quedamos
Sin más custodia en el pueblo
Que nuestro honor empeñado.
Una mañana supimos
Que en Uruápam fusilaron
Los imperiales á Arteaga,
Á Salázar y otros varios.
Nos conmovió la noticia,
Y temimos consternados
Que espantosa represalia
Allí pudiera orillarnos
Á igual suerte, y aturdidos
En aquel terrible caso,
Los oficiales y jefes
Belgas, conmigo contando,
Salimos luego del pueblo
Y á poco nos encontramos
Á orillas del Zacatula
Y sin conocer el vado.
Vimos un bote, fué nuestro,
Y saltando en él, bogamos,
Con la esperanza ilusoria
De llegar al Oceano.
Conocida nuestra fuga
Nos tendieron nuevos lazos,
Y antes de mediar el día,

Al tocar en un remanso
Nos hicieron prisioneros
Y nos formaron el cuadro,
Por ser orden terminante
Prendernos y fusilarnos.
  Era el momento supremo,
Y nosotros resignados,
Á Dios levantando el alma
La voz de fuego esperamos.
Mas de repente rompiendo
Por el bosque enmarañado,
Llega un oficial á escape
En un soberbio caballo
Y anhelante, á voz en cuello
¡Indulto! ¡indulto! gritando.
  Era el que daba tal grito
El comandante Velasco,
Que á escape y sin detenerse
Llegaba desde Huetamo.
  Allí por nuestra fortuna,
Á tiempo que nos fugamos,
Llegó el General en Jefe
Que la vida me ha salvado.
  Sabiendo lo que ocurría
Mandó suspender el acto,
Y que á todos nos llevaran
En el momento á su lado.
  Veloz corrió el ayudante,
Y si no se afana tanto,

La existencia nos costara
Un minuto de retardo.
  Nos pusieron luego en marcha
Y tres horas caminamos,
Llegando en la misma tarde
Al campo republicano.
Le di al General mi nombre
Y tendiéndome la mano,
Exclamó : ¡su nombre abona
Que es caballero y soldado!
Y pruebo la confianza
Que su aspecto me ha inspirado
Encomendándole lleve
Hasta Méjico un encargo :
« Libre va usted, que le entreguen
Armas, dinero y caballos
Y al romper mañana el dia
Partirá usted de Huetamo
Lleva usted en estos pliegos
Que no le entrego cerrados
La suerte de muchos hombres
Que no quiero fusilarlos.
En esa nota propongo
Á Bazaine, un canje franco,
Mis prisioneros me entrega
Y yo los suyos le mando.
Responder al cumplimiento
Y á la fe de este tratado,
Como jefe mi palabra,

Mi honor como mejicano.
Á Méjico llega y antes
De hablar con nadie, á caballo,
Sin sacudirse ni el polvo
Ni procurarse descanso,
Al Mariscal le presenta
Esos pliegos que le mando
Y sé que si usted no vuelve
Será porque le han matado. »
— Señor, contesté, yo acepto
Con orgullo tal encargo,
Iré, cumpliré y muy pronto
Me tendrá usted á su lado.
« Jamás contra mi partido
Combatiré, pero grato
Hallará usted en mí siempre
Un hijo, nunca un soldado. »
  Al rayar el nuevo día
Me halló libre y caminando,
Y tras de cinco jornadas
Estrecho á usted en mis brazos. —
  Ya no pudo contenerse
En su emoción el anciano,
Y volvió, pero de gozo,
Á dejar correr su llanto.
— ¿ Quién es ese jefe, dijo,
Tan noble y tan esforzado?
Quiero que suene su nombre
Como oración en mis labios.

— Ese jefe usted lo sabe,
Tiene en Michoacán el mando
Del Ejército del Centro:
¡Vicente Riva Palacio! —
El viejo, entonces, asiendo
Al mancebo de la mano,
— Ven, le dice, ven conmigo.
— No puedo, señor, yo traigo
Orden de no hablar con nadie
Hasta entregar...
— Yo lo mando...
— Pero padre...
— Nada escucho.
— Á mis instrucciones falto.
— Como padre y como jefe
Te lo ordeno.
— Entonces, vamos. —
Pensativo va el mancebo,
Orgulloso el veterano,
Tras ellos el asistente
Conduciendo los caballos;
La gente al mirarlos piensa
Que es algún comisionado
Y ellos ligeros caminan
Sin hacer á nadie caso.
Llegan por fin á una casa,
Cruzan el extenso patio,
Y suben las escaleras
Hasta la sala llegando.

Allí encuentran departiendo
Con otros en el estrado,
Á un caballero que muestra
Genio afable y muchos años.
Sin saludarle siquiera
Dice el que llega: — Mariano,
Aquí tiene usted á un hijo;
— Y luego al joven mostrando: —
Éste es el padre, le dice,
Del hombre que te ha salvado.
El joven enternecido
Besa del otro la mano,
Después en pocas palabras
Se refiere el tierno caso,
Y se abrazan los dos viejos
Enternecidos llorando.
Uno ver puede á su hijo
En Méjico y á su lado;
El otro al suyo no ha visto
En largos y tristes años,
Pero allí se sienten todos
Tan contentos, tan ufanos,
Que parece que el ausente
En espíritu ha llegado.

III

Han corrido tres semanas,
Y al campo republicano
El joven Miñón retorna
Satisfecho de su encargo;
Que Bazaine admite el canje
Y está completo el tratado
Y el que salió prisionero
Vuelve ya como un hermano
El cariño de dos padres
Trayendo al jefe en sus brazos.
Refirió allí las escenas
De Méjico, entusiasmado,
Conmovió los corazones,
Y al oirle los soldados,
Orgullosos se sintieron
De llamarse mejicanos.
¿Qué laurel más envidiable
Ni qué timbre más preciado,
En los fastos de su historia
Buscará Riva Palacio,
Que las tiernas bendiciones
De aquellos nobles ancianos?
Hoy que duermen en sus tumbas,
Hoy que han corrido los años,

El libro de la experiencia
Le dirá al viejo soldado
Que vale mas ne la vida
Quitar un hombre al cadalso
Que vivir siglos en bronces
Humedecidos con llanto.

SEGUNDA PARTE

BELGAS Y MEJICANOS

I

Marchando hacia el mismo punto,
Y por opuestos caminos,
Se ven dos grupos que llegan
Hasta las puertas de Acuitzio.
Los que de Morelia vienen
Están con lujo vestidos,
Arrogantes los caballos
Y los jinetes altivos :
Sus militares arreos
Por lo nuevo y lo limpios,
Muestran que están del Imperio
En defensa y en servicio.
Los que por opuesto lado
Marchando vienen tranquilos
Visten como guerrilleros
Con natural desaliño.

Blusa corta, calzonera,
Ancho sombrero tendido,
Suelta la roja corbata,
Canana y pistola al cinto.
El polvo y sudor que cubre
Á los guerreros, indicio
Es, de que por larga senda
Violentamente han venido.
Al mirar que se aproximan
Los dos grupos de enemigos,
Temerosos de un encuentro
Se preparan los vecinos
Á presenciar un combate
Fiero, sangriento, reñido.
Pero notan con asombro
Que llegan al pueblo mismo,
Y se forman frente á frente
Con aspecto tan tranquilo,
Como si más que adversarios
Fueran dos grupos amigos.
De los soldados el rostro,
Su ademán franco y pacífico
Ni da señal de coraje
Ni pinta bélico brío;
Ni una palabra se cruza,
Ni se escapa ningún grito
Y mutuamente se miran
Curiosos y no ofensivos.
Así pasan largo rato,

Hasta que por los caminos
De Tacámbaro y Morelia
Que son los dos recorridos,
Se ven venir lentamente
Dos columnas y están fijos
Todos los ojos en ellas,
Esperando con ahinco
De aquel episodio extraño
El final desconocido.
Mucha gente es la que llega;
De polvo los remolinos,
Indican que la vanguardia
Á entrar comienza en Acuitzio.
Desembocan en la plaza
De poca escolta seguidos,
Los jefes de opuestos bandos
Con rostro alegre y festivo,
Y quizá por vez primera,
Por voluntad del destino,
El belga y el mejicano
Que tanto se han combatido,
En momentos tan solemnes
Se tienden manos de amigos.
Bocarmé, capitán belga,
Es el que mandando vino
Á las fuerzas del Imperio,
Y del opuesto partido
Viene el coronel Linarte,
Joven valiente y altivo.

De los caballos descienden,
Y departiendo tranquilos
Entran juntos á una casa
Principal del municipio.
Se escucha en tales momentos
El monótono rüido
Del paso de los infantes
Que se acercan á aquel sitio,
Y acrece más el asombro,
Y acrece más el bullicio,
Y resuenan carcajadas
Y alegres voces y gritos,
Cual si estuviera de fiesta
El pueblo humilde de Acuitzio.

II

La plaza del pueblo llenan
Muchedumbre de soldados,
Y allí están los prisioneros
Hechos por opuestos bandos.
Se cuentan los que han caído
De belgas y mejicanos
Y son más de setecientos
De todas clases y grados.
Generales hay algunos

Como Tapia y como Canto;
Coroneles cual Villada,
Borda, Pérez y otros varios;
Y entre los belgas se tienen
Muchas personas de rango.
  Conversan alegremente
Oficiales y soldados;
En pabellones las armas;
En reposo los caballos;
Diligentes las mujeres
Entre los grupos cruzando,
Llevan lo que necesitan
Allí, los recién llegados,
Y sin hacer distinciones,
Tan pronto á republicanos
Como á imperiales atienden
Con igual desembarazo.
  Bien pronto la confianza
Se adquiere por ambos lados,
Que todos parecen unos,
Y al contemplar aquel cuadro,
Dijérase que son todos
No enemigos sino hermanos.
  No ruge encendiendo enojos
De la guerra el soplo airado,
En aquellos corazones
Que otras veces palpitaron
Con sed de sangre y venganza
Sobre aquellos mismos campos.

El imperial está amable.
Está festivo el chinaco,
Cruzan las conversaciones
Entre los que ayer cruzaron
Los temidos proyectiles
La victoria disputando,
Y hasta se acercan contentos
Y se agrupan confiados,
Guardianes y prisioneros
Y belgas y mejicanos.

III

De pronto un clarín resuena,
« Atención » es lo que toca,
Repiten otros clarines
Las mismas vibrantes notas,
Y como inmenso hormiguero
Míranse las blusas rojas,
Los severos uniformes
De oficialidad lujosa,
Confundidos y revueltos
Como en agitadas olas
Que corren buscando el cauce
En medio de abruptas rocas.
Después de pocos momentos
En batalla silenciosa,

Como esperando el combate
Ambas fracciones se forman.
  Los prisioneros al frente,
Que si en su rostro se nota
Expresión de regocijo,
De sus labios no desborda
Ni una risa que interrumpa
La solemne ceremonia.
  Salen *Bocarmé* y *Linarts*
Entre las filas vistosas,
Y el jefe republicano
Proclama con voz sonora,
Que va á celebrarse el canje
Ya convenido en sus notas
Entre el mariscal de Francia,
Bazaine, que en Méjico mora,
Y Riva Palacio, el jefe
De los soldados que forman
El Ejército del Centro,
Que en aquella misma hora
Queden libres y á su campo
Puedan volver sin zozobra,
Los que en guerra prisioneros
Se hicieron por ambas tropas.
  Y en vista de tal tratado
Se declara que recobran
La libertad absoluta
Sin condición ni deshonra.
  No bien terminó Linarte

De hablar, cuando se desborda
El júbilo estrepitoso
En unas gentes y en otras.
  Los antes presos, se lanzan
Con efusión ciega y loca;
Los que van y los que vienen
Se abrazan, gritan y gozan;
Los destrozados vestidos
Agenas lágrimas mojan;
Los kepís tiran al aire,
Cantan, aplauden, sollozan,
Y todos con un acento,
Y con voz atronadora,
Lanzan vivas entusiastas
Á Méjico y al que logra
Libertarlos de la muerte
Y al lograrlo se coloca
Á la altura de los héroes
Más grandes de nuestra historia.
¡Que viva Riva Palacio!
Repiten todas las bocas;
¡Que viva Méjico! gritan
Con entusiasmo las tropas,
Y belgas y mejicanos
En la expansión más hermosa,
Se abrazan y se confunden
Y hermanos son en tal hora,
Sobre aquellos mismos campos
Que baña el sol de la Gloria.

IV

Muchas veces en el mundo,
Centro de horribles batallas.
Por ley injusta y adversa
Todas sus pompas la fama,
Se las niega al que perdona
Y se las presta al que mata;
Pero al correr de los siglos
La historia imparcial aclara
Cuáles actos enaltecen
Y cuáles hechos rebajan.
La gloria que tiene sangre
Queda con sangre manchada,
Y no así la que redime,
La que perdona y que salva,
Para el noble combatiente
En la tierra michoacana,
Hermosos y verdes lauros
La Posteridad le guarda :
¡ Lauros que arrancó á la gloria
Con la pluma y con la espada !
En el cielo de su vida
Todas las nubes son blancas,
Su amor en la paz fué el libro,

En la guerra la montaña,
En el poder la justicia,
La honra en su hogar en calma,
Y en todos sus pensamientos
La grandeza de la Patria!

MAXIMILIANO

Á MI MUY QUERIDO PRIMO CARLOS ADAME

I

Maximiliano de Hapsburgo
Rige el Lombardo-Venetto,
Porque Austria impone á la Italia
Sus hombres en el gobierno.
Es gallardo el archiduque,
Joven y de gran talento,
Avezado á las borrascas
Del mar, que por mucho tiempo
Cruzó en todas direcciones
Visitando extraños pueblos.
Tiene los ojos azules,
Tan azules como el cielo,
Y es tan rubio que semejan
Rayos de sol sus cabellos.

Fina y espesa la barba
Se la parte por enmedio
Y le baja hasta los hombros
Libre dejándole el pecho.
Vástago de Carlos Quinto
Y agnado á su trono excelso,
Siempre lleva el toisón de oro
Ornando el erguido cuello,
Es con las damas galante
Y dadivoso en extremo,
Con sus iguales altivo
Y con los súbditos tierno;
Adora las bellas artes,
Y como amigos discretos
Le acompañan sabios libros,
Cuadros de grandes maestros
Y estatuas en que palpita
El alma del gusto griego.
Y cumplido y caballero,
Y juntos en su semblante
Brillan conquistando afecto,
La juventud, la nobleza
La majestad y el ingenio.

II

En una tarde de mayo
Tranquilos el mar y el cielo.

Maximiliano va solo
En sus jardines amenos,
Cruzando por las callejas
De castaños y de almendros.
Lleva la cabeza baja
Absorto en mil pensamientos,
Y está su rostro tan pálido
Que se le creyera enfermo;
No ha recibido á ninguno
De los hombres del gobierno,
Ni ha de sus íntimas cartas
Los blancos sobres abierto.
Halla de pronto á su paso
Sentado en el césped fresco,
Sobre un banquillo de mimbres
Junto al tronco de un abeto,
Á un hombre de blanca barba
Y escaso y cano cabello,
Vestido con traje humilde
Pero limpio, alegre y nuevo.
Sonríe Maximiliano
Gustoso de tal encuentro,
Y brillan sus claros ojos
Con honda expresión de afecto.
— Señor, le dice el anciano
Con muy natural respeto;
¿Vuestra Alteza viene triste?
— Tienes razón; triste vengo.
— Lo sé, que os conozco tanto

Como el que más.
— Bien lo creo,
No en vano mi augusta madre
Te nombró mi camarero
Siendo yo niño.
— Teníais
Seis años ni más ni menos,
Y desde entonces, por nada,
Ni del mar en los riesgos,
Ni de la corte en las fiestas,
Ni estando en extraño suelo
Os he dejado, ni es fácil
Que os deje, señor; os quiero
Hasta donde más alcanza
Querer un honrado pecho.
— Me ves muy triste...
— Os lo he dicho.
— Pues rie de lo que pienso.
— ¿Reír?
— Son cosas de risa.
— Todo en vos es de respeto.
— Óyeme y no me hagas caso.
— Señor, siempre os obedezco...
— Entre mil supersticiones
Una ridícula tengo...
¿No ves en estos jardines,
En el Palacio, en el templo,
En lás salas de tertulia,
En el salón del Consejo,

En los anchos corredores,
En todo, en fin, lo que tengo
Á mi alrededor, no encuentras
Emes de mármol, de hierro,
De alabastro, de madera,
De granito?...
— Lo comprendo,
Es cifra de vuestro nombre,
Y cuanto miráis es vuestro,
Natural es que esté en todo.
— Es natural, pero pienso
Que tal letra es mi sentencia.
— Hablad, señor, no comprendo.
— Ni habrás de entenderme nunca.
¡Es un fatalismo necio!
Las *emes* me aterrorizan,
Sábelo, me causan miedo,
Y han de estar en todas partes
Mi espíritu entristeciendo.
¡Moriré entre muchas *emes!*
— Perdón, señor, que no acierto
En qué podáis cuerdamente
Fundaros...
— ¡Presentimiento!
Sábelo y ríe, porque risa
Provocan y no respeto
Las vanas supersticiones
Cual ésta que te refiero...
¡Moriré entre muchas *emes!*

Tú lo verás...
                    Bajó el viejo
Los ojos y hondo suspiro
Dejó escapar de su pecho,
Y siguió Maximiliano
Esa frase repitiendo
Por las alegres callejas
De castaños y de almendros.
Lleva inclinada la rente.
Pálido está como enfermo,
Y están húmedos sus ojos
Tan azules como el cielo.

III

Pasáronse mucnos anos,
Y una manana de nvierno
Llegó en una barca inglesa
Á Miramar un viajero.
El mar estaba agitado,
Estaba plomizo el cielo,
Menudos copos de nieve
Bajando en alas del viento
Posábanse en las cornisas,
En las torres, en los hierros,
En las gallardas almenas

Y en el rico pavimento
Del legendario castillo
Tan triste desde hace tiempo.
Pidió que le permitieran
El visitarlo por dentro,
Y acompañóle galante
Un hombre afable y discreto,
Blanca y poblada la barba,
Escaso y cano el cabello.
— ¿Vivís aquí desde cuándo?
Interrogóle el viajero.
— Vivo aquí... pero no vivo,
Que yo, señor, soy un muerto;
Me tienen aquí enterrado
Entre lágrimas y duelo,
Desde que por negra suerte
Mi noble señor no ha vuelto.
Su santa y augusta madre
Me nombró su camarero
Desde que cumplió en la vida
Seis años ni más ni menos.
Le acompañé á todas partes,
Me quiso con hondo afecto,
Y una vez en sus jardines,
Allá en Lombardo-Venetto...
Me dijo... Mas perdonadme
Que calle un rato, no puedo...
Las lágrimas me enmudecen...
Y de los ojos del viejo

Rodaron dos grandes gotas
Iguales á las que el viento
Arranca por las mañanas
En el rigor del invierno,
De los vetustos sabinos,
Coronados por el heno.
Habló después, refirióle
La historia del jardín regio,
Y así agregó conmovido
Al hablar estando trémulo :
— No eran supersticiones;
Lo que me dijo era cierto ;
Ha muerto entre muchas *emes*.
Fué de Miramar á Méjico,
Imperio de Moctezuma,
Que lo conquistó un guerrero
Á quien llamaron Malinche
Los indígenas del suelo.
Dos Mariscales de Francia
Le engañaran y vendieron;
Á Querétaro marchóse
Reemplazándole en su puesto
Márquez, que según me dicen
Le olvidó en el mayor riesgo.
Jefe de los sitiadores
Era Mariano Escobedo,
Y cuando cayó la plaza,
De Miguel López dijeron
No sé que cosas extrañas

Que á darles fe no me atrevo.
Cayó con sus generales
En mayo, y al poco tiempo
Le fusilaron á Méndez
Que le tuvo tanto afecto...
Llamóse Manuel Azpíroz
El fiscal de su consejo,
Riva Palacio Mariano
Fué á la plaza á defenderlo
Con Martínez de la Torre,
Abogados muy expertos.
Con Miramón y Mejía
Fué á morir mi noble dueño,
Montemayor se llamaba
Y bien su nombre recuerdo
El capitán que á su lado
Hizo la señal de fuego,
Y era un Mejía el Ministro
De Juárez, que en el gobierno
Firmó la fatal sentencia
Que me tiene en tanto duelo.
Ha muerto el príncipe en martes;
Ya veis, señor, si era cierto
Lo que me dijo muy triste
Allá en Lombardo-Venetto...
¡Ha muerto entre muchas *emes*!
Y jamás olvidaremos
Que llamó cosas de risa
Á cosas de tanto duelo.

Después, sin decir palabra
El anciano y el viajero,
Siguieron ambos del brazo
Por los salones desiertos
Del legendario Castillo,
Tan solo desde hace tiempo.

LA PIERNA DE SU ALTEZA

La frente llena de arrugas
Y la cabeza de canas,
Extinguido en las pupilas
El brillo de la mirada,
Enfermo, abatido, pobre,
Perdida su antigua fama
Después de largo destierro
Y de infinitas desgracias,
Á Méjico sin honores
Volvió el general Santa-Ana.
Todo lo mudan los tiempos,
Los hombres todo lo cambian
Y lo que eterno parece
Es lo que rápido pasa.
Aquel soldado animoso
Que frente al poder de Iguala
Levantóse tremolando
La enseña republicana;
Aquel guerrero indomable

Á quien la nación premiaba
Cuando derrotó en Tampico
Á los soldados de España;
Aquel adalid temible
Que en Veracruz humillara
Á Joinville y sus soldados
Dando una lección á Francia;
Aquel león altanero
Vencedor en cien batallas
Que gastó lujos y pompas
De poderoso monarca,
Que como á rey le veían
Y « Su Alteza » le llamaban
Y era un sol en el gobierno,
En la historia y en la fama;
Que siempre pisó laureles
Y oyó aplausos y dianas
Porque tuvo entre sus manos
Los destinos de la patria,
Después de vivir proscrito
En una isla solitaria
Viendo transcurrir los años
Con decepciones amargas,
Recibiendo en vez de honores
Ingratitudes humanas,
Pidió volver á esta tierra,
Vivir en su antigua casa
Y dormir su postrer sueño
Sobre tierra mejicana;

Á la sazón Presidente
Era Lerdo de Tejada
Y pronto otorgó el permiso
Que el héroe solicitaba.
No del Nacional Palacio
En las opulentas salas
Sino en una casa humilde
De la calle de Vergara,
El vencedor de Tampico
De esta manera les habla
Á dos antiguos amigos
Que en su olvido le acompañan:
— Asaltaron los franceses
La tierra veracruzana,
Yo recibí la noticia
Medio dormido en mi cama
Porque llegaron de noche
Y sin producir alarma.
Cogí rápido mi ropa,
Me lanzo para la plaza,
Y encuentro á dos oficiales
Que de muerte me amenazan
Preguntándome rabiosos:
¿En dónde duerme Santa-Ana?
Está arriba les respondo;
Me dejan la puerta franca
Y mientras suben y encuentran
Á Arista que allí quedaba,
Me dirijo á los cuarteles,

Digo á todos lo que pasa
Y ya con mis tropas listas
Doy principio á la batalla.
Caro me costó aquel triuno
Pues me arrebató una bala,
Con peligro de la vida,
Esta pierna que me falta.
Premiáronme esa victoria
Dando como tumba santa
Á los restos de esta pierna,
Noblemente mutilada,
Un monumento que estuvo
Mucho tiempo en Santa Paula;
Mas como todo se olvida
Y todo en el mundo pasa,
Cuando en desgracia me vieron
Los que un tiempo me adoraran,
Aprovechando el desorden
De la primera asonada,
Azuzaron á la plebe
Que lo más santo profana,
Y que se mueve al impulso
De quien la adula ó la paga,
Y derribó el monumento
Y arrastró ciega de rabia
Mis huesos, gritando, « muera
El zancarrón de Santa-Ana. »
Ya veis, señores, que el mundo
Así premia las hazañas.

No voy completo á la tumba,
Pues la pierna que me falta
Yacerá en un basurero
De mil modos profanada,
Cuando hace ya tantos años
Que la perdí por la patria. —
  Al punto que aquel anciano
Dijo triste estas palabras
Nueva visita anuncióles
El toque de una campana.
Era un hombre pobre y rudo,
Cano el cabello y la barba,
El que en aquellos instantes
Los corredores pisaba.
Con uniforme de inválido
Y conduciendo una caja.
Logró que le permitieran
Penetrar hasta la sala,
Y al ver á su antiguo jefe,
Con ojos llenos de lágrimas
Dijo así, con un acento
Que penetraba hasta el alma :
  — Mi general, yo he servido
Con usted mucho á mi patria;
Fuí su asistente en Tampico
Cuando derrotó á Barradas,
Luego en Veracruz estuve,
Fuí á Palo Alto y la Resaca
Y herido en el brazo izquierdo

En la guerra americana.
Hoy ya inválido me tienen
Haciendo en el *Monte* guardia;
Cuando usted ya estaba ausente
Y fué su pierna arrastrada,
La recogí con cariño,
La fuí esconder á mi casa
Y esperando su regreso
La conservé en esta caja.
Ya llevo más de veinte años
De tenérsela guardada,
Queriendo en sus propias manos
Venir yo mismo á entregarla,
No por ganar recompensa,
Pues no quiero ni las gracias;
Yo sé bien lo que usted hizo
En defensa de la patria;
Y ningún viejo soldado
En las épocas pasadas,
Se avergüenza ni se olvida
De su general Santa-Ana.
Reciba usted estos huesos
Que profanó la chinaca
Y que su viejo asistente
Guardó cual reliquia santa.
Levantóse don Antonio
Y en sus ojos sin mirada
Brillaron con luz muy viva
No las pupilas, las lágrimas,

Y con voz trémula y ronca
Comprimida en la garganta:
— Ven á mis brazcs le dijo,
Nada soy, ni valgo nada.
No te voy á dar dinero
Ni voy á ceñirte banda,
Pero de tu acción en premio,
En vez de cruz ó medalla,
Quiere poner en tu frente
Su último beso Santa-Ana,
Que sólo así premiar puede
Á la lealtad la desgracia. —
Y cuentan los que lo vieron
Que aquella escena sagrada
Fué un bálsamo que dió vida,
Fortaleza y esperanza,
Al creador de la República,
Al noble hijo de Jalapa,
Á quien sorprendió la muerte
Pobre sin pompas ni galas,
Y hoy el Tepeyac lo abriga
En una tumba olvidada,
Frente á la cual, los testigos
De antiguos hechos exclaman:
Todo lo mudan los tiempos,
Los hombres todo lo cambian,
Y lo que eterno parece,
Es lo que rápido pasa.

NI EL NOMBRE NI EL OFICIO (1)

Cuentan crónicas añejas
En nuestro tiempo olvidadas,
Que allá en un pueblo escondido
De la sierra queretana
Vivió un español anciano
Cuyos años delataban
En la frente las arrugas
Y en la cabeza las canas.
Era de carnes enjuto,
De penetrante mirada,
De generosas acciones
Y de muy pocas palabras.

(1) El argumento de este romance corría de boca en boca hace algunos años. — No hace fe histórica, pero hay quien asegure su veracidad y entre ellos habló conmigo un ayudante del general Mejía, el coronel Tinajero, quien me dijo que conoció y trató á don Darío Bissarda y supo por confidencias de Mejía quién había sido ese personaje y que rango ocupó antes de radicarse en la Sierra. — J de D. P.

Incansable en el trabajo,
Madrugaba con el alba
Y era en el vestir humilde
Y en discreción una estatua.
Por apodo « el ermitaño »
En la sierra le llamaban
Y era su oficio el comercio
De semillas y de mantas.
Eran su sola familia
Los criados de su casa
Y sólo por el acento
Revelaba ser de España,
Que nunca dijo su origen
Ni á nadie habló de su patria.
Tuvo un amigo, uno solo
Á quien, cual hijo trataba
Siendo diferente en años,
En ejercicio y en raza
Pues era un soldado joven
De tez cobriza y tostada,
Indígena de la sierra
Y tan dado á las batallas
Que del año algunos meses
Pasaba siempre en campaña.
El anciano comerciante
Llamóse *Darío Bissarda*
Y el joven *Tomás Mejía*
Que bien conoce la Fama.
Cuentan que al entrar la noche

Los dos amigos hablaban
De las cosas de la guerra,
De la estrategia y la táctica.
El joven indio atendia
Del anciano las palabras
Y escuchándolo sumiso
Fijaba en él sus miradas
Como diciendo « este viejo
Sabe manejar las armas ».
En cada vez que aquel joven
Iba á salir á campaña,
Sus más recatados planes
Al anciano revelaba.
Y triunfante ó derrotado,
En fortuna ó en desgracia
Era el primero á quien siempre
Á su regreso buscaba.
Por fin enfermóse el viejo,
Y escribió desde su cama
Á su cariñoso amigo
Para encomiendas sagradas.
Don Tomás estaba ausente
Pero al recibir la carta,
Buscó su mejor caballo,
Cruzó llanos y montañas
Y pronto estuvo en el sitio
Á do le llamó Bissarda.
Éste con la voz muy débil
Le dijo en pocas palabras,

« Ochenta años he cumplido,
Es tiempo de que me vaya
Y aquí sobre el lecho espero
El tercer toque de marcha.
En este pliego cerrado
Que usted abrirá mañana
Están mis disposiciones
Últimas, testamentarias;
Sólo á usted, joven amigo
Le doy la misión sagrada,
De cumplirlas en la tierra
Y pedir á Dios por mi ánima. »

Murió el anciano esa tarde
Y fué su muerte llorada
Por los humildes y rudos
Hijos de aquellas montañas.
Abrió don Tomás Mejía
El pliego que le entregara
Y cuentan los que lo saben
Que se encontró estas palabras:
« Yo, que he tenido en la Sierra
Por nombre *Dario Bissarda;*
Con más de cuatro mil hombres
Arribé á la Nueva España
El año de veintinueve
Á rendirla con mis armas.
Derrotáronme en Tampico
Mier y Terán y Santa Ana,

Les entregué mis banderas
Que jamás tuvieron mancha
Y regresé con mis tropas
Desarmadas á la Habana.
Al regresar á mi tierra
Donde me formaron causa,
Calificaron de crimen
Lo que sólo fué desgracia,
Y ofendido de tal juicio
Dejé para siempre España,
Y á vivir vine ignorado
Sin nombre, pompas ni galas,
En los escondidos pueblos
Que escudan estas montañas.
» Ruego á don Tomás Mejía,
Mi amigo de más confianza,
Dé cuanto tengo á los pobres
Y á Dios encomiende mi ánima.
Ni mi oficio es comerciante,
Ni me apellido Bissarda;
Fuí brigadier y mi nombre
Ha sido « Isidro Barradas ».

EL CENTINELA

Á MI AMIGO EL GENERAL CARLOS FUERO

Como ángulo de acero
Que inflexible va estrechando,
Á cada instante los muros
Del recinto queretano,
En donde el último esfuerzo
Con valor desesperado,
Los defensores del trono
Hacen en el mes de mayo;
Tal se ven los batallones
Que sin abrigo en el campo,
En ruda y tenaz vigilia
Están la ciudad sitiando.
En Queretaro es el Jefe
Supremo, Maximiliano,
Que más que trono y corona
Defiende allí sin descanso,

Su fama que ve muy limpia,
Su nombre que ve muy alto.
  Le acompañan en la lucha
Los que son más esforzados
De todos los generales
En saber, arrojo y rango.
  Allí Miramón y Méndez,
Como buenos han luchado;
Allí Castillo y Mejía
Que tienen fama de bravos,
Sin desmentir esa fama
Ayudan al soberano.
  Cada oficial, cada jefe
Y cada humilde soldado,
Se baten como acostumbran
Batirse los mejicanos,
Sin medir nunca el peligro
Y con la risa en los labios.
  Pero enemigo tan fuerte
Exige fuerte adversario,
Y atrevidos sitiadores
Á tan valientes sitiados.

II

El general Escobedo
Es de los republicanos
El primer jefe y le siguen :
Corona, que tiene el mando
De las tropas de occidente;
Treviño y con el Naranjo
Con las del Norte que llegan
Desde la margen del Bravo;
Con las del Centro y Guerrero
Que manda Riva Palacio
Vienen Jiménez y Vélez;
La reserva queda á cargo
De Rocha, que presuroso
Y oportuno, acude al campo
En donde el fiero combate
Se desata encarnizado.
Manda la caballería
Guadarrama, con los bravos
Martínez Pedro y Juan Doria
Que en la acción del Cimatario
Cargó con tan fiero arrojo
Que dió asombro á los contrarios.

III

Una tarde y á la hora
En que estaban relevando
El servicio entre la tropa
Del cuartel republicano,
Y era de San Luis el sexto
Batallón, que estaba al mando
De Carlos Fuero y se hallaba
En San Sebastián formado,
Un proyectil enemigo,
Curva invisible trazando,
Á los pies del centinela
Llega y moviéndose en raudo
Y espantoso torbellino,
Estalla, sin que el soldado
Ni muestre en la faz asombro,
Ni sienta en el pecho espanto.
Vuelan sembrando la muerte
Los fragmentos inflamados
Del bronce, entre nubes densas
De polvo y humo, y del brazo
Del centinela arrebatan
El fusil despedazado.
Al disiparse la nube,
En su puesto, sin que un paso

Atrás ni adelante diera,
Sin una señal de pasmo,
El centinela aparece
Que grita : — ¡Cabo de cuarto!
— ¿Qué ocurre? se le pregunta;
Y agrega : — ¡Estoy desarmado!
Otro fusil se le entrega,
Lo recibe y muy ufano
Sigue tranquilo en su puesto
Sin hacer á nadie caso.

IV

El nombre de aquel valiente
La fama llevó en su canto
Y habló de *Damián Carmona*
Á los hijos del Estado
De San Luis, á quienes hizo
Este sencillo relato :
« Nació Carmona en el pueblo
De Mexquitic y premiaron
Con un ascenso su arrojo
Aquella tarde en el campo.
Ciñeron los potosinos
Su frente con verde lauro
Y guardan como reliquia

Su fusil hecho pedazos (1).
» La suerte premiarlo quiso,
Fin á su existencia dando
Entre el fragor de un combate
Y á la luz del sol de mayo. »
El pueblo en Damián Carmona
Verá un ejemplo preclaro
De que, para entrar al templo
De la Fama, es necesario,
No el timbre de la nobleza
Ni de la opulencia el fausto,
Sino el corazón ardiendo
En un patriotismo santo
Que haga despreciar la muerte
Y ofrecer en holocausto,
Del deber ante las aras
Lo más amante y amado,
Que así no se necesita
Para vencer á los años,
Ni estatua tallada en bronce
Ni templo erigido en mármol.

(1) El fusil de Carmona, destrozado por el proyectil, se conserva en el salón de sesiones del congreso de San Luis Potosí.

Á LOS ALUMNOS

DEL COLEGIO MILITAR

Torno á venir de nuevo entre vosotros,
Á levantar mi voz y á saludaros
En medio de estos viejos ahuehuetes
Que al aire entregan su cabello cano.
En este bosque que eligió por trono
La majestad del tiempo y de altar sacro
Guarda el castillo cuyos fuertes muros
Están de heroica sangre salpicados;
Aquí, donde palpitan los recuerdos
De aztecas reyes y de heroicos años,
Torno de nuevo á veros y mi lira
Vuelve á vibrar de amor y de entusiasmo.

¡Hijos del porvenir! ¡La Patria os pone
Con maternal amor el arma al brazo,
Para que siempre defendáis sus fueros
Sin provocar ni herir á los hermanos!

Más que el arma homicida, guarda el libro
De la victoria el talismán sagrado,
Que no hay arma que alcance cual la ciencia
Á la región ignota de los astros
Y allí siga su marcha, los explore
Y les mida en sus órbitas el paso.

Ninguno alcanzará triunfo más grande
Que el del guerrero valeroso y sabio,
Que el talento es el arma de este siglo
Para alcanzar inmarcesibles lauros.

La fuerza debe de escudar al débil,
Siempre defiende el hijo al padre amado
Y el cielo en que meciόse nuestra cuna
Velar se debe con el arma al brazo.

Por ley eterna, en afrentosa lucha
Vivirán y han vivido los humanos
Y hay que esperar en el violento ataque
Salvar de todo intento el suelo patrio.

El libro es astro, pero el arma es fuego,
Mientras el uno nos alumbra el campo,
El arma en semidiós convierte al hombre
Que puede altivo fulminar el rayo.

Si tan sólo á gozar se entrega Atenas
La vencerá en su empuje el espartano,
Y si sólo á gozar se entrega Roma
Atila la hollará con su caballo.

Jamás es tiempo de rendirse al sueño,
Que siempre el enemigo está velando

Y cual nueva Judith llega á la tienda
Cuando ninguno le detiene el paso.
Hoy la Patria está en paz, su limpio nombre
Respetan y consagran los extraños,
Pero en el viaje por el mar del mundo,
En este mar tan hondo y tan amargo,
Hay que fijarse hasta en la blanca nube
No engendre tempestad y brote rayos;
Y hay que velar el suelo en que nacimos
Con fe en el alma y con el arma al brazo.

¡Hijos del porvenir! ya en otros tiempos
Brillaron en valor vuestros hermanos,
Guarda sus nombres con amor la historia
Y la fama les da brillantes lauros.
En este mismo bosque, ellos supieron
Combatir sin temor y sin descanso;
Suárez, Melgar, Barrera, Montes de Oca,
Escutia, Márquez... ellos demostraron
Que en las horas de lucha, en los instantes
De combatir sin tregua á los extraños,
« Muere el Colegio, pero no se rinde »
Que así la muerte es triunfo sacrosanto.

Seguid tan noble y tan hermoso ejemplo
Los que gozosos recogéis ufanos
El premio que alcanzasteis en la lucha
Serena del estudio y del trabajo.

Arde como en un templo en vuestras almas
La fe que alienta los primeros años,
Y en esa hermosa edad todo se mira
Como un amanecer radiante y claro.
El tiempo correrá, vendrá la tarde,
Con ella la tristeza y el cansancio
Y los arbustos, hoy de verdes hojas
Serán cual éstos árboles sagrados
Vigorosos y erguidos, manteniendo
Fresca la savia y el cabello cano.

Recordaréis entonces con ternura
La majestad solemne de estos actos,
La diana que os despierta cuando el sueño
Es el más dulce sobre el lecho blando;
Las largas horas que en helada noche
Sufriendo el cierzo y con el arma al brazo,
Pasáis de centinelas y os parece
Que dura un siglo inmenso cada cuarto.
Recordaréis las cátedras severas
Tan animadas al nacer el año,
Las ansias del examen, la victoria
Del más inteligente y del más apto
Recordaréis al predilecto amigo
Que os quiso en el colegio como hermano,
Y que más tarde le abatió la suerte,
Ó murió en la campaña á vuestro lado.
Y si tenéis hogar y tenéis hijos,
Ellos escucharán de vuestros labios,

Las dulces aventuras de esta vida
En que sois estudiantes y soldados.
Les pintaréis la augusta ceremonia
En que llenos de gozo y de entusiasmo,
Mirabais al que hoy rige con acierto
El destino inmortal del suelo patrio,
Grande en la guerra y en la paz más grande
Daros un premio con sus propias manos.
Y si entonces tornáis al viejo bosque
Y miráis estos árboles sagrados
Y las blancas paredes del castillo
Que está de heroica sangre salpicado,
Sentiréis que humedece vuestros ojos
El más dulce y hermoso de los llantos,
Y que renace en vuestros nobles pechos
La viva fe de los primeros años,
Y sentiréis á solas, satisfechos,
Hondo amor á los tiempos ya pasados,
Orgullo de haber sido del Colegio
¡Y orgullo de llamaros mejicanos!

1°. de diciembre de 1889.

LA CORTE MARCIAL

Á MI QUERIDO AMIGO MACARIO RIVERO

I

Ancho sombrero tejido
Con tule de nuestros lagos,
Al que adornan dos pequeñas
Hachas de plata en los lados.
Al cuello suelta corbata
Roja y tejida de gancho;
Tejida según se sabe
Por dos diminutas manos,
Que juntas semejan lirios
Y sueltas parecen ampos.
Amplia blusa también roja
Con grandes botones blancos;
Calzonera de velludo

Y ceñidor de burato.
Frente por el sol tostada,
Grandes los ojos y pardos;
La barba escasa y oscura,
Pelo abundoso y castaño;
Ágil en sus movimientos;
Carácter resuelto y franco,
Y diestro como ninguno
En manejar el caballo;
Durmiendo igual en las rocas
Que en lecho mullido y blando,
Y sin resentir los rudos
Embates del tiempo vario;
Decidor con las mujeres,
Afable con los soldados,
Provocativo y terrible
Con los del opuesto bando,
Y fuerte y ágil teniendo
La edad viril de treinta años
De los cuales más de nueve
Á la patria ha consagrado:
Tal es Benito Ramírez,
Nata y flor de los chinacos,
Honra y prez de los jinetes,
De los valientes ornato,
Capitán de exploradores
De un cuerpo republicano.
  Siempre con buena fortuna
En los lances que ha trabado,

De no salir victorioso
Escapó por un milagro.
Nunca sorprenderle pudo
El enemigo en su campo,
Pues llevaba como regla
Invariable del soldado,
Que en la guerra ha de dormirse
Cual las liebres, conservando
Siempre los ojos abiertos
Por lo que viniere al caso.
Pero á pesar de esta regla
La suerte en su giro vago,
Las horas dèl infortunio
Sobre el guerrillero trajo,
Y una tarde en un combate
Y por su arrojo llevado,
Entre huestes enemigas
Tanto adelantó su paso,
Que al fin cayó prisionero
Cuando murió su caballo
Y á la ciudad de Morelia
Entre filas le llevaron.

II

En una desnuda sala
De las muchas de Palacio,

Se instalan con gran premura
Y con lúgubre aparato,
Los oficiales que forman
Un tribunal que da espanto.
  La *corte marcial* se llama,
Su solo nombre da pasmo,
Que de sangrienta y terrible
Tan grande fama ha alcanzado,
Que á cuantos juzga sentencia
Sin remisión al cadalso.
  Ni allí la inocencia vale,
Ni se cuenta un solo caso
De que saliera con vida
Hombre que cayó en sus manos.
  Los trámites y defensas,
Peticiones y alegatos,
Son fórmulas que no engañan
Ni á los mismos acusados,
  Pocas horas son bastantes
Para preparar el fallo
Y fallo y muerte es lo mismo
En los terribles estrados,
¡Que á la sentencia se sigue
La ejecución en el acto!
  A tribunal tan sangriento
El capitán fué llevado.
Era una mañana alegre
Del alegre mes de mayo.
  El cielo estaba en Morelia

Limpio, azul, brillante y diáfano.
Llegó Ramírez en medio
De dos filas de zuavos,
Tan altivo y tán airoso
Que interesaba mirarlo;
Clavó los soberbios ojos
En los jueces con descaro,
Ocupó, cuál todo reo,
El tosco, incómodo banco,
Cruzó la pierna altanero,
Dejó el sombrero calado
Y una irónica sonrisa
Escapóse de sus labios.
Después de breves instantes
Se dió comienzo al sumario,
Que copio letra por letra
Tal como existe en los autos:
— ¿Confiesas que perteneces
Al cuartel republicano?

. . . .

Siguióse un largo silencio,
Y los jueces agregaron:
— ¿Confiesas que muchas veces
Has podido, disfrazado,
Explorar el campamento
Del cuerpo expedicionario?
¿Confiesas que has perseguido
Sin dar tregua ni descanso
Á las tropas del Imperio

Que están Michoacán guardando?
¿Confiesas que á ti se deben
Mil asonadas y escándalos,
Que sirves á los bandidos
En la montaña acampados,
Que al que coges no perdonas,
Ni mides virtud ni rango,
Pues por servir al Imperio
Ya lo declaras malvado? —
  Á cada nueva pregunta
Ramírez en aquel banco
Tomaba actitud distinta
De indiferente descaro;
Pero al fin le hicieron tantas
Y en ellas dijeron tantos
Insultos, que en ira ardiendo
De callar cansóse al cabo,
Y así dijo, con palabras
Que tronaban como rayos:
— ¿Para qué perder el tiempo
Y estarme aquí preguntando,
Cuando el francés me ha cogido
Con las armas en la mano?
Cuando saben que soy libre
Y que siempre fuí chinaco,
Y no doy cuartel ni pido
Que me lo den los contrarios.
  Si ya está la sepultura
Mi cadáver esperando,

¿Para qué tantas preguntas
Ni tenerme en este banco?
Yo ya sé cuál es mi suerte,
Ni me importa ni hago caso,
Me matan de puro miedo,
Mas me llevo al otro lado
El gusto de haberlos visto
Correr como perros galgos.
Así pues, pocas palabras
Y que me lleven abajo,
Ya verán cómo se mueren
Los buenos republicanos
Y eso tengo que enseñarles:
No pregunten más y vámonos.
Solamente les advierto
Que muchos hay en mi campo,
Que seguirán dando guerra,
Mejores que yo, más bravos
Y que ni les hago falta
Ni ustedes les dan abasto. —
Alzóse luego Ramírez
Seguido de los soldados;
Á poco tiempo se oyeron
Unos tiros en el patio
Y un nuevo nombre la historia
Pudo escribir en sus fastos.

XOCHIAPULCO

AL GENERAL DON JUAN N. MÉNDEZ

—

I

¿Por qué tan precipitado,
Se escucha el toque de alarma,
En los humildes cuarteles
De un pueblo de la montaña?
¿Por qué llegan tan veloces
Dejando sus pobres casas,
Los hijos de Xochiapulco,
Adonde fiero les llama,
Con sus marciales acentos
El clarín de las batallas?
¿Por qué se pinta en los rostros,
Esa expresión soberana,
Que ilumina los semblantes

Con el fulgor de las almas;
Esa expresión, que en el mundo
El hombre á tener alcanza,
En los instantes supremos
En que, cuanto tiene y ama,
Ofrece como holocausto
En el altar de la Patria?
¿Por qué los antes tranquilos,
Hijos de aquella comarca,
Con tan marcial continente
Empuñan las duras armas?
¿Quién se atreve de la guerra
La bandera ensangrentada
Á clavar de aquellos montes
Sobre las cimas más altas?
¿Quién pretende en esas rocas
Adonde anidan las águilas,
Profanar los patrios lares
Llevando muerte y venganza?
  El invasor extranjero,
El que tras lenta campaña,
Hasta el mismo Xochiapulco
Tiende la pujante garra.
Con austriacos y franceses
El conde de Thun avanza;
Cuatro columnas caminan
Para combatir la plaza;
Son muchos los que se acercan
Y son pocos los que aguardan,

Mas si se cuentan los muchos
Los que son menos se bastan
Y su arrojo no alimenta
Ilusiones, ni esperanzas.
Por eso cuando resuelto
Al sacrificio, les llama
El general Juan Francisco,
Que á los cuatrocientos manda.
Y tiene como segundo
En tan terrible jornada
Al general Juan Bonilla
Que un espartano envidiara
Por su modestia, su arrojo,
Su saber y su constancia,
Acuden todos ligeros
Y tomando la palabra
Juan Francisco, con voz firme
De esta manera les habla :

II

— Tantos son los enemigos
Que sobre nosotros cargan,
En cuatro grandes columnas
Y todas de las tres armas,

Que imposible es que resista
La guarnición de la plaza.
Y aunque el deber nos impone
Y el patriotismo nos manda
Morir antes que rendirnos
Defendiendo nuestra causa,
Fuera sacrificio inútil
Presentar una batalla
Que dará triunfo seguro
Al enemigo que avanza,
Y no es valor ni prudencia
De un jefe, que siempre trata
De utilizar el arrojo
De gente tan denodada,
Lanzarlos en lucha estéril
Á una segura matanza.
Mas no quiero que tacharme
Pudieran tal vez mañana,
De que entrego al enemigo
La población desarmada.
Por eso, saber pretendo,
De todos la opinión franca.
— No nos consultes, responden
Más de cien voces, nos basta
Que tú mandes, y contentos
Obedecer tus palabras.
— Pues bien, dice Juan Francisco,
Antes que con torpe planta,
El invasor extranjero

Mancille aquí nuestras casas,
Y llegue á nuestros hogares
Á desceñirse la espada;
Supuesto que no podemos
En número y no en audacia
Competir con los que vienen
Y que han de tomar la plaza;
No busquemos muerte inútil:
Nos necesita la patria
Fuera de aquí, en nuestros bosques
Y en los montes y cañadas,
Aunque pocos, con astucia
Podremos tener ventaja
Y proseguir sin descanso
Hasta que triunfe la causa.
Pero el invasor no debe,
Encontrando puerta franca,
Llegar orgulloso al sitio
Que su presencia profana.
¡Soldados! ¡hoy en cenizas
Se conviertan nuestras casas,
Llegue el invasor al pueblo
Alumbrado por las llamas
Y contemple en Xochiapulco
La prueba patente y clara
De que no consienten yugo
Los hijos de la montaña! —

III

Aquel discurso escuchando
Los soldados, se entusiasman,
Á sus jefes vitorean
Y á la Libertad aclaman.
En esos instantes mismos
Se sabe que ya cercanas
Están las gruesas columnas
De la legión franco-austriaca.
Comienzan á verse entonces
Ligeras nubes que empañan
Sobre los frágiles techos
Al flotar grises y blancas
Desde el más grande edificio
Á la más pobre cabaña.
Se va el humo condensando
Y en mil lenguas desatadas
De fuego, puebla el incendio
Toda la extensa comarca.
Los soldados, las mujeres,
Los niños, nadie descansa
En la terrible tarea
De quemar sus propias casas;
Y cuando el fuego está en todo,

En revuelta caravana
Emigran los moradores :
Los ancianos á vanguardia
Y hombres, mujeres y niños,
En agrupación compacta,
Se ven del *Cuautecomaco*
Sobre la vistosa falda,
Semejando en el ascenso
Á las perseguidas águilas.
Después... después... ¡con orgullo
Miran surgir de las llamas
El humo, como el incienso
Que ofrecen ante las aras
Del más sagrado y augusto
Altar de la madre Patria!

IV

Aquel montón de cenizas
Leves, sutiles y blancas,
Que el viento arrastró en su giro,
Sembrándolo con sus alas
Como un bautismo de gloria
De *Tetela* á *Zacapoaxtla*,

Volvió á levantarse luego
Como el fénix de la Arabia,
Cuando la paz bienhechora
Le prestó su sombra grata.
  Pero queda en sus campiñas
Que el *Xochitonal* resguarda,
El recuerdo de sus hechos,
La alteza de sus hazañas,
Que los laureles no envidian
De Sagunto y de Numancia,
Y que en Méjico repite
Con noble orgullo la Fama.

HEROÍSMO MEJICANO (1)

Á MI AMIGO EL DOCTOR RAMÓN GUERRERO

Las armas republicanas
En Querétaro han vencido;
Presos con Maximiliano
Fueron soldados y adictos,
En la guerra sin fortuna
Y en el infortunio altivos.
El vástago de cien reyes
Perdió con pompas y títulos
La cabeza y la corona,
Que ante el honor son lo mismo.

(1) El hecho que motivó esta composición, lo tengo suficientemente comprobado con cartas de autorizadas personas que fueron testigos de lo narrado. Esas cartas y otras muchas, relativas á diversos actos cantados en igual forma, serán en su oportunidad las notas que agregaré á mi romancero de la « Guerra del Imperio ».

Han los antiguos conventos
En prisiones convertido,
Y jefes y subalternos
Ni tristes ni pensativos,
El fin de su causa esperan
Con los ánimos tranquilos.
Queda entre los generales
Uno anciano y aguerrido,
De la bandera triunfante,
Duro y tenaz enemigo,
Arrojado en la campaña,
Inteligente, instruído,
Incansable conspirando,
Siempre firme y siempre digno.
Está condenado á muerte,
Le han su sentencia leído,
Y después de que la escucha
No queda turbado y lívido,
Sino que amable y sereno
De su triste fin convicto,
Llama al jefe que custodia
La prisión do está cautivo (1)
Y con voz firme le dice:
— Coronel, yo necesito
Mi conciencia y mis negocios
De prisa arreglar hoy mismo;
Podéis para tal objeto
Llamar aquí, y os lo pido,

(1) El ex-convento de Capuchinas en Querétaro.

Un abogado y un cura
Para dejar todo listo. —
Era el coronel un joven
De antecedentes muy limpios;
Tan bravo como arrogante,
Tan discreto como altivo,
Vástago de ilustre jefe
En ruda campaña herido;
Lo conoció el prisionero
Años atrás, siendo niño,
Y allí, su acento escuchando
En aquel instante crítico,
Fija serenos sus ojos
En el general cautivo,
Y de esta suerte responde:
— Sin ser de vuestro partido
Os conozco y os respeto
Por pundonoroso y digno.
Yo venero en todas partes
Á los soldados antiguos,
Y si son de vuestro temple
En su palabra confío.
Sabéis que os han sentenciado
Á muerte; lo habéis oido,
Y necesitáis dos hombres
Para dejar todo listo.
No seré yo quien los llame;
Id á buscarlos vos mismo,
Y volved, que aquí os espero;

Libre estáis, yo lo permito. —
Quedó el prisionero atónito,
Y de sus ojos el brillo
Aumentóse con dos lágrimas
Brotadas de lo más íntimo.
Salió después, con asombro
De centinelas y esbirros.
Y cuantos salir le vieron
Murmuraron del permiso.
Pasáronse muchas horas,
Horas largas como siglos,
Y por fin con voz sonora,
El campanario vecino
Anunció la media noche :
— Ya no vuelve — alguno dijo,
Y el coronel respondióle :
— Volverá, que yo lo fío,
Y si no vuelve yo quedo
En su lugar, y es lo mismo. —
Á poco suenan tres golpes,
Tras ellos ressuena el grito
Del « ¿ Quién vive ? » al que contestan
« Yo, Severo del Castillo ».
Era el Jefe prisionero
Que siempre valiente y digno,
Esclavo de su palabra
Iba á esperar el patíbulo. (1)

(1) El general Severo del Castillo fué después indultado de la pena de muerte, y se le llevó preso á la fortaleza de Ulúa.

Estrechó la franca mano
Del coronel, conmovido,
Y retiróse á su celda
Ni consternado ni tímido.
¿Cuál de los dos es más grande?
¿Cuál de los dos? No lo digo;
Dígalo aquel que conozca,
Que rasgos como el que pinto,
Puede envidiarlos Esparta
Y otro Homero describirlos.
Vive el que joven entonces
Dió al prisionero permiso,
Aun le sirve á la bandera
Á que Juárez le dió brillo,
Y como entonces mantiene
Su modesto nombre limpio:
El general Carlos Fuero,
Honrado, valiente y digno.
No me culpéis, si viviendo
Tan altos hechos publico:
Es por gloria de esta tierra
Que adoro amante y rendido,
Es por gloria de las armas,
Que á la libertad dan brillo,
Y es por honrar á los muertos
Enalteciendo á los vivos.

LOS MÁRTIRES DE URUÁPAM

(21 de octubre de 1865)

Á MI EXCELENTE Y MUY QUERIDO AMIGO
MANUEL A. MERCADO

I

Hay un verjel escondido
En pintorescas montañas,
Que lo coronan las flores
Y lo acarician las auras;
Dando al collado en que cruz
Del Cupatitzio las aguas,
Aromosa y fresca sombra
Las retorcidas zirandas.
Del fragante chirimoyo
La nívea flor embalsama
Al viento que manso gime

En la hojas esmaltadas
De los cafetos que ostentan
Sus dulces frutos de grana.
  En alegres *callejones*
De doble y florida valla,
Se cruzan entretejiendo
Sus verdes flexibles ramas
Árboles de opuestos climas
Que dan frutas sazonadas.
  Y entre los bosques de flores,
Y como música grata,
Susurran los arroyuelos
Y murmuran las cascadas,
Y zumban los chupamirtos,
Alegres *sanates* cantan
Y se plañen las palomas
Y se duelen las calandrias.
  En las casitas ocultas
Entre la verde enramada,
Lucen las *guarís* hermosas
Su gentileza y su gracia.
  Su color envidia el trigo,
La mar sus dientes reclama,
Que son perlas escondidas
En un estuche de grana.
  Fulgura en su bello rostro
El fuego y la luz del alba,
Y su negra cabellera
Es la noche aprisionada

Sobre una morena frente
Con una cinta escarlata.
El sol desde el limpio cielo,
Templa su fuego y derrama
Calor, vida y regocijo
Sobre la hermosa comarca.
Todo es alegre y risueño,
La pradera dilatada,
La cordillera fragosa
Que en su torno se levanta,
El torrente que á lo lejos
Suelta la lluvia encantada
En que convierte sus ondas
La sonora catarata
Que á sus rocas debe el nombre
Popular de la *saráracua.*
Son los collados alegres
Y son alegres las casas
Que entre bosques de naranjos
Rojizos techos levantan.
Pródiga Naturaleza
Allí en todo se retrata,
Y no en vano le llamaron
De toda la Nueva España
El *paraíso escondido*
En la tierra michoacana:
No hay pincel que lo retrate;
Ese verjel es Uruápam.

II

Una tarde, los vecinos
De Uruápam, ven asombrados,
Á las tropas imperiales
Por el occidente entrando,
Y la noticia circula
De que fueron derrotados
En Amatlán los valientes
Guerreros republicanos.
Una sorpresa que el pueblo
No comprende, abrióle paso
Al ejército de Méndez
Hasta llegar sin obstáculo,
Sin encontrar resistencia
Al lugar donde alojados
Estaban los generales
Que allí tenían el mando.
Era Arteaga el primero,
Y Salazar que á su lado,
Fueron por el enemigo
Presos en el mismo campo.
En tan violenta sorpresa
Las tropas se dispersaron,
Mas un número crecido
De oficiales y soldados,
Heridos ó prisioneros
Hizo el enemigo bando.

Y se contaba en Uruápam
Que tras aquel descalabro,
Fué para los generales
El camino del Calvario,
El que entre cerradas filas
Á seguir les obligaron.
Era Salazar un hombre
De hercúlea talla, extremado
En las corporales fuerzas,
De carácter espartano;
Pronto al encenderse en ira
Y con los débiles manso;
Terrible para el combate,
Risueño para el estrado.
Arteaga corpulento,
No nervudo ni gallardo;
Con la cutis tersa y fina,
De color apiñonado;
Sobre la pequeña boca
El bigote negro y lacio;
Vivos y ardientes los ojos,
Sedoso el pelo castaño.
Una fiera en la batalla,
Siempre festivo en el trato,
Y de carnes muy obeso,
Perpetuas huellas llevando
En ambas piernas, de heridas
Que á sanar nunca llegaron.
Con gran pesadez camina,

Que andar le cuesta trabajo,
Y sufre agudos dolores
Con el trote del caballo.
 Mas si el clarín al combate
Le llama, fiero y osado,
Ni sus dolores recuerda
Ni es su obesidad obstáculo
Para arrostrar el peligro
Á los suyos animando,
Porque en tan graves momentos
Se siente regenerado.
 Con ellos, presos caminan,
Al general ayudando,
Villagómez y Villada
Y Díaz el de Paracho.
 Van en la azarosa senda
Serenos y resignados.
Arteaga apenas puede
Por sus heridas dar paso
Y es Villada quien le deja
El triste, endeble caballo
Que en prueba de gran estima
El enemigo le ha dado.
 Sube el General, mas luego
Sufre mayores trabajos;
La montura por estrecha
Da martirio y no descanso
Y el animal es tan débil
Que camina tropezando

Y junto con el jinete
Da en tierra entre los peñascos.
Se multiplican los golpes
Pero no abaten el ánimo
De aquel héroe que prosigue
Sin un reproche en sus labios
Por la trabajosa vía
Que le conduce al Calvario.
Ocupa su pensamiento
El triste recuerdo ingrato,
De que en aquella jornada
Quizá pudieran culparlo,
Porque, cuando en Uruápam
Se presentó el emisario,
Á decir que el enemigo
Había salido de Pátzcuaro;
En una junta de guerra
Sostuvo Riva Palacio
Que era oportuno el combate
Y era preciso librarlo.
Arteaga por desgracia
Tuvo parecer contrario,
Salazar pensó lo mismo
Y entonces quedó acordado
Entre los tres generales,
Que se retiraran ambos
Y que al instante saliendo
De Uruápam Riva Palacio
Marchase á atacar Morelia

Sin demora ni descanso.
Por eso va el prisionero
Pensativo, y anhelando
Villada, saber la causa
De aquel repentino cambio,
Al Jefe se la pregunta
Que le responde en el acto :
« La reflexión que me apena
Y me trae contrariado,
Es pensar en cuán distinta
Fuera la suerte, si acaso
Seguido hubiera el consejo
Que en Uruápam desechamos;
Ya tal vez hubiera muerto
Como merezco, en el campo,
No con tan grandes ultrajes
Para llevarme al cadalso. »
Y al decir esas palabras
En sus miradas brillaron
Por la cólera encendidos
Deslumbradores relámpagos.

III

Como si tranquilas horas
Del nuevo sol esperaran,

Ya sentenciados á muerte
Y en capilla, quietos pasan
Su tiempo los prisioneros
Díaz, Salazar, Arteaga,
González y Villagómez,
Que á la siguiente mañana
Van las tropas imperiales
Á pasarlos por las armas.
  La última noche de un reo
Que horribles crímenes paga
Y á patíbulo afrentoso
Lleva la justicia humana,
Está llena de terrores,
La velan negros fantasmas
Y parece que á la vida
Las víctimas inmoladas
Vuelven en aquellas horas
Que son como siglos, largas.
  Pero la postrera noche
Del que muere por la patria,
Es limpia cual la conciencia
Y serena como el alba.
  Ni acuden remordimientos,
Ni sofocan torpes ansias,
Huye el terror y una fuerza
Siente misteriosa el alma,
Que la eleva y la sostiene,
La diviniza y la ensancha.
  Por eso ven el cadalso

Como el solio que prepara
La Gloria á los que sucumben
Y el triunfo á los que batallan.
  Ninguno está amedrentado,
Todos en sentidas cartas,
Que escriben con mano firme
Y piensan con mente sana
Se despiden cariñosos
De los seres que más aman.
  Comienza á lucir el día,
Y el redoble de las cajas,
Les anuncia que ha llegado
El momento y que no tardan
Los jefes que han de llevarles
Á morir. — Está en la plaza
Formado el cuadro; los héroes
Recorren con la mirada
Á las tropas, y serenos,
Sin vacilar, sin que nada,
Temor revele en sus rostros
Ni turbación en sus almas,
Se colocan, vitorean
Con entusiasmo su causa;
Se yerguen mirando al cielo,
Escúchanse las descargas
Y de los frágiles cuerpos
Salen las gigantes almas,
Llevando de aquellas frentes
Por el plomo destrozadas,

Como postrer pensamiento
La libertad ó la patria.

IV

Uruápam, están tus calles,
Tus jardines y tus plazas,
De aquellos héroes augustos
Por la sangre consagradas.
Desde entonces los perfumes
Que de tus flores se exhalan
El susurro de tus brisas;
El murmurio de tus aguas,
El canto de tus palomas,
Y el rugir de tus cascadas,
Son el himno que la Gloria
En homenaje levanta
De los que dieron la vida
Del patriotismo en las aras,
Los árboles que flexibles
Les prestaron sombra grata,
Renovado han veinte veces
Sus túnicas de esmeralda,
Y viva está la memoria,
Viva, que el pueblo la guarda,
Del sublime apoteosis
De los mártires de Uruápam.

MONÓLOGOS

TIRAR LA LLAVE

Escrito para la inspirada actriz, Srta. Luisa Martínez Casado, como un testimonio del afecto que le profesa su sincero amigo.

El Autor

Persona : *CONSUELO, frente á un armario del que saca un cajón con varias prendas expresadas en el monólogo*

Abrí al fin este cajón
Que un año tuve cerrado
Y parece que he violado
La tumba del corazón.
Siento miedo, siento horror
Y toda la calma pierdo,
Cada prenda es un recuerdo,
Cada recuerdo un dolor.
Con este humilde collar
Me encontró la noche aquélla
Y le parecí tan bella
Que lo pude deslumbrar.

Lo comparó á un gran joyel
Que ricas piedras sustenta
Y me dió por cada cuenta
Una palabra de miel.
Esta rosa ya marchita
Que los años han deshecho,
Cuando la miró en mi pecho
Le pareció muy bonita;
Rendido me la pidió,
Cautivada se la dí...
¡Esta rosa llevó el sí
Que su amor correspondió!
Esta pulsera, quisiera
Aunque entonces me espantara,
Que aquí por magia me hablara
Cuanto sabe esta pulsera.
Estaba á mis pies ufano;
« Te idolatro » me decía,
Suspiraba, sonreía
Y me besaba la mano.
Sus acentos expresivos
Al besarme sofocaba
Y la pulsera temblaba
Con tantos besos furtivos.
Este azul lazo de tul
Lo robó á mi traje al vuelo,
Diciéndome: « De tu cielo
Me llevo un jirón azul. »
¿Y este anillo? ¡qué tormento!

Ni al dormir lo abandonaba,
Fué el único que llevaba
El día del casamiento.
Del templo salió dichoso
Y con dulce regocijo
Miró este anillo y me dijo :
« ¡Ahora sí, ya soy tu esposo!
¡Ya uní tu suerte á mi suerte,
Te di mi nombre y mi hogar,
No nos han de separar
Ni el olvido ni la muerte!
No temas rencor ni dolos;
¿Quién la ventura te roba? »
Y en la puerta de mi alcoba
Me besó y dijo : « ¡Al fin solos! »
De su brazo, alegre, ufana,
Salime al siguiente día;
¡Á rosas nuevas olía
El campo aquella mañana!
Buscamos los dos la sombra
Sobre el césped fresco y blando,
Que dos que se están amando
Suspiran por esa alfombra.
¡Qué alegre cada cabaña!
¡Qué pintoresco el boscaje!
¡Qué misterioso el ramaje!
¡Qué altiva cada montaña!
Volvimos á la ciudad
Cuando la luna brillaba

¡Y hasta en la luna encontraba
Rayos de felicidad!...
¿Por qué tan triste concilio
Tanta memoria querida?
¿Por qué recuerdo esa vida,
Que comenzó en un idilio?
Testigos son estas flores;
¿Qué importa que estén marchitas?
Margaritas; margaritas;
¿Qué decís de mis amores?
Él con su mano os cortó
Y hallando mi rostro bello,
Los rizos de mi cabello
Con vosotras adornó.
Pero ésta que yace aquí
Con un pétalo olvidado...
¡Fué el intérprete adorado
Que elocuente habló por mí!
Cogió con inmenso amor
Esta flor sin miedo alguno,
Luego arrancó uno por uno,
Los pétalos de la flor...
« Me ama », « no me ama » decía
De verme á su lado ufano
Y rodando por su mano
Cada pétalo caía...
Yo, segura de la llama
Guardé un recato severo,
Quedó el pétalo postrero

Y éste le dijo « ¡Te ama! »
Ese pétalo aquí está
Y como un dardo me hiere...
. . . .
¿Por qué todo se nos muere?
¿Por qué todo se nos va?
Cuando está el cielo teñido
De violeta, ópalo y grana
Nos anuncia la mañana
Un concierto en cada nido.
Un dosel de nubes rojas
Se extiende por el espacio;
Cada nido es un palacio
Oculto entre verdes hojas.
La tierna y alada grey
Que amor cantando reclama,
Desde la pintada rama
Saluda al sol como á un rey.
No hay en el mundo esplendores
Como los del nuevo día
Porque la aurora es la orgía
De las aves y las flores.
Mas pasa la claridad,
El ave tiembla cobarde
Y las sombras de la tarde
Desatan la tempestad.
Retumba el rayo imponente,
Roto el árbol cruje herido
Y ya no busquéis el nido

Á la mañana siguiente,
Que al despuntar en el cielo
El nuevo sol esperado,
El nido despedazado
Encontraréis en el suelo.
Así el rayo aleve, impío,
De la muerte en su furor,
Rompió el nido de mi amor...
¡Así acabó el nido mío!
¡Todo muere ó se derrumba
Tras la dicha y los placeres!...
¡Yo soy de aquellas mujeres
Que llevan dentro una tumba!...
¿Por qué he abierto este cajón
Que un año duró cerrado?
¡Qué triste es haber violado
La tumba del corazón!
Lloro mi dolor profundo
Cruzando campos desiertos...
¡Cuántos vivos andan muertos
En el carnaval del mundo!
Pero cerremos, cerremos,
Y reine el silencio grave...
¡No hay que mover esta llave
Y en algo mejor pensemos!
Lo dicho, en algo mejor,
Porque es muy bueno, de prisa
Pasar del duelo á la risa
Como dice Campoamor.

No hay que pisar sobre abrojos
Ni volver gemido el canto...
Á las mujeres el llanto
Les descompone los ojos
Y no agradan en verdad
Esas gentes gemidoras
Cuyo rostro á todas horas
Está diciendo : ¡piedad!
El extraño se divierte
Y malo juzga lo bueno
Y además el mal ajeno
Á nadie le da la muerte.
Van dos años de sufrir,
Van dos años de llorar,
Las lágrimas van al mar
Dijo quien supo sentir...
Fuí feliz, no lo discuto;
Ayer tuve un paraiso...
¿Porque lo perdí, es preciso
Que vista siempre de luto?
El luto es la lobreguez
De las muertas ilusiones,
Se visten con sus crespones
El cansancio y la vejez.
Mi corazón no es anciano
Pues garda ilusiones gratas...
Vistan luto las baetas
Que van á misa temprano.
Las monjas es natural

Que se enluten... claro... sí...
Pero el luto para mí
Francamente, sienta mal.
Yo he llorado... y no se infiere
De aquí, que todo ha acabado...
¿Donde está el que no ha llorado
Cuando alguno se le muere?
¿Y es eterno ese pesar?
Afirmarlo es pesimismo;
La humanidad es lo mismo
Que el firmamento y el mar.
Cielo y mar volubles son
Y Dios ha puesto de intento
El mar en el pensamiento
Y el cielo en el corazón.
Dicha, amor, celos y afán
Que nos consumen y abrasan
Son nubes... por eso pasan;
Olas... por eso se van.
Guardo el luto à mi marido
Pues lo quise sin enganos,
Pero llevo ya dos anos
De cargar este vestido.
Y aunque de mucho me escuda
Y á guardar respeto obliga...
No me gusta que se diga
Al ver mi luto: ¡Es viuda!
Yo lo digo con franqueza:
Todo pasa, hasta el dolor;

Á una flor sigue otra flor,
¡Tal es la naturaleza!
Me dió una flor dicha y calma
Y murió entre mis arrullos...
Hoy brotan nuevos capullos
En los jardines del alma.
No es ilusión, es verdad,
Ya me cansan, ya me afligen
Los dardos que me dirigen
Cuando estoy en sociedad:
« ¿No se casa usted Consuelo? »
« ¿Cómo la vida se pasa
Una mujer en su casa
Con el marido en el cielo? »
« ¿Sufre usted? ¡ni quien la crea! »
« ¿Cómo vive usted solita? »
« ¡Sin novio y es tan bonita! »
« ¡Retraída sin ser fea! »
Y no trata de otro asunto
El que de cerca me mira,
Suspiro y dicen: « Suspira
Pero no por el difunto ».
Fuí en familia una ocasión
Á un concierto y me dijeron
Cuantos de luto me vieron:
« ¿Viene usted del Panteón?
¿Viene usted llorando al muerto?
¡Si no está en el Purgatorio!
De negro se va á un velorio

Y aquí estamos de concierto.
¡ Qué Artemisa plañidera !
¡ Qué monja tan recatada !
¡ Veremos si una enlutada,
Baila bien una habanera ! »
Y alguna que yo me sé,
Que mi esposo desdeñó,
Me dijo : « Mírame, yo
Por eso no me casé.
Él me ofreció un porvenir
Y quiso que lo aceptara
Pero adiviné en su cara
Que muy pronto iba á morir.
Sólo tú que no tenías
Entonces quien te dijera...
Y ya lo ves... ¿ quién creyera
Que sola te quedarías ? »
Y yo respondí hecha un ascua
« Pues mal el augurio anduvo
Que mi esposo siempre tuvo
El rostro como una Pascua. »
Y otras veinte mil sandeces
Que me dan muy malos ratos
Y que cuarenta insensatos
Repitan cuarenta veces.
Si no, sale algún moscón
De los que entre copa y copa
Disparan á quema ropa
Alguna declaración.

Esto ya no puede ser
Y hoy lo termino sin duda,
Yo seguiré de viuda
Pero vuelvo á ser mujer.
Las que quedamos cesantes
Con cuerpo y rostro no feos,
Somos de aquellos empleos
Que nunca duran vacantes.
Yo tengo mi juventud
Y algo que me la sostenga,
No es muy remoto que venga
La primer solicitud.
Anda mucho por allí
Un joven guapo y discreto
Que me tiene tal respeto
Que no se ha acercado á mí.
Sólo en misa una ocasión
Me dijo quedo, al oído :
« Si aclara usted su vestido
Es que acepta mi pasión. »
Por honrado lo reputo
Y no debo vacilar,
Á ver, me voy á probar
Algo que interrumpa el luto.
(Se pone un fichú azul.)
Así, la flor en el pelo,
Aquí flotando este tul.
¡ Qué bonito es el azul !
¡ Si el azul retrata el cielo !

Esto me rejuvenece;
Ya soy otra... ¡hermosa flor! *(Viéndose el peinado.)*
Algo pasa en mi interior,
Siento como que amanece...
¿Pero ese triste cajón?
¡Bien está! nadie lo sabe...
Requiem eternam... la llave
La tiro por el balcón.
Y me quedo así expedita,
Ni triste, ni misteriosa...
Este fichú y esta rosa...
¡Qué elegante! ¡qué bonita!...
Gasas claras, no crespones;
Alegría y no dolor,
Tiene este fichú el color
De las nuevas ilusiones.
Su azulada claridad
Dice: ¡Te quiero! ¿lo dudas?
¡Esto mismo harán las viudas
De toda la humanidad!
Por ir de este ensueño en pos
Metiéndome en nuevas redes
Ya no hablo más con ustedes:
Muy buenas noches y adiós.
Si este amor me da un Edén,
Que el cielo os dé igual encanto...
Voy á esperarle... entre tanto
¡Que ustedes lo pasen bien!

RECUERDOS DE UN VETERANO

PARA EL DISTINGUIDO ACTOR LEOPOLDO BURÓN

Personaje: DON JOSÉ (de 80 años.)

El teatro representa la habitación de un viejo militar, modesta y reducida. Una mesa con papeles, planos, libros, álbum de retratos, una corneta, un machete suriano, una condecoración y una bandera mejicana, pequeña y enrollada. Es de noche. Don José viste un traje de antiguo soldado, con redingote gris ó azul oscuro, botones dorados y una gorra de cuartel.

¡Noche de invierno! Es verdad;
Sopla afuera el cierzo impío;
Algo hay más negro y más frío:
¡Mi espantosa soledad!
Nunca como en esta vez
Me sentí más abatido;
De los mares del olvido
Es un puerto la vejez.
¡Ochenta años! qué de engaños,
De luchas, de desventuras,

De ágrimas y amarguras,
Caben en tan largos años.
Nací antes del siglo; fué
Mi padre un labriego honrado,
Que, ignorante é ignorado,
Vivió en brazos de la fe.
Hizo el bien, ignoró el mal,
Y su música más sana
Fué la voz de la campana
De su parroquia natal.
Sin deudas ni sinsabores
Dejó el mundo el mismo día
Que con Hidalgo nacía
La Independencia en Dolores.
Mi edad, de glorias avara
Vió en esa causa una aurora:
Pasó Hidalgo por Zamora
Con rumbo á Guadalajara.
Yo con doce primaveras
Fuí á presentármele ufano:
¿ « Quieres, me dijo el anciano,
Ser un soldado de veras?
» Si no puedes chiquitín
Con arcabuz ni escopeta! »
« Señor, dadme una corneta.
Comenzaré de clarín. »
¡Oh recuerdo que seduces!
Fuí su clarín, ¿qué más gloria?
¡Yo di el toque de victoria

Sobre el Monte de las Cruces!
Yo en mi hermosa juventud
Vi aquella cabeza cana
Fulgurar en la mañana
Que abolió la esclavitud.
Yo anuncié la dispersión
Que tristes memorias deja,
Cuando nos tomó Calleja
El puente de Calderón.
Y después que por malditas
Rencillas lo traicionaron,
Yo vi cómo se llevaron
Su cabeza a Granaditas.
Entre penurias y duelos
Que venció mi ardiente fe,
Seis meses después logré
Incorporarme á Morelos.
¡Nadie á este genio conoce!
Era de la guerra el rayo,
Dígalo aquel dos de mayo
De mil ochocientos doce,
En que con heroico pecho
Al despuntar la mañana
Seguido de Galeana
Que fué *su brazo derecho*.
En Cuautla, con férrea mano,
Rompió sin temer reveses,
El sitio que por tres meses
Sostuvo à Calleja y Llano.

Aquel esfuerzo viril
Hace ¡oh mundo! que te asombres;
Con Morelos tres mil hombres
Vencimos á doce mil.
Lleva el indomable Aquiles
Á Huajuapam sus legiones,
Toma catorce cañones
Y mil doscientos fusiles.
Después Tehuacán ataca,
Y nunca de aliento falto,
Como un león por asalto
Se apodera de Oaxaca.
¡Semidiós de nuestra historia!
Firme le seguí hasta el fin,
Pues con él fué mi clarín
El clarín de la victoria. (*Saca un clarín*)
Aquí estás viejo instrumento,
¿Quién al verte te respeta?
Dirán: « Es una corneta ».
¡Mienten! ¡es un monumento!
Contigo siempre fuí en pos
De los héroes á la guerra;
¡Los héroes son en la tierra
Los elegidos de Dios!
¡Tus breves toques sonoros
Fuego anunciando ó diana,
Oyeron Bravo, Galeana,
Sesma, Mier y Matamoros!
Cuando á sargento ascendí

Pude haberte abandonado,
Pero al mirar tu pasado
No te entregué; ¡te escondí!
  Reliquia de mi existencia,
Todos tus toques benditos
Se apagaban á los gritos
De «¡Muerte ó Independencia!»
  Te guardé... después los cielos
Su protección nos negaron,
Y de rubor se nublaron
Viendo morir á Morelos.
  Mató el gobierno español
Á aquel atleta entre atletas,
Quedaron varios planetas
¡Pero les faltaba el sol!
  Joven, patriota y entero
Seguir quise la campaña,
Y fuí al Sur, á la montaña,
Con el general Guerrero.
  En las Mistecas con él
Burlamos la adversa suerte...
¡Qué valeroso y qué fuerte
Era el insurgente aquél!
  Debajo de la ceniza
Que mi cabeza emblanquece,
Lo busco y se me aparece
Pelo crespo, tez cobriza,
  Ojos negros y profundos,
Gran talla, frente serena,

Su afán romper la cadena
Que ligaba los dos mundos.
  Fué el firme entre los soldados:
Todos desmayado habían;
Con Calleja unos morían,
Otros iban desterrados.
  Sólo Guerrero en su ley
Con su esfuerzo inquebrantable,
Llegó á ser el indomable
Que diera espanto al Virrey.
  Nada torció sus anhelos,
Que aquel corazón de bronce,
Desde el ochocientos once
Entró á servir con Morelos.
  Después solo, en las montañas,
Tenaz la causa sostuvo
Y veinte triunfos obtuvo
En veinte heroicas campañas.
  En todas ellas venció;
Recordarlas me conmueve,
Desde el once al diez y nueve
Á todas asistí yo. *(Saca un machete suriano.)*
  Aquí está; su augusta mano
Me dió en Cuautla este machete
Diciendo: « Sargento, vete
Por la cabeza de Llano ».
  Veloz como un huracán,
En mil lances renombrados,
Temblar hizo á los soldados

De Luaces y de Liñán.
  Entre nosotros ninguno
Dejó jamás á Guerrero,
Vino al fin el diez de enero
Del ochocientos veintiuno.
  Fecha que el triunfo decide,
Á Acatempan nos llevó,
Donde á Guerrero esperó
Don Agustín de Iturbide.
  No es mi memoria tan mala
Y vivo guarda el recuerdo,
Pusiéronse ambos de acuerdo
Y se fraguó el plan de Iguala.
  Publicado al mes siguiente
Á Valladolid rendimos,
Luego á Querétaro y fuimos
Á Puebla directamente.
  Renace aquí todavía
La emoción santa y sincera,
Que tuve al ver la bandera
De la amada patria mia.
  No me pasa la impresión;
Nunca sentí más respeto
Que al escuchar el decreto
Que dió vida al pabellón.
  ¡Qué augustos! ¡qué hermosos dias
Con qué fe nos aclamaban,
Con cuánto amor nos llamaban
« Los de las tres garantias ».

El verde: la religión,
(Fué primero la conciencia)
El blanco: la independencia
Y el encarnado la unión.
Y por símbolo inmortal
Erguida el águila indiana,
Desgarrando soberana
La serpiente en un nopal.
Nunca, lo digo en verdad,
He visto más alegría
Ni más llanto que en el día
Que entramos á esta ciudad.
Ni pormenores ni nombres
Recuerdo y es natural,
Entramos en son triunfal
Como diez y seis mil hombres.
Trescientos años después
De que asombrando estos valles
Entraron por nuestras calles
Las tropas de Hernán Cortés.
Iturbide por delante
Resplandeciente de brillo,
Sobre un caballo tordillo
Nervudo, altivo y pujante.
« Vencedor, hijo del cielo,
Gritaban, ¡Viva la paz! »
Regando al mirar su faz
De frescos lauros el suelo.
Todos con gozo atronaban

De amor la ciudad entera
Y al mirar nuestra bandera
Las gentes se arrodillaban.
Bajo toldos de pendones
Verde, blanco y escarlata,
Con las vajillas de plata
Reluciendo en los balcones;
Con arcos de armiño y tul
En conjunto hermoso y raro,
El sol estando muy claro
Y el espacio muy azul.
Al sonoro retumbar
De la hermosa artillería,
Y á los gritos de alegría
Lanzados en cada hogar,
Las madres con santo amor
Y entre dulces regocijos
Acercaban á sus hijos
Al pabellón tricolor.
Tras Iturbide, marciales,
Séquito altivo y hermoso,
Iban en grupo vistoso
Nuestros viejos generales.
¡Qué vanguardia tan brillante!
Tras ella, airoso marchaba
Todo lo que se llamaba
Ejército trigarante.
Atronaban el espacio
Gritos de entusiasmo fieles;

Fué un camino de laureles
Hasta llegar a Palacio.
Allí Iturbide quedó
Y á varios nos repartieron
Un recuerdo... el que me dieron
Intacto lo guardo yo.
Es un recuerdo sin par
Que duplica su valía
Haberlo obtenido el día,
Que nadie podrá olvidar.
Una pequeña bandera;
Aquí está... ¡prenda bendita!
Entre tus pliegues palpita
¡Oh Patria!... tu historia entera.
Me la dió el Libertador
Cuando en su afán tuve fe...
De él contigo me alejé
Cuando se hizo emperador.
No guardo rencor ni encono;
¡Bien sabe el Omnipotente
Que ni tú ni este insurgente
Saludaron aquel trono!
Santa insignia mejicana
¡Con qué afán te saqué yo
La vez en que proclamó
La república Santa-Ana!
Cómo en tradiciones rico
Por los años consagradas,
Surgiste cuando á Barradas

Derrotamos en Tampico...
¡Cómo viste á sus soldados
Al mandato de Santa-Ana,
Volverse para la Habana
Vencidos y desarmados!
¡Cómo te bañaste en luz
Cuando expuesto á mil reveses,
Santa-Ana echó á los franceses
Del puerto de Veracruz!...
Y ¡cómo limpio has venido
Sin dejarme ni un momento,
Para ser el ornamento
De los años que he vivido!

. . . .

¡Qué fría es la ancianidad
Bajo el sol de la razón,
Se ve desde un panteón
Á toda la humanidad!
¿Todo ha sido lumbre fatua?
¿Todo es ficción? ¿Nada es cierto?
Dudo á veces si ya he muerto
Y estoy viviendo en estatua.
Se hielan los pensamientos
De la experiencia á la luz...

. . . .

Aquí... ¿qué brilla?... mi cruz.
(*La toma y lee el anverso.*)
«Treinta contra cuatrocientos».
Acción memorable, sí;

En que fuimos campeones
Con Meoti, treinta dragones
De « fieles del Potosí ».
Han muerto ya; con razón;
Sólo á mí, Dios me sostiene;
Soy ya el único que tiene
Esta condecoración.

. . . .

(Abre el álbum de retratos.)

¡Oh! aleve destino impío
Para mí, duro é ingrato;
Tiemblo al ver este retrato;
¡Pobre Luis! ¡pobre hijo mío!
Perdió á la madre al nacer
Y quedó solo conmigo.
Tuvo el vivac por abrigo,
La bandera por mujer,
El rancho por alimento
Y por arrullos amados,
Los cantos de los soldados
En medio del campamento.
Sus más gratas diversiones
En sus primeros abriles,
Se las dieron los fusiles,
Los sables y los cañones.
Creció soldado sin par
Y ya joven y valiente,
Habiendo sido teniente
Del Colegio Militar.

Á la Angostura marchó
Contra la invasión tirana,
Y una bala americana
La vida le arrebató...
Años hace y todavía
De luto está mi alma entera;
Si Dios ocasión me diera
Con qué amor lo vengaría.
Bandera de tres colores
Por el mejicano amada;
Santa bandera soñada
Por el cura de Dolores;
Bandera que has tremolado
Desde el año veintiuno
Sin que ninguno, ninguno
Te haya abatido ó manchado.
Mi Luis voló en pos de ti,
Pues eras su fe, su egida
Y por ti perdió una vida
Que yo á tu sombra le di.
Murió soldado leal;
De otra suerte si viviera,
Vamos... lo sé bien... ya fuera
Un bizarro general...
Murió cubierto de gloria
Y hoy lo miro solamente,
Pasar lista de presente
En el cuartel de la historia.
¡Hijo! mi abatido ser

Toca el dintel de la muerte;
¡Pronto, muy pronto he de verte;
Lloro por volverte á ver.
  Eras mi sola fortuna,
Eras mi sola alegría,
Moriste y desde aquel día
No tengo dicha ninguna.
  Mis potencias se aminoran,
Te lloro constantemente...
Vamos José... sé valiente
Los insurgentes no lloran...
  Cuando el alma duele tanto
La pena á los ojos sube,
Busca espacio... forma nube,
Se deshace y llueve llanto.
  Si en otra nueva invasión
Nuestros hogares asaltan,
Las fuerzas que aquí me faltan
Las tengo en el corazón.
  Tiemblo... mas no retrocedo
Y al defender el honor,
Tengo brazos sin vigor,
Pero corazón sin miedo.
  ¡Cuánto heroico amigo ausente!
Guerrero, Hidalgo, Morelos,
Si vivís allá en los cielos
Velad por este insurgente.
  Por el que todo perdió
Y pronto á morir en calma

Adora con toda el alma
El suelo donde nació.
  Por este suelo velad
Y en él vuestros ojos fijos,
Mantened sobre sus hijos
El sol de la libertad...
  Que el mar se lo trague fiero
Y sus montañas allane
Antes de que lo profane
La planta del extranjero.
  Al salvar su honor y prez
Me siento joven y fuerte
. . . .
Pero si ya soy la muerte,
Nada puede la vejez...
  Ya mis delirios son vanos,
É inútiles mis arrojos;
Ya no tienen luz los ojos,
Ni fortaleza las manos.
  Otros nacieron mejores
Y ellos lucharán mejor...
Tú serás mi último amor
Bandera de tres colores.
  Te consagré mi existir,
Regó mi sangre tu alfombra
Y hoy sólo anhelo tu sombra,
¡Tu sombra para morir!
  Y que el mundo pueda ver
Que alumbras con tus reflejos,

Las tumbas de aquellos viejos
Que te salvaron ayer.
¡Mundo! las dichas que das
El llanto al fin las resuelve:
El sol que se ausenta, vuelve;
La vida que huye, jamás.
Pero mi gloria mayor
Será ver cuando me muera,
Libre, respetada, entera,
Mi bandera tricolor.

EN VÍSPERAS DE LA BODA

MONÓLOGO PARA EL BENEFICIO DEL ACTOR SÁNCHEZ POZO

Estrenado la noche del 17 de agosto en el Gran Teatro Nacional de Méjico

---

Personaje : JUAN

La escena representa la alcoba de un joven elegante y habrá en ella todas las prendas á que se refieren los versos.

—

¡Pero si no puede ser! *(Mirando su reloj.)*
Mi reloj va adelantado...
¡Las cuatro! estoy engañado,
¿Tan pronto va á amanecer?

—

¡Aquí está mi frac! ¡flamante!
El chaleco, sin pasión;
Muy bien... y este pantalón :
Correcto... ¡muy elegante!

—

Los choclos... ¡que buen charol!
El clac... ¡de forma severa!
Y aquí para la pechera
¡Un diamante como un sol!

—

Qué ¿nada me falta ya?
Un pañuelo... le pondremos
Esencia y lo guardaremos...
¿Y mi corbata? Aquí está.

—

Ahora sí; todo está listo;
Dentro de un breve momento
Cumplo con un sacramento
Que instituyó Jesucristo.

Si lo pienso, me confundo,
Esto no se ha de pensar:
¿Por qué me voy á casar?
Porque lo hace todo el mundo.

Tengo una novia muy bella
Y muy joven y muy rica...
Siendo así, ¿quién no se explica
Por qué me caso con ella?
Á las cinco vendrá el coche
Y en él vendrá mi padrino...
Mas suena el reloj vecino...

Cinco... seis... es media noche.
Y yo que no fuí al teatro
Ni á visitas... me dormí,
Y al ver mi reloj creí
Que estábamos en las cuatro.

—

¡La media noche! es decir
Que bien me puedo acostar:
Pero al que se va á casar,
¿Le será fácil dormir?

—

¡Ah! ¡se me ocurre una idea!
Y cuidado que no es mala.
Tengo una caja en la sala
Que en su exterior es muy fea,
Pero que guarda escondida
Una historia de placeres;
¡Las cartas de las mujeres
Que me han amado en la vida!
Es depositaria fiel
De prendas de amor eterno
En el cual, por ser moderno,
Abunda mucho el papel.
Y ya que al hogar me entrego,
Y á sus ternuras dichosas,
Daré todas esas cosas
Á la basura y al fuego.
¡Venga la caja... tendré
Para abrirla, gran valor...

Me siento un inquisidor!...
Capaz de un auto de fe!...
(Se va y vuelve con la caja.)
Aquí está... me he trastornado
Al tomarla, claro, sí,
Como que palpita aquí
La historia de mi pasado.
¡Valor, Juan! ¡mucho valor!
La abrí... y el alma me duele,
Pero, ¡qué bonito huele!
¡Huele á juventud y amor!

—

¡Qué cinta! ¡color de cielo!
Ésta me la dió María...
¿Y este rizo? es de Lucía...
Este moño de Consuelo...
Esta pulsera de Elena...
¿Trenza rubia? de Belén,
¡Un broche! no sé de quien...
¿Y esta flor?... de Magdalena.
¡Una liga!... ¡Qué demonio!
Se cayó... la recogí,
Y por esta liga di
Palabra de matrimonio.
¿Si será un impedimento
Que me causará querellas?
Fué una palabra de aquellas
Que pronto se lleva el viento.
¿Y esto?... ¿qué es esto, buen Juan?

Y dice muy claro : Inés.
¡Ah! ya recuerdo, esto es
Un pedacito de pan.
Ardiendo en dulce pasión
Lo quité de su boquita,
Pues le dije : « Palomita,
Dale pan á tu pichon ».

¿Y este papel tan doblado
Y tan pequeño á la par ?
Vamos... debe de guardar
Algún tesoro sagrado.
¡Jesús! ¡qué barbaridad!
¡Qué cosas hay en la tierra!
Este papelito encierra
Las uñas de Soledad.
Una vez se las cortó
Estando junto de mí.
« ¿Me das los recortes? » — « Sí ».
Y vamos... que me los dió.
Y esto lo grave no fué,
Que en amores no hay reproche.
Lo grave fué que esa noche
Estos recortes besé;
Les llamé ¡ prenda sagrada!
Los oprimí sobre el pecho
Y al estar solo en mi lecho
Los puse bajo la almohada.
¿Cómo se pueden hacer

Ciertas cosas? ¡Yo lo ignoro!
¡Quién guarda como tesoro
Las uñas de una mujer!
Aquí hay otra prenda ¡horror!
No me atrevo ni á mirarla...
Pero es justo disculparla.
¡Qué historias tiene el amor!
Tuve en mi mejor edad
Una novia... y va de cuento...
Imbécil de nacimiento
Y cursi de calidad.
Para pintarla diré,
Que escribió (¡por Belcebú!)
Corazón siempre con *q*
Y Juan ¡qué dolor! con *g*.
De su amor en el afán
Teniéndolo por buen uso,
« Mi cuerudo Guan », me puso,
Por poner: « Querido Juan ».
Tenía unos pies la hermosa
Tan pequeños á mi ver,
Que los podía esconder
En el cáliz de una rosa.
No eran pies, eran jazmines,
Y yo, su amante ferviente,
Quise darle por presente
Un par de ricos botines.
La medida le pedí;
Al oirme se asustó,

Cien veces dijo que no,
Pero al fin dijo que sí.
« Mi cielo, mi amor, mi vida
La dije, yo era un bendito,
Escucha, yo necesito
Que tú me des la medida. »
Y dejándome perplejo
El ángel de mi ilusión,
Me arrojó por el balcón
Por muestra ¡ un zapato viejo!
Juzgando el presente, grato,
Con amor lo levanté
Y... ¡qué digo!... hasta besé
Aquel maldito zapato.
Ella me lo entregó ya
Roto, horrible, desmembrado...
Pero es cierto... lo he besado
Y fué un crimen... Aquí está.
¡Un guante color marrón!
El hecho no está distante,
Es una historia este guante
De cierta equivocación.
Lola, una fresca amapola,
Que del mundo en los horrores
Nunca quiso ser Dolores
Y gozaba con ser Lola,
Llena de gracia y dinero
Iba en un landó imperial
Con su mamá, que era igual

Á un rudo carabinero.
  Siempre al despuntar la noche
En aquel coche salía
Y á su puerta me ponía
Para ver salir el coche.
  Así esperándola ufano,
Al pasar cerca de mí
Sacaba la mano... así...
Y yo besaba su mano.
  La madre al fin lo notó
Causándole gran disgusto;
Se propuso darme un susto
Y los lugares cambió.
  « Ahora aquí te has de sentar »,
« No, mamá, voy de este lado ».
« ¡No, niña, te lo he mandado!
¡Qué no! cambia de lugar ».
  Y cuádrele ó no le cuadre
La niña el lugar cambió,
Y sin chistar ocupó
El asiento de la madre.
  Ésta, ¡proceder villano!
Abusó de mi inocencia
Y sacó con indolencia
Al verme su antigua mano.
  Yo, juzgando regla fija
Lo que estuve obedeciendo,
Besé la mano creyendo,
La verdad... que era la hija.

Mas la beso — y ¡oh dolor!
Esa mano perfumada,
Me larga una bofetada
Con tal fuerza y tal rencor
Que yo que amante y sencillo
Busqué un placer, no un agravio,
Sentí desgarrado un labio
Y fracturado un colmillo.
« ¿Conque así me pagas ya
El amor que te ofrecí? »
Y me dijo : « Yo no fuí,
Pregúntalo á mi mamá ».
Después perdonó el amante
La ofensa que recibió;
Y ella turbada me dió
Como recuerdo, este guante.
El mirarlo no me alegra.
¡Es una memoria impura!
¡Cómo que fué la armadura
De la mano de mi suegra!
¿Y este clavel? fué Raquel
Una Raquel casquivana
La que me dió una mañana
Este precioso clavel.
Ya está seco y sin perfume
Como el alma de esa ingrata;
¡El tiempo todo lo mata,
Lo deshace y lo consume!
Pero el recuerdo está impreso;

Muy cara esta flor pagué,
Cada pétalo cambié...
No lo digáis .. ¡ por un beso !
Ella que casada está,
Cuando me encuentra en la vida
Se hace la desentendida
Y no me conoce ya.
  Y yo le digo : Raquel,
Todo muere en el olvido...
¡ Si supiera su marido
La historia de este clavel !
  Aquí hay violetas, poemas ;
¡ Quién su símbolo no explica !
¿ Al fuego ?... no ; á la botica,
Para infusión de violetas.
  Esta cruz me la dió Luz
Cuando yo en amor deshecho
La dije : Quiero en tu pecho
Besar devoto esa cruz.
  Y con gran franqueza os hablo,
Mientras mi amor se mantuvo,
Os lo juro : siempre estuvo
Detrás de esta cruz el diablo.
  Luz era joven y bella,
Mucho la quise y me amó,
Ella al diablo se entregó
Y otro ¡ se casó con ella !
  ¿ Y esto ?... duerme corazón
Sobre tan frescos laureles,

Prendas, cabellos, papeles,
¡Yo soy vuestro Salomón!
Hay mil cartas y á fe mia
Lo juro sobre mi honor,
Que todas sienten amor
Y ninguna ortografía.
En mi edad ardiente y loca
Avida de mil placeres,
Yo buscaba en las mujeres
Ojos, mejillas y boca.
Cada novia era un Edén
Y un encanto celestial;
Todas me escribieron mal
Pero me besaron bien.
Y yo las amé por eso,
Tal vez cometí un dislate,
Pero cada disparate
Lo castigué con un beso.
La ignorancia así se premia
Y así se alcanza un placer...
¡Al cabo nunca he de ser
Un miembro de la Academia!
Pero no hay que pensar ciego
En tal cosa á tales horas;
Prendas y cartas traidoras
No hay remedio ¡al fuego! ¡al fuego!
Ya el alma no diviniza
Vuestra extinguida pasión,
Seréis como la ilusión;

¡Nada más humo y ceniza!
Fué ayer vuestro santuario
Mi pecho, bien lo sabéis,
Mas no importa, hoy arderéis
¡En honor del Diccionario!
Cariño escrito con, *q*
Ni me vences ni me matas;
¡No conozco á las ingratas
Que ayer me hablaban de tú!
Todo lo debo olvidar,
Por nada debo sufrir
Y ya me voy á vestir,
Pues ya me voy á casar.
La mujer que yo he elegido
No tiene tacha, á mi ver;
He buscado una mujer...
Digna de tan buen marido.
Es muy chiquitina... así...
Con un rostro encantador,
Y con un nombre : ¡Leonor!
Y con una alma ¡ay de mi!
Me ha pescado en duras redes,
Á mi que huí á más de cuatro...
Á veces viene al teatro...
¿No la conocen ustedes?
He oído cierta expresión
Como quien mete un embrollo...
Fué... no me engaño... aquel pollo
De abajo de aquel balcón.

Á ver que cosa le achaca
Á mi encantada presea...
¿Qué dicen en la platea?
¡Ah! ¡por aquella butaca!
Pues señor, es buena fiesta,
Que me pone en gran temor...
¡Si le habrán hecho el amor
Los señores de la orquesta!
¡Qué dicen! ¡qué! ¡voto al cielo!
Saben algo... á ver... en fin...
¡Me mira el primer violín!
¡Se me esconde el violoncelo!
¿Quién babla? ¡por vida mía!
Padezco tormentos fieros
¿Hay risas en los terceros?
¡Ah no! ¡fué en la galería!
Y crece mi pena fiera;
Ya no me caso ¡ay de mí!
Si ya murmuran aquí...
Después ¿qué será por fuera?
Ya di palabra y no es vana;
Faltar será una locura:
¿Y qué va á decir el cura
Cuando me espere mañana?
Pues que esperando se quede,
Su oficio á esperar le obliga;
¿Y qué va á decir? ¡qué diga
Misa cantada si puede!
¿Me caso ó ya no me caso?

Á todo estoy decidido,
El caso es comprometido;
Diga usted... ¿daré ese paso?
¿Usted es casado?... Amén;
¿Y le va á usted bien? Me alegro
¿Y tiene usted suegra y suegro?
Pues señor, está muy bien.
La empresa es muy arriesgada
Y á vuestra opinión la dejo.
Señores dadme un consejo
Envuelto en una palmada.
Si harto aplaudís, sabré yo
Lo que debo hacer aquí;
Mil aplausos dirán *sí*...
Y otros mil más dirán *no*.
Aplaudid hasta de vicio
Que así las fuerzas recobro
Y por aplaudir no cobro
En noche de beneficio.

(Telón.)

ÍNDICE

ROMANCES, LEYENDAS Y TRADICIONES

MONÓLOGOS

92˙0-28. — Imp. Crété Corbeil. 3 29.



